



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES

Significaciones de la Maternidad. Un estudio en clave feminista

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN CIENCIAS SOCIALES

Presenta:

MARÍA DEL CARMEN GARCÍA CONTRERAS

Directora de Tesis:

DRA. ARACELI JIMÉNEZ PELCASTRE

Pachuca de Soto, Hidalgo, febrero 2022



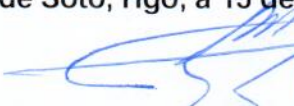
MTRO. JULIO CÉSAR LEINES MEDÉCIGO
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN ESCOLAR
PRESENTE.

Estimado Maestro:

Sirva este medio para saludarlo, al tiempo que nos permitimos comunicarle que una vez leído y analizado el proyecto de investigación titulado **“Significaciones de la Maternidad. Un estudio en clave feminista,”**, que, para obtener el grado de **Maestra en Ciencias Sociales**, presenta la **Lic. María del Carmen García Contreras**, matriculada en el Programa de la **Maestría en Ciencias Sociales**, 11ra Generación (2020-2021), con número de cuenta No. G00884; consideramos que reúne las características e incluye los elementos necesarios de un trabajo de tesis, por lo que, en nuestra calidad de sinodales designados como jurado para el examen de grado, nos permitimos manifestar nuestra aprobación a dicho trabajo.

Por lo anterior, hacemos de su conocimiento que, a la alumna mencionada, le otorgamos nuestra autorización para imprimir y empastar el trabajo de Tesis, así como continuar con los trámites correspondientes para sustentar el examen para obtener el grado.

ATENTAMENTE
“Amor, Orden y Progreso”
Pachuca de Soto, Hgo, a 15 de febrero del 2022.


DR. ALBERTO SEVERINO JAÉN OLIVAS
DIRECTOR




DRA. ARACELI JIMÉNEZ PELCASTRE
DIRECTORA DE TESIS


DRA. ALEJANDRA ARAIZA DÍAZ
LECTORA


DRA. SILVIA MENDOZA MENDOZA
LECTORA

A Sara, tú eres el amor y la fuerza.

AGRADECIMIENTOS

Agradecer, es manifestar amor y respeto profundos por quienes una considera que han formado parte de este resultado. Significa dar crédito y fe, de que sin ustedes, las cosas no hubieran sido lo que son. Es una prueba de que una no camina sola, y de que es muy lindo transitar acompañada.

Gracias Juan por siempre estar. Gracias por haber confiado en mí, tanto como yo aprendí a tenerme esa confianza en este tiempo. Fuiste esa voz que me hizo decidirme, y mi apoyo cuando pensé en desistir. Gracias por tenerte en mi vida.

Gracias Sara por haber crecido sin mí estar de tiempo completo, por haberte hecho cargo de ti misma para apoyarme con esta meta. Gracias por tomarme de la mano y darme tanto amor. Eres un ser maravilloso, nunca me cansaré de luchar por ti.

Gracias Bran, por acompañarme sin importar la hora y tratar de aligerar la carga en los momentos más estresantes y pesados. Tu apoyo es un gran día soleado. Y sólo tú sabes lo que significa eso.

Dra. Araceli Jiménez le agradezco haber sido la asesora de tesis que necesitaba, gracias por la manera en la que estuvo a pesar de la pandemia, por haberme escuchado y dado impulso cuando me encontré bloqueada.

Gracias Dra. Alejandra Araiza y Dra. Silvia Mendoza, sus comentarios me han dado inmensa luz.

Gracias a mis interlocutoras: Andrómeda, Lorena, Karla, Daniela, Ana, Esmeralda, Sofía y Lizeth, sin ustedes simplemente este texto no existiría.

Madre, abuela Teresa, tías que me cuidaron desde que nací, hubiera deseado tanto entender antes, gracias por haber sido mis figuras maternas.

Contenido

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN | 8 |
| CAPÍTULO I. El ser madre | 14 |
| De Deméter a Medea..... | 15 |
| Gestando ideas. La luz al final del túnel y al principio de la investigación | 17 |
| De la oscuridad de la caverna-ventre, a la llegada enceguedora de la luz.... | 23 |
| Se nos enseñó a parir de una forma que no era natural. Coordinadas epistemológicas | 26 |
| Madre no sólo hay una..... | 30 |
| Las Pioneras..... | 31 |
| Las cronistas..... | 34 |
| Las analistas..... | 36 |
| Teóricas de la divergencia | 39 |
| Dudo, luego existo | 43 |
| Por la consciencia de la maternidad | 44 |
| Nos hacemos solas, no nacemos de costillas. Coordinadas metodológicas | 46 |
| CAPÍTULO II. La función de madre. De la muerte de la mujer, al nacimiento de la madre. | 51 |
| Primera parte. La historia..... | 52 |
| ¿En el principio era el Verbo?..... | 52 |
| En el principio no era el Verbo, ni era Nada, era Mujer | 53 |
| De mitos de la Antigüedad a inventos de la Ilustración | 55 |
| Su majestad la ciencia y su majestad el bebé | 57 |
| La maternalización de la mujer | 60 |
| Del hogar a la pantalla, la producción cultural de la madre | 61 |
| Día de las madres, qué poca madre | 66 |
| Segunda parte. Coordinadas teóricas..... | 69 |
| De lo privado a lo público. Acercamientos feministas a la maternidad | 69 |
| Feminismos. Posturas teóricas frente al concepto de maternidad..... | 76 |
| La construcción de subjetividades, el apropiamiento de los cuerpos y el papel del Estado..... | 78 |
| CAPÍTULO III. Abanico de maternidades..... | 88 |

| | |
|--|-----|
| Las protagonistas..... | 89 |
| Andrómeda y el peso de la responsabilidad | 90 |
| Lorena y la tribu de amazonas | 96 |
| Karla y sus cuatro mosqueteros..... | 102 |
| Daniela y el amor a distancia | 106 |
| Ana y el peso de la edad..... | 111 |
| Esmeralda y el sueño de libertad | 118 |
| Sofía y el valor del saber..... | 121 |
| Lizeth y la doble opresión | 124 |
| CAPÍTULO IV. Dolores de parto..... | 132 |
| La historización de las mujeres | 133 |
| Desmitificando el deseo | 135 |
| Toma de decisiones. El mandato cultural de la maternidad | 146 |
| El espacio doméstico y la división sexual del trabajo..... | 151 |
| Violencias invisibles. La autoridad epistémica | 153 |
| Atravesadas por la pandemia | 155 |
| Tendencias discursivas..... | 159 |
| Resignificando las experiencias..... | 165 |
| Puerperio..... | 166 |
| La clave feminista | 170 |
| Naturalización de una ética sobre los comportamientos | 172 |
| ¿Decidí o no decidí? Esa es la cuestión | 177 |
| La pandemia | 179 |
| En hombros de mujeres gigantes (y hombres también) | 184 |

RESUMEN

Es a partir del abordaje feminista de la maternidad, que dicho fenómeno social, pasó del oscuro espacio de lo doméstico, a la luz del análisis político, permitiendo cuestionar desde el fondo, al sistema patriarcal y sus instituciones (familiar, religiosa, científica, educativa, etc.) que determinan los comportamientos que las mujeres que son madres deben de seguir, instaurados en un lógica misógina, capitalista, androcéntrica y heteronormada.

Así es como dicho análisis crítico, permite el conocimiento de los discursos de parte de las protagonistas de dichas vivencias, y no vistas desde la mirada del otro. Ese acercamiento, nos da la oportunidad de comprender desde la metodología cualitativa y feminista las significaciones de la maternidad y cómo es que se han construido desde la psique de dichas mujeres hasta quedar impresas en sus propios cuerpos.

Palabras clave: Maternidad, violencia simbólica, teoría feminista.

INTRODUCCIÓN

El fenómeno social de la maternidad ha sido tomado en cuenta por la ciencia desde una mirada androcéntrica, que pone atención sólo en los factores considerados como anormales, o disruptivos. Es gracias a la mirada en clave feminista, que este tema, abandona su posición naturalizada e inamovible, para ser cuestionada desde sus entrañas.

El feminismo nos ha permitido visibilizar las desigualdades sociales y culturales a las que las mujeres son sometidas en su cotidianidad, así pues, ha permitido que aquellas condiciones consideradas naturales sean criticadas y analizadas, que pasen al ámbito público y político para ser vistas como lo que son: construcciones sociales que determinan los espacios, oportunidades, roles y condiciones que se han asignado a hombres y mujeres de manera desigual y que posicionan a estas últimas en clara desventaja frente a los hombres.

Así pues, lo que pretendo en este trabajo de investigación, es comprender mediante una metodología cualitativa y feminista, las significaciones de la maternidad, a partir de las historias y discursos de las mismas actoras. Donde se plantea el rompimiento con las formas, quehaceres y metodologías patriarcales que mirando desde afuera sin tomar en cuenta a las mujeres como productoras de su historia y como agentes sociales capaces de modificar su entorno, han generado posturas tergiversadas de lo que la maternidad es.

La comprensión de las significaciones conlleva el análisis de las instituciones sociales en las que las mujeres son adiestradas y asignadas desde el nacimiento por el sólo hecho de ser mujeres. Instituciones que determinarán las formas en las que las mujeres tomarán sus decisiones, tendrán el dominio o no de sus propios cuerpos, actuarán y se desenvolverán en sus relaciones sociales.

Conocer cómo se han formado dichas significaciones mediante los aportes feministas, permite una mirada sin juicios para un acercamiento profundo de las realidades a investigar. No he dado voz a mis interlocutoras, porque esa voz ya la tienen, lo que he sido, es ser conductora, un puente entre sus saberes, y vivencias y el análisis de la sociedad a la que pertenecemos.

He partido pues, desde las profundidades.

En el Capítulo I, titulado “El ser madre”, donde comienzo con el análisis de los arquetipos en Occidente partiendo de los mitos griegos, mismos que han permeado a nuestra cultura y que forman parte del imaginario de la figura de la madre y de los comportamientos que se han fijado desde el sistema patriarcal de cómo debe o no debe ser una madre. He plasmado en ese mismo capítulo, el momento en el que surge la curiosidad científica por el tema, desde de mi trabajo como psicóloga en un Centro Especializado en Atención la Violencia Familiar en el municipio de Tulancingo, Hidalgo, y cómo tras las narraciones que escuchaba de mis pacientes, fui desarrollando la forma de acercarme al tema, de donde surge el contacto con algunas de las mujeres que formaron parte de esta investigación. Si bien el acercamiento planteaba un trabajo más complejo con la sumatoria de un grupo focal, las condiciones de confinamiento como medida de seguridad ante la pandemia por Covid-19, han modificado las aproximaciones y las maneras del trabajo investigativo, a las que hemos tenido que adaptarnos y desarrollar estrategias para lograr resultados de calidad.

En este capítulo también, planteo mis coordenadas epistemológicas y la importancia del acercamiento mediante la teoría feminista, sus aportes y condiciones para el análisis, y los aportes que han dejado las feministas académicas en el abordaje de la maternidad, desde las primeras en tratar el fenómeno como digno de ser estudiado, hasta las que lo abarcan en sus formas divergentes abordando las maternidades emergentes o nuevas formas de matenar, así como las prácticas de maternidad que no corresponden a la lógica heteronormativa del sistema patriarcal.

Termino dicho capítulo con las interrogantes que me ayudaron a abordar la temática y las coordenadas metodológicas que me permitieron la aproximación a las narrativas de las ocho mujeres entrevistadas.

El Capítulo II “La función de madre. De la muerte de la mujer, al nacimiento de la madre” ha sido dividido en dos apartados, el primero, titulado “La historia”, abarca el aspecto historiográfico de la maternidad. Comenzando el análisis desde el Siglo XV hasta el XXI. La comprensión de un tema nunca debe ser aislada de su contexto, por lo que el abordaje histórico y sociocultural es imprescindible. Es la historiografía la que nos permite cuestionar las formas y mandatos culturales del presente, y la que nos permite “darnos cuenta” de los deseos internos y su constitución, así como de la formación de los imaginarios y significaciones sociales.

En este primer apartado se abordan las prácticas de maternidad en la Antigüedad y cómo a partir de la Ilustración se van convirtiendo en lo que actualmente conocemos como materner, las exigencias sociales y los motivos de dichas exigencias. Cómo la ciencia se ha visto permeada por esa mirada misógina y el abordaje de las experiencias de maternidad había permanecido oculto y censurado. Un apartado especial va dedicado al surgimiento del día de las madres en México, la historia detrás de una tradición que hasta la fecha permanece como incuestionable.

En la segunda parte de este capítulo titulada “Coordenadas teóricas” presento la discusión sobre los acercamientos del feminismo a la maternidad, de una manera cronológica, abordando cómo es que dicho tema se vuelve digno de ser investigado y de qué manera se van dando las aproximaciones teóricas.

Cierro ese capítulo con la crítica al Estado y sus instituciones como propagadoras y permisivas de la violencia contra las mujeres, y de los tipos de violencias a las que son enfrentadas. Una de ellas la violencia simbólica (Bourdieu, 1998b) en las que las mujeres no sólo toman parte pasiva sino activa en la propensión a que se perpetúen las desigualdades.

En el Capítulo III me he permitido dar un apartado especial libre de análisis para la presentación de las historias de mis interlocutoras, creí pertinente no realizar ningún análisis por propositivo que sea puesto que la escucha atenta y sin juicio ha sido parte clave en el acercamiento con sus realidades. Por lo tanto, todo el capítulo no hace sino mostrar las verdades que dichas mujeres han compartido conmigo y con nosotros. Desde el fondo de mi sentir, es mi manera de honrar sus vivencias. Así pues, cada una es acompañada de un título a manera de subcapítulo que hace referencia a sus avatares y luchas, a las personas importantes en sus vidas o a sus formas de enfrentarse a la maternidad.

Andrómeda nos hablará del paso de una maternidad plagada de responsabilidades económicas, afectivas y sociales a una maternidad afectiva y amorosa donde se apertura al aprendizaje. Lorena nos muestra su experiencia desde una postura con más privilegios que la mayoría de las entrevistadas, y que sin embargo no ha sido libre de lucha, la compañía de sus ejemplos, su tribu de mujeres, aun en la distancia, han sido parte crucial en su afrontamiento de dificultades, que incluyen parir en pandemia por Covid-19. Karla nos comparte su experiencia como madre de hijos con Asperger y espectro autista, y sus aprendizajes al hacerle frente a esa situación aunada a la vivencia de violencia por parte de su pareja. Daniela nos adentra en la maternidad transnacional en tanto su experiencia como hija, y años después como madre migrante en un país en el que no habla la lengua y en el que se siente tanto como su hija, ajena, pero que sin embargo, han logrado adaptarse a su situación, juntas. La narración de Ana nos da luz sobre la experiencia de la maternidad en mujeres añosas, con el peso de la violencia obstétrica sobre su experiencia y en tiempos de confinamiento por la pandemia por Covid-19. Esmeralda nos comparte su experiencia de maternar a temprana edad, sin recursos económicos suficientes y después, separada de su pareja, cómo ha sobrellevado la nueva modalidad escolar junto con sus hijos. Sofía nos brinda el entendimiento de maternar informada y preparada y aun así sufrir los estragos de la depresión pos parto y de no contar con redes emocionales con las cuales compartir el dolor de ser madre. Por último, Lizeth nos introduce en lo más profundo de su sentir como mujer y como madre, sus

miedos, sus vicisitudes, así como el deseo de que su situación cambie algún día para brindarle a su hija una mejor calidad de vida, sin carencias como ha tenido actualmente.

Estas mujeres al abrir sus puertas simbólicas, puesto que las entrevistas se realizaron a distancia y por medio de las tecnologías de la comunicación, tales como Whatsapp, Zoom o Meet (sólo la entrevista a Lizeth fue presencial y la de Lorena fue por relato escrito) nos han permitido comprender de cerca las experiencias de la maternidad y sus significaciones, así como conocer desde dónde se van creando dichas ideas asociadas al maternar y cómo chocan con la realidad.

Ahora bien, es en el Capítulo IV titulado “Dolores de parto” donde me permito hacer el análisis mediante la crítica de la teoría feminista a la información recabada por medio de las historias compartidas, acompañadas de sus sentires y sus pensares. Partiendo de la desmitificación del deseo materno, encaminado al análisis del mandato cultural de la maternidad, del espacio doméstico y la división sexual del trabajo, así como de las violencias invisibles en las que las mujeres ceden su poder y su sapiencia a la autoridad epistémica.

Hago un abordaje especial y por supuesto que tenía que ser, al ejercicio de sus prácticas de maternidad atravesadas por la pandemia por Covid-19 y en confinamiento, abordando tanto la manera en que hicieron frente a la situación mediante estrategias económicas y emocionales.

Realicé el análisis de los discursos clasificándolos en tendencias, que comienzan con lo tradicional, donde se muestra un apego hacia los estereotipos de la maternidad marcados por el patriarcado y donde los comportamientos son establecidos y nunca cuestionados como una forma de enjuiciamiento de las mujeres que no cumplen con las normativas sociales impuestas. Otra tendencia es la de discursos en transición, que muestran atisbos de separación o cuestionamiento de lo tradicional, y los discursos en ruptura que se alejan

totalmente de lo tradicional, donde los comportamientos y el sistema son cuestionados y analizados por las mismas interlocutoras. Termino el capítulo con el abordaje de las resignificaciones de la maternidad por parte de las actoras sociales en su capacidad de agencia.

Hago el cierre de la investigación con el apartado titulado Puerperio que concluye con los descubrimientos hallados, las interrogantes que quedaron pendientes o que surgieron con el despliegue de narrativas y la importancia del abordaje del fenómeno social de la maternidad y sus significaciones mediante la clave feminista.

CAPÍTULO I. El ser madre

De Deméter a Medea

"Ser madre, más allá de un rol, una posición o una categoría, aparece como una figura plena de significados, contradictorios a veces, pero profundamente enraizados. La maternidad se define como una parte sustancial de ser mujer, una dimensión vital que a menudo emerge como aquella que domina y anula cualquier otra."

Elixabete Imaz

Deméter, a través de la mitología griega es considerada como el arquetipo de la figura de la madre, diosa que vive, sólo si Perséfone su hija, se encuentra a su lado. Es decir, Perséfone le da existencia, ser madre la convierte en ser. Deméter es ubicada dentro de la triada de *diosas vulnerables*, por hallarse sometida a su condición de madre. Sufre el rapto de su hija a manos del dios del inframundo Hades, y durante el tiempo que ésta desaparece de su lado, se marchita y se seca llevándose consigo la vida en la tierra. Al ver Zeus los estragos que tiene el efecto producido en Deméter, llega a un acuerdo con Hades quien acepta devolver a Perséfone durante seis meses para que esté con su madre, y llevársela otros seis al inframundo. Así es como Deméter florece seis meses dando vida a la tierra y a las siembras, y se seca otros seis, donde muere todo a su paso (Bolen, 2015; Hernández & Liranzo, 2013)

Medea en el lado extremo, es la mujer de la mitología que mata a sus hijos en venganza de su desleal esposo, huyendo después con impunidad, y obteniendo asilo en la corte de Egeo. Medea se ha configurado en la cultura occidental, como la mujer perversa, infanticida, maléfica, la bruja, la hechicera que se ha dejado dominar por la pasión y la furia, priorizando su dolor, al de la vida de sus hijos. Medea es el ejemplo de la mujer asesina que debe de alguna manera expiar su crimen (Bolumburu, 2009).

Elixabete Imaz (2010) señala que Medea es odiada, no por haber matado a sus hijos, sino por haber tomado el poder del padre, quien era el único calificado para permitir la vida o dar muerte. Medea rompe con el poder patriarcal y se da el atributo de decidir sobre el futuro de ella misma y de su descendencia.

Sirvan estos dos modelos de introducción, para explorar la tradición de Occidente respecto de la figura de la madre y del papel que a las mujeres se les ha impuesto. Ejemplos opuestos, que permean la estructura mental de la sociedad, y que no permiten los matices, ni dar cuenta del inmenso abanico de maternidades, que trazan dos caminos: o se es buena o se es mala madre.

Considerar a la maternidad un tema de investigación ha sido cosa compleja. Significa intentar replantear el colectivo social, las representaciones, lo normativo, la construcción de género, los estereotipos; es oponerse a la forma aceptable de hacer ciencia, a cómo se definen los objetos de estudio o los temas de investigación; es enfrentarse a nuevas metodologías o ser creativos con las mismas; es ser sensible con la información obtenida; es poner en el ámbito de lo público “las cosas de mujeres”; es estudiar lo emocional, lo rechazado, lo conocido como si fuera cosa nueva; es confrontar el sentido común y explorar esos matices que no se han visto o no se han querido ver, profundizando sobre las prácticas, las significaciones, las formas de pensar, las definiciones y redefiniciones; es poner en tela de juicio aquello que se considera ligado a la mujer por el solo hecho de ser mujer, su “naturaleza”, su “esencia”.

Es poner el análisis en la imagen sagrada de *la madre*, la casta, pura, abnegada, sacrificada, doliente y amorosa madre mexicana, para enfrentarla con las realidades de los relatos de madres mexicanas, discursos que develan las contradicciones, las creencias, las construcciones de significado, los mandatos culturales, las experiencias, los sentires, lo incomprendido, lo impensado, lo censurado; que ponen sobre la mesa, las múltiples dimensiones del fenómeno de la maternidad. Levantemos pues el velo, y corramos el riesgo de conocer.

Gestando ideas. La luz al final del túnel y al principio de la investigación

"¿Cómo era posible que dar la Vida no fuera un riesgo; un riesgo, además trascendental? Riesgo de muerte, por supuesto, como está demostrado a través de toda la historia de la humanidad. Riesgo de enfermedades asociadas; riesgo de secuelas físicas a corto, mediano y largo plazo. Pero, sobre todo, riesgo por establecer un compromiso tan fuerte, el más fuerte, con otra persona por mor de esa donación significativa. Riesgo por el paso de un ser solo, aislado, solitario, que no tiene que rendir cuentas más que a sí mismo, a un estado relacional, comunicante, cuajado de responsabilidades."

Victoria Sau

Toda idea tiene un momento de creación, y ésta en particular, ha salido a la luz a partir de mi acercamiento como profesional, pero también de mis aproximaciones, como mujer, como madre y en primer tiempo: como hija. Tomo las palabras de Victoria Sau al respecto:

El paradigma o modelo desde el que se aborda un objeto de estudio es importante para entender el texto: cómo se posiciona quien investiga. La mirada en este caso es de hija. Como podría serlo de hijo. No es seguro que todas las mujeres sean madres o vayan a serlo un día; ni que todos los hombres sean padres o lleguen a serlo. Pero en cambio sí que es universal que todo ser humano viviente, de cualquier edad, sexo y condición, ha nacido de mujer y es hija o hijo. Y es la universalidad de esta mirada y su derecho a ver lo que ha inspirado estas páginas (Sau, 2004, pp. 9-10).

Dirá Marcela Lagarde (2005) que es el género de quien investiga lo que nos involucra y proyecta tanto como con las personas como con la teoría, las ideas y las emociones, y es justo esto lo que define al verdadero problema. Por consiguiente, una no puede comprender, sino partir desde nuestras situaciones de vida determinadas, con las ideas y concepciones teóricas que nos han formado.

La maternidad, es un fenómeno que nos atraviesa a todas y todos, en consecuencia, sentimos que tenemos cierto conocimiento de ella, debido al ideal que de ella nos hemos formado, siendo este, un elemento fundamental como formador de nuestra cultura (Imaz, 2010). Por lo tanto, comprenderla a profundidad, es elemental para el discernimiento de nuestra sociedad.

Pues bien, comienzo hablando de mi posicionamiento como psicóloga del cual nace la curiosidad que me llevó a este ejercicio científico. En el municipio de Tulancingo de Bravo, Hidalgo, estuve laborando durante cinco años (del 2015 al 2020) en un Centro Especializado en Atención a la Violencia Familiar (CEAVIF), donde brindé mis servicios como primer respondiente, asesora y/o psicoterapeuta a más de quinientas mujeres en situación de violencia de género, que llegaban tanto de Tulancingo, como de municipios aledaños incluyendo zonas indígenas y zonas urbanas.

Dichas mujeres llegaban al CEAVIF por cuenta propia o enviadas por ministerio público para recibir atención psicológica y/o jurídica. Trabajábamos en ese momento dentro del centro, seis mujeres de las cuales ninguna éramos feministas ni habíamos recibido capacitación sobre perspectiva de género o como primer respondiente¹, más que los conocimientos que derivaban de nuestras profesiones.

¹ Dicha capacitación llegaría más tarde a través del Centro de Justicia para Mujeres del Estado de Hidalgo (CJM) que contaba con una infraestructura envidiable por nuestro centro, y donde tuve mi primer encuentro con el feminismo en los foros y conferencias a los que nos invitaban y en las cuales se presentaban feministas de talla internacional. He de mencionar que tampoco el CJM cuenta con una postura feminista ya que en cursos que más adelante tomé, noté que la mayoría de su personal desconocía por completo la teoría o el movimiento feminista.

Cuando ingresé a trabajar, uno de los primeros casos con el que me encontré, fue con el de una paciente a la que llamaré Luz, quien pertenecía a una comunidad indígena. Mi encuentro con ella fue a solicitud del departamento jurídico del CEAVIF debido a que se encontraba en tan mal estado psicológico, que se le dificultaba bastante la toma de testimonio en ministerio público, además de que hablaba muy poco el español, lo cual la colocaba en una posición de mayor vulnerabilidad. Luz estaba peleando la patria potestad de dos de sus tres hijos, quienes habían sido arrebatados de sus brazos por el padre, al salir de la escuela, días después de que ella decidió no vivir más a su lado a causa de la violencia física que le infligía. Parte de las secuelas que el maltrato de su pareja dejó eran: peso muy bajo, caída de cabello, miedo, ansiedad, falta de apetito, apatía y desgano.

Aún recuerdo el día que conocí a Luz, al llenar su hoja de datos y decirme su edad, tuve que mirarla de nuevo porque la edad que me refería (veinticinco años) no coincidía con su apariencia física, mínimo parecía tener cuarenta. Llevaba unos seis meses en su proceso legal y tratamiento psicológico, cuando yo llegué a laborar ahí, así que retomamos su tratamiento.

Con el paso del tiempo fuimos trabajando cuestiones como su proceso de duelo, la timidez ante figuras de autoridad, y la culpa y remordimiento que sentía a causa de los reproches de la gente de su entorno. Poco a poco fue denotando seguridad al expresar sus emociones, ya no lloraba toda la sesión, ahora podía verbalizar sus sentimientos y ya no se le dificultaba entender y hablar el español debido a la cantidad de tiempo que pasaba ahora en ministerio público, en contacto con su abogada y conmigo. También fue mostrándose más afectiva con el hijo que se había quedado con ella, un pequeñín de 8 meses; ya no tenía pesadillas; ahora vivía en otra comunidad con sus padres y comenzó a hacerse independiente económicamente; subió de peso y recuerdo escucharla decir “de nuevo tengo cachetes” y sonreír.

La abogada había comunicado a Luz desde un inicio, que el proceso legal llevaría tiempo, que tuviera paciencia porque muchas desistían debido a esto. Era desesperante para ella cuando varias veces salió la orden de custodia compartida, y su ex pareja huía haciendo imposible el contacto. Así pasaron tres años en los que por mediación de la abogada logró obtener la patria potestad de sus hijos. Durante ese periodo rara vez faltó a sus sesiones de terapia y nunca faltó a las citas con la abogada. El día esperado llegó y junto con la policía, la abogada del CEAVIF y otra licenciada de ministerio público, papeles en mano, se dirigieron al domicilio del susodicho, para exigir la entrega de los menores. Recuerdo la alegría de todas en la institución al ver por fin la luz al final del largo proceso legal.

Pasaron unas cuantas horas cuando regresó la abogada llorando de coraje y de impotencia. Recuerdo a la directora y la secretaria preguntar si el “tipo” había huido de nuevo, a lo que la abogada contestó “¡No, fue ella quien ya no los quiso!”. Nadie lo podía creer. La abogada me volteó a mirar y llorando me dijo “¿Qué le dijiste? ¿Por qué ya no los quiso?”. Yo no pude contestar nada, aún seguía sorprendida por lo sucedido. Durante el tiempo que trabajamos, Luz jamás hizo mención a no desear recuperar a sus pequeños y es algo que tampoco yo cuestioné. Después de ese día, la culpa me hizo examinar palabra por palabra de lo tratado en terapia, repasaba día y noche, en qué momento yo había sugerido que ella rechazara la patria potestad.

Durante varios días, la abogada se mostraba incómoda conmigo y, aunque no me reclamaba nada, sí comentaba lo molesta que se sentía por todo el tiempo invertido en el caso y “¡para nada!”. Comentó que cuando llegaron por los niños, Luz los vio salir asustados y aferrados de las piernas de su padre, eran lo suficientemente pequeños para haberla olvidado como madre. Ella los miró a lo lejos, y con voz firme le dijo a los policías que no entraran, le dijo a la abogada: “Ya no, no los voy a obligar a estar conmigo, además, ya aprendí a vivir sin ellos. Todavía tengo a mi niño”.

En ese entonces, me concentraba en mi labor como terapeuta, estudiando todo lo posible sobre violencia, pero aún no tenía conocimientos sobre teoría feminista o sobre perspectiva de género. Recuerdo no haberme sentido molesta por el resultado, ya que durante años vi cómo la salud física y mental de Luz mejoraba, así que cuando escuché eso de que se mantuvo firme, aun cuando trataron de convencerla de que exigiera la entrega de sus hijos, me alegré porque yo la había conocido tímida y temerosa de todo. La había visto hablar tan bajito que quien la escuchaba, tenía que acercarse o preguntar muchas veces qué había dicho, por lo que para mí, esa seguridad no podía ser mala. Pero sí me impactó el hecho de que hubiera rechazado la posibilidad de tener a sus hijos de vuelta, por los que tanto había llorado y luchado. La volví a ver unos meses más tarde cuando acudió a darme las gracias por el tratamiento, nos vimos unos pocos minutos ya que mi agenda estaba llena ese día y no discutimos ni platicamos sobre lo acontecido, solo me dijo “estoy bien, mi chamaco creció bastante y ahora ya trabajo” me abrazó sonriente y se fue.

A partir de ahí comencé a hablar sobre maternidad con las usuarias que llegaban al CEAVIF. Si bien la mayoría tenía hijos, era un tema que en psicoterapia casi no se mencionaba. Cuando se llegaba a tocar el tema de la maternidad, sólo era para mencionar lo difícil que era llevar los gastos sin el apoyo económico de nadie, lo complejo que era ir a trabajar cargando cuatro hijos o dejándolos en casa al cuidado de la(o)s mayorcita(o)s. El tema del aborto era innombrable, el de la culpa por ser mala madre muchas veces mencionado, pero nunca el del arrepentimiento por ser madre. La mayoría de las que aún vivían con sus agresores, mencionaban que permanecían al lado de sus parejas (con todo y la violencia) “por mis hijos”.

Cuando llegaban conmigo mujeres que peleaban por la custodia o la patria potestad, observaba lo mismo que observé en Luz: desesperación, frustración, un desgarramiento emocional tan inmenso que no las dejaba dormir, ni comer. Muchas mencionaban que de pasar más semanas sin sus hijos, la única opción viable era volver con sus agresores a riesgo de ser asesinadas o privadas de su libertad.

Un día se me ocurrió platicarle sobre el caso de Luz, a una de las mujeres que atendí dada su situación emocional, y para mi sorpresa no mostró extrañeza, me dijo “¿Sabe? Yo también he pensado hacer lo mismo, pero la sociedad pesa y pesa mucho”, ella tenía que viajar cada semana de otro estado de la República que quedaba a cinco horas de distancia, porque su ex pareja había sustraído a su hijo y se lo había traído al estado de Hidalgo sin conocer a nadie. Ella lo rastreó por su celular, y fue así como dio con él. Llevaba meses en su proceso legal, y se notaba en extremo desgastada tanto física como emocional y económicamente. Pero era un proceso lento le habían dicho. Me dijo “yo quisiera ser como ellos (refiriéndose a los hombres), ver a mi peque solo el fin de semana y pasármela bonito, llevarlo al parque o al cine y no encargarme de estar molesta toda la semana por las tareas, las comidas o las enfermedades. A ellos, sólo les toca la parte divertida y con eso presumen en todos lados que son padres”.

Así conocí infinidad de casos, y cuando la sinceridad vencía a la censura, cuando ellas se sentían no juzgadas (para ese entonces ya contaba con cursos y lecturas feministas, y sobre atención psicológica con perspectiva de género), surgían así los relatos vetados de la maternidad. Relatos donde se abandonaba la culpa, la vergüenza, el dolor que miles de madres viven día a día. Relatos sobre depresión post parto que ni siquiera habían hecho consciente. Relatos sobre pensamientos de irrupción del embarazo, sobre ganas de abandono, sobre deseos de nunca haber sido madres, sobre arrepentimientos. Todo lo que es considerado indecible, oculto, inaceptable y reprimido de la maternidad. Alesandra Bocchetti (1992) usa el término “indecencia” haciendo referencia a aquello de lo cual no se habla o de lo que es mejor ni hablar.

Surgieron para mí las preguntas: ¿Por qué las mujeres han ocultado lo que realmente sienten y piensan de la maternidad?, ¿Por qué si la maternidad se vive de tan diversas maneras, esta se ha estereotipado al grado de tener una misma imagen de la madre amorosa, dedicada, que da la vida por sus hijos, que se olvida de sí misma?, ¿Para la conveniencia de quién se ha inducido a las mujeres a

someter su sexualidad y su ser en el molde de la maternidad?, ¿Por qué no se ha logrado vivir la maternidad con plenitud, en congruencia con otras áreas igual de importantes sin culpa, sin censura, con libre elección?

Son bastantes las ocasiones en las que escuché dando consulta “no sé cómo me embaracé”. Esas mujeres, no se referían a desconocer el proceso fisiológico de un embarazo, sino al hecho de darse cuenta que no habían tenido parte en la decisión de haber sido madres. Surge entonces, la curiosidad científica por conocer el trasfondo de esos silencios, por conocer la formación de las significaciones de la maternidad y el papel que las instituciones tienen detrás de la formación de dichas significaciones, por indagar en los discursos que estereotipan las significaciones de la misma, y la manera de vivenciarla en su vertiente “aceptada” y en su connotación de “prohibida, oculta, indecible, y a veces hasta impensable²”.

De la oscuridad de la caverna-ventre, a la llegada enceguecedora de la luz

“Todos nacemos de mujer, y sin embargo la voz de las mujeres no ha sido escuchada, por lo que no sabemos nada del significado de la experiencia de la maternidad”

Lorena Saletti

Desde que las teóricas feministas desvelaron el entramado que constituye las formas de dominación hacia las mujeres por parte del sistema patriarcal, surge la necesidad de mirar hacia el conjunto de interacciones y prácticas sociales de estas en su cotidianidad.

² Lo indecible y por tanto censurado pero que se sabe, lo impensable como aquello que escapa a la conciencia del sujeto pero que está ahí y que abarca tanto lo que no se expresa porque se autocensura, hasta lo que no se conoce pero que determina.

El conocimiento sobre el quehacer y sentir de las mujeres a nivel mundial, ha estado permeado por la visión hegemónica androcéntrica y unilateral (por lo tanto oscurecida de todos los matices) que surge como modelo a imitar, y que condiciona las características que el otro (las mujeres) tienen que cumplir dentro de ese orden, incluida la lógica colonial de la maternidad que les ha sido impuesta. La permuta de dicha lógica, será posible sólo a través del acercamiento a las múltiples y variadas experiencias de la maternidad, experiencias que han sido impactadas por las significaciones que hemos construido sobre ella.

En pleno siglo XXI existe una dificultad para entender la función materna como una práctica simbólica, es decir, del orden de las significaciones. Esto se corrobora en la exigencia de comportamientos estereotipados de las mujeres, debido al rol materno que desempeñan. Si no logramos desentrañar, cómo las mujeres experimentan sus conflictos internos ambivalentes en torno a la maternidad, no podremos lograr la emancipación de roles y la reivindicación de las mujeres como sujetos multidimensionales.

Relacionar en automático la maternidad con las mujeres, por el solo hecho de tener un cuerpo apto para la reproducción, constituye una idea que no por simplista deja de estar presente y tener un peso significativo en el discurso cotidiano. Su permanencia obstaculiza la realización de análisis profundos que conduzcan a desenmarañar la gran cantidad de simbolismos que se encuentran adheridos, vigorosamente, a la cultura. A contracorriente, se han cimentado bases teóricas sólidas para la continuación de un pensamiento crítico que desestabiliza las “verdades absolutas” y debate los dogmas que se han ido construyendo acerca de la maternidad desde la visión occidental judeocristiana, es decir, patriarcal, y que continúa hasta nuestros días (Romero et al., 2020, p. 146).

Es necesario descifrar cómo se han formado dichas significaciones, para así poder contar con un nuevo orden simbólico exclusivo de las mujeres, un nuevo sistema en

el que no sean pensadas a partir de la mirada del otro y construyan una mirada basada en la aceptación de sus sentires y sus pensares que lleven a la creación de nuevas normas y prácticas que transformen el contexto social en el que existen.

Convertida en deseos sentidos por cada una, la opresión genérica se concreta en formas de comportamiento, en actitudes, destrezas y respuestas. Esta opresión es valorada positivamente cuando la dependencia, la sujeción, la subordinación, la impotencia y la servidumbre son virtudes femeninas y no dimensiones políticas (Lagarde, 2005, pp. 17-18).

El abordaje de la maternidad contemporánea a partir de la teoría feminista es fundamental para comprender sin juicios, que no todas las mujeres experimentan la maternidad como se quiere imponer, y que el tratar de vivir y experimentar la maternidad dentro de ese orden, es en sí una forma de extender la violencia que se ejerce sobre las mujeres. Así como lo es, negar la posibilidad de conocerse. Porque aunque conocer la verdad duela y enceguezca de momento, es la única forma de romper con la opresión vivida. Investigar es un acto político. Se trata pues, de colaborar con sacar las experiencias de la maternidad del silencio y del ámbito de lo privado, para pasarlas al ámbito público, político y de reflexión colectiva para que así se incorporen en la memoria y el conocimiento de la sociedad (Imaz, 2010).

Tal cómo señala la lógica de foucaultiana sobre la “puesta en discurso”, la cuestión no está en determinar si la maternidad es lo mejor que le puede pasar a las mujeres o lo peor, o si existe o no el amor maternal, sino en desvelar por qué como sociedad decimos que tal experiencia debe ser vivida de tal o cual forma, qué sujetos son los que dicen esto, desde dónde se dice lo que se dice, cuáles son los puntos de vista que parten de los diferentes lugares de los que se habla, y qué función y razón tienen de ser. Es decir, descifrar qué saberes se forman a partir de esas posturas y cuáles son sus efectos, si se castiga o no a quienes hablan (Foucault, 1991, p.29).

Se nos enseñó a parir de una forma que no era natural. Coordenadas epistemológicas

"Debe haber otro modo de ser humano y libre, otro modo de ser..."

Rosario Castellanos

Diversas son las maneras de vivir y significar la maternidad porque diversas son las realidades de las mujeres, por lo tanto, la manera de abordar esta cuestión científica no podría ser menos que diversa y divergente. En consecuencia, he optado por un abordaje que desarticule las creencias asociadas al conjunto mujer-madre, fuertemente arraigado en la cultura y que esencializa a la maternidad como una propiedad constitutiva de las mujeres. Para empezar es preciso hablar de la importancia de la inclusión de las mujeres en la ciencia y del por qué estudiar a las mujeres desde la óptica feminista. ¿Por qué estudiar a quienes no han sido protagonistas de nada? (Lau Jaiven, 1998).

Cómo podemos nosotras, en tanto que mujeres, traducir nuestra experiencia en conocimiento, y en esa forma desafiar nuestra opresión sin al mismo tiempo construir una teoría sobre la opresión misma, sus causas, consecuencias y superación de ese estado de cosas (Hierro, 2002, p. 37).

Los paradigmas y los marcos interpretativos, son modelos conceptuales que fijan la mirada intelectual sobre la realidad social, utilizando conceptos que les permitan echar luz sobre las dimensiones de la sociedad que no se podían mirar desde otros referentes de interpretación. La teoría feminista es un marco interpretativo de la realidad, que descubre las estructuras y mecanismos ideológicos que reproducen y aumentan la discriminación y exclusión de las mujeres, es decir, permite hacer visible al género como una estructura de poder, poniendo la lupa sobre la existencia del sistema social que le otorga a los hombres una posición hegemónica, y a las mujeres una posición de subordinación frente a ellos (Cobo, 2014).

Así pues, se constituye como un paradigma con mirada intelectual y política, que visibiliza hechos que para otros paradigmas no habían sido significativos ni pertinentes (Amorós, 1998). Con la entrada de las mujeres tanto como sujetos de estudio y como investigadoras en las ciencias sociales, los paradigmas existentes en la investigación científica, se vieron en la necesidad de cuestionar su definición de objeto, sus métodos, sus unidades de medida, la supuesta neutralidad y la universalidad de sus modelos (Benhabib, 1992). La teoría feminista, es un referente que permite no tener una visión distorsionada de la realidad, una sola visión o versión de la realidad social (Cobo, 2014).

Es necesaria entonces, la presencia de “la mirada oblicua”, esa mirada elegida y desobediente, la mirada con la que podemos decidir mirar, pensar, leer y escribir desde un lugar diferente al lugar del poder, de la hegemonía. Significa mirar desde el lugar marginal desde el que construimos nuestra posición en el mundo, donde podemos imaginar otros modos de vida, otras estrategias para vivir y desaprender la manera en que nos han entrenado para mirar en tanto nacemos mujeres. Significa poner atención a las zonas menos atendidas y descubrir esas realidades como si fueran nuevas, desde la posición nómada, para desarticular y desestructurar las formas en las que se nos ha enseñado a mirar. Significa indisciplinarnos creativamente y conocer y reconocer esas otras realidades. Porque el modo en que miramos, se aprende de nuestra cultura. La mirada oblicua se convierte así, en el reto, donde las mujeres reivindiquen el derecho a no dividir de manera tajante y brutal, la razón y la afectividad, del cuerpo (Lorenzano, 2020).

Rosario Castellanos denuncia que a las mujeres se les ha encomiado y encomendado la única misión de servir y de ser incubadoras, por lo que se pregunta sobre la existencia de una manera de pensar y de existir que sea propia de las mujeres, dejando sobre la mesa la enmienda de averiguar cuál es esta forma de pensar y de existir (Hierro, 2002).

Sobre este aspecto, la investigación feminista ha permitido cambiar y replantear la naturaleza de las teorías e investigaciones de la academia en los últimos treinta años. Nos permite abordar desde un punto de vista no patriarcal ni hegemónico el conocimiento sobre esa otra parte marginalizada que son las vivencias y experiencias de las mujeres a lo largo de la historia. Dar voz a discursos silenciados y censurados que muestran otros modos de ser y pensar.

La epistemología feminista reconoce que el género influye en la manera en cómo se concibe el conocimiento, identificando que ha habido prácticas de investigación, justificación y apropiación del mismo, que han puesto en notable desventaja a las mujeres negándoles la posibilidad de tener “*autoridad epistémica*” sobre lo que se conoce. Sobre las mujeres se ha teorizado y se ha afirmado desde el punto de vista masculino, invisibilizando la diferencia, y cuando esta diferencia se hace notar, es sólo para denigrarla y ponerla frente al punto de comparación “ejemplar” que es el modelo masculino. Así que todo lo producido bajo dicho modelo, no hace sino reforzar y reproducir las jerarquías genéricas. Ahora bien, no sólo se trata de hacer notar las fallas, sino que la epistemología feminista brinda la posibilidad de dar solución a dichas fallas. Como comenta Graciela Hierro:

La metodología feminista no sólo intenta develar una realidad antes ignorada, también tiene el propósito de cambiarla. Se presenta en esta metodología la posibilidad de construir un nuevo paradigma que se abra en la cultura, cargado de posibilidades teóricas y prácticas, para superar —en este caso— los CAUTIVERIOS femeninos tradicionales, vividos por las mujeres (Lagarde, 2005, pp. 9-10).

Por lo que es necesario abrir la crítica hacia los marcos interpretativos que hacen presunción de la objetividad, racionalidad y neutralidad, lo que deshumaniza el conocimiento y que generan discursos que pretenden ser universales, cerrando con ello, toda posibilidad de conocimiento que no encaje con su modelo. Por tales

motivos, como señala Blazquez (2010b), es preciso reformular dichas estructuras de autoridad epistémica:

La necesidad de universalizar las afirmaciones es una necesidad masculina: de la universalización se puede llegar a la dogmatización de las opiniones de los hombres, como bien sabemos de varias instancias del planteamiento patriarcal, que siempre conoce, mejor que tú, lo que a ti te conviene (Hierro, 2002, pp. 33-34).

Al hacer investigación feminista se entiende que el lenguaje y la actividad del investigador y de la persona investigada se encuentran influidos por el género, las propias biografías y la clase social, ya que no existe una sola realidad a conocer sino múltiples realidades, no busca predecir ni controlar la información sino llegar a comprender dichas realidades donde la relación que se establece será de interacción en influencia mutua y sin la pretensión de llegar a generalizaciones. Bajo el enfoque cualitativo la investigación feminista adquiere el cariz flexible y holístico que requiere el marco de referencia de las mujeres a estudiar, considerando cada perspectiva como valiosa y digna de atención y estudio.

Ninguna historia de vida puede ser calificada de errónea, siempre es la verdad del sujeto que la enuncia, que la describe y la experimenta, el entrevistador se encuentra frente a un contenido subjetivo que refleja la condición experimentada con sus propias definiciones y contradicciones. Focalizar las claves en el discurso interpretativo de una autobiografía, es una de las estrategias más importantes en el análisis de una representación porque sitúa la complejidad de un sistema alojado en la subjetividad y permite comprender el impacto de los contextos culturales y sociales en la producción de la historia individual (Flores & Mora, 2010, p. 368).

Hacer investigación feminista supone un compromiso de cambio para desnaturalizar lo que profundamente se ha naturalizado. “La investigación feminista se caracteriza

por poner especial atención en la diferencia, cuestionar el poder social, resistir la opresión científica y comprometerse con el activismo político y justicia social” (Tena, 2010, p. 290). Así pues, a partir de la teoría feminista, se planteó hacer el análisis de los significados y experiencias sobre la maternidad, para entender los fenómenos sociales desde la perspectiva de las mujeres, examinando el modo en que experimentan el mundo, tomando lo que ellas dicen y hacen como un producto del modo en que definen su mundo.

Madre no sólo hay una

María Lizet Romero Guzmán, Evangelina Tapia Tovar y Consuelo Meza Márquez publicaron en la revista Debate Feminista un estado del arte sobre el abordaje teórico de la maternidad desde la teoría feminista, titulado “*Abanico de maternidades*” (2020). Dicho aporte contribuye a brindar un corpus amplísimo sobre el estudio de la maternidad a través del tiempo, desde un enfoque histórico, que contextualiza la maternidad como una construcción socio cultural. Tomando como referencia dicho trabajo, menciono en este apartado a las autoras que me han sido de utilidad de acuerdo a mi enfoque teórico.

Comienzo entonces con “Las pioneras”, es decir, las feministas que se atrevieron a explorar y desentrañar las verdades incómodas sobre la maternidad, colocando el tema como centro del debate público y político, careciendo de modelos previos de cómo hacerlo, y dejando una herencia epistemológica que dio pie a que las mujeres comenzaran a pensarse a sí mismas como capaces de generar conocimiento científico, y de escribir su propia historia.

En el apartado titulado “las cronistas”, coloco a las autoras que sitúan a la maternidad en un contexto espacio-temporal, que permite dejar de lado las creencias mítico-religiosas y esencialistas para lograr así la comprensión de cómo

es construida cultural y simbólicamente. La importancia de estos aportes, radica en la contextualización de la problemática social, lo que coloca el análisis en los cambios a los que se han sometido las significaciones de la maternidad y el trasfondo de dicho cambios.

En “Las analistas”, haré mención de las autoras que hicieron un aporte crítico a los mandatos culturales de la maternidad, escudriñando en los significados de la misma, viéndola como un fenómeno que se construye multiculturalmente, y cuestionando el *ideal materno* y el *instinto maternal*, mismos que se han mantenido dentro de los temas tabúes de nuestra sociedad.

En “Teóricas de la divergencia”, muestro los estudios que dan cuenta de la diversidad materna, donde se enuncia que no existe una sola forma de ser madre, develando maternidades que escapan de los parámetros tradicionales, es decir, “*nuevas maternidades*” o “*maternidades emergentes*”, maternidades que rompen con el ideal de maternidad, con las exigencias que conlleva en tanto, la edad “prudente” para ser madre, la asumida heterosexualidad, y el cumplimiento de los roles establecidos para el pleno ejercicio de la maternidad.

Concedo el paso a este recuento que se irá enriqueciendo con el paso del tiempo.

Las Pioneras

Cual mujeres guerreras de la mitología, estas estudiosas se adentraron en la investigación de los asuntos de la vida privada (quehaceres domésticos y maternidad) por considerarlos políticamente relevantes. Dentro de estas iniciadoras, se ubican Simone de Beauvoir (1908-1986), Betty Friedan (1921-2006), Adrienne Rich (1929-2012), Kate Millet (1934-2017), Shulamit Firestone (1945-2012), bell

hooks³ (1952-) Victoria Sau (1930-2013) y Elisabeth Badinter (1944-). Mencionaré sus textos más emblemáticos respecto del tema.

Una de las primeras teóricas en denunciar la maternidad como una atadura para las mujeres, aun cuando esto significaba volcar sobre sí las críticas de la sociedad, fue Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo* (1981) escrito en 1949. La autora señala que es el hecho de convertirse en madre, lo que anula la existencia de las mujeres a nivel político e impide su desarrollo y trascendencia social. Este texto además apertura el surgimiento de la tercera ola feminista, aun cuando fue escrito una década antes, las ideas que propone son rescatadas, para dar paso a una nueva forma de mirar las cuestiones domésticas de manera crítica.

La psicóloga y feminista Betty Friedan (2009) da a conocer en el año de 1963, *el malestar que no tiene nombre*, el cual descubre al atender a mujeres amas de casa. Friedan hace una exposición de las vivencias de dichas mujeres que habían perdido el sentido de vida, poniendo en jaque la creencia de que las mujeres eran felices y se encontraban realizadas al encargarse exclusivamente de las tareas del hogar. Al publicarse *La mística de la feminidad* (ahora un clásico feminista), miles se sintieron identificadas, dando cuenta del problema colectivo al que se enfrentaba la sociedad.

En el año de 1973, Shulamit Firestone escribe *La dialéctica del sexo* (1976), con la clara influencia de Marx, Engels y Freud, donde expone que los hombres, al ocuparse del desarrollo de su capacidad creadora, han orillado a las mujeres a convertirse en sujetos explotados en cuanto a su función de madres. Elabora un arduo aquilatamiento de los avances y retrocesos del feminismo, por lo que propone una revolución para lograr los objetivos feministas, de dos clases: la social y la sexual. En dicha revolución dice: las mujeres tomarán el control de la función reproductora, por lo que es una revolución corporal, una manifestación contra el sistema misógino, sexista y androcéntrico.

³ Gloria Jean Watkins prefiere el uso de su nombre adoptado en honor a su abuela bell hooks en minúsculas ya que la misma bell hooks lo escribía así, como una forma de reto para con el *statu quo*.

Adrienne Rich publica en 1976, *Nacemos de Mujer* (2019), donde propone redefinir la maternidad como un espacio de poder femenino. Ya que para ella, la maternidad era pensada en una doble dimensión: como institución y como experiencia, donde un significado se imponía sobre el otro. La maternidad como institución se dirige a asegurar que las mujeres permanezcan bajo el control masculino y la maternidad como experiencia se centra en la relación de las mujeres con sus poderes reproductores y con su descendencia. Por lo tanto, fomenta la recuperación de la maternidad como experiencia, es decir, de relacionarse de manera estrecha con la capacidad de reproducción.

La pregunta del texto *¿Existe el amor maternal?* lanzada por Elisabeth Badinter (1981) permite cuestionar lo incuestionable: el amor y el instinto maternal. La autora para responder a esta interrogante, realiza una reflexión histórica de la falta de amor materno en los siglos comprendidos del XVII al XX, donde considera que es una construcción socio-histórica y cultural, es decir, que no tiene que ver con la naturaleza femenina ni con alguna esencia intrínseca a las mujeres. Para Badinter, el amor maternal es un concepto que surge en el Siglo VXIII para por una parte, garantizar la supervivencia de los menores y por otra, mantener a las mujeres sometidas a su condición “natural” e “inevitable”.

La autora catalana Victoria Sau en su texto *El vacío de la maternidad: madre no hay más que ninguna* (2004) publicado en 1995, hace referencia a la necesidad de ciertas condiciones beneficiosas, garantizadas por el Estado, que acompañen la maternidad, para que pueda considerarse como tal desde una perspectiva humanística. Considera que la maternidad ha sido “fagocitada” por los hombres (el padre) quienes la han aislado a su mera condición biológica, por lo que las mujeres deben recuperar el poder sobre la misma.

En *Teoría Feminista: de los márgenes al centro* (hooks, 2020), en el capítulo *Crianza Revolucionaria*, bell hooks resignifica tanto la maternidad como la crianza, viendo la posibilidad de experimentarlas como no obligatorias, explotadoras u opresivas, sino

como una oportunidad positiva a través de la crianza feminista en conjunto con los hombres y libre de sexismo, todo esto sin planteamientos universalistas.

Para comprender la proliferación de investigaciones sobre maternidad en años recientes es fundamental acudir a las teóricas que las iniciaron, quienes sentaron bases definitivas para problematizar la maternidad como un constructo sociocultural e históricamente edificado. En sus inicios, los estudios feministas se centraron en articular una mirada crítica y necesaria hacia el estado de desventaja que la maternidad suponía para las mujeres. Fue así como la sumisión, la abnegación, el sometimiento y, en una palabra, la opresión, despojó de sus ropajes a la imagen idealizada, bondadosa y casi etérea de la Madre. Se derrumbó entonces una estatua rígida que no admitía recusaciones, para convertirse en un problema susceptible de ser abordado y desmitificado a través de la revisión histórica acompañada de la genialidad de quienes no se conformaron con su carácter inamovible, inconformidad que abrió el camino para dar pasos firmes en el avance de la reivindicación de los derechos humanos de las mujeres. (Romero et al., 2020, p. 161)

Las cronistas

El conocimiento del presente es imposible sin el discernimiento del pasado, sin la crítica y el análisis de las construcciones que dieron pie a las situaciones actuales en las que nos encontramos, estas variaciones darán testimonio de los aspectos que han cambiado y de aquellos que han sobrevivido la luz crítica que las autoras han puesto sobre ellas. Han sido ellas quienes “se percataron de que los silencios de la historia eran una forma de pérdida de identidad, y comenzaron a desarrollar la curiosidad por buscar un pasado colectivo” (Lau Jaiven, 1998, p. 2).

Figuras de la madre (1996) de Tubert es un referente transdisciplinario que hace un análisis crítico de aquellos aspectos que han influido en la construcción de la figura de la madre en Occidente a partir de la lógica patriarcal. Los puntos principales que toca son la historia y los aspectos míticos que han sido situados en la maternidad, así como las relaciones que surgen a partir de las nuevas tecnologías de la reproducción, que conforman lo que llama la *figura de la madre*, haciendo referencia tanto de los aspectos naturales como de los culturales que se encuentran imbricados en la maternidad, que crean una identidad uniforme en la que se quiere encasillar a todas las mujeres. Su mirada está puesta en el cuestionamiento del poder de la medicina como institución que termina incidiendo en los cuerpos de las mujeres.

En *Las mujeres frente a los espejos de la maternidad* (2004) de Yanina Ávila hace un recuento de los planteamientos feministas sobre la maternidad a partir de la segunda ola, puntualizando en las teóricas en México y su lucha por el cuestionamiento de las formas simbólicas de la maternidad y su papel fundante en la identidad femenina. Explica el papel de los estereotipos en la formación de la madre mexicana, cuestionando la naturalización de la maternidad a partir de su existencia como hecho biológico.

Al respecto Cristina Palomar Vereá en *Maternidad: historia y cultura* (2005) muestra la discusión entre antropólogas e historiadoras acerca de conceptos que requerían revisión y replanteamientos a partir de visiones contemporáneas y más incluyentes. Da a conocer la evolución del ideal de maternidad desde que ha sido usado por el Estado, para lograr la repoblación de territorios devastados por las guerras, donde los conceptos de amor e instinto maternal que ya autoras como Badinter (2011) habían cuestionado, son usados de manera conveniente, glorificando la maternidad, para los intereses del poder hegemónico.

En el texto *La deconstrucción del instinto maternal. Una revisión histórica* (Cazallo et al., 2011) las autoras realizan un análisis biográfico de la construcción del instinto

maternal, para demostrar cómo se ha creado el mito de la maternidad. Este análisis se hace tanto de la figura del hijo como de la concepción de la familia nuclear en Occidente, desde el siglo XVII hasta la modernidad.

Las analistas

Comienzo con los aportes de Sharon Hays quien en *Las contradicciones culturales de la maternidad* (1998) hace un interesantísimo examen de los manuales de crianza en Estados Unidos, prestando atención en aquellos discursos que bajo la mirada de aparente modernidad vuelven sobre los postulados patriarcales a tratar de encerrar a las mujeres en la maternidad de tiempo completo, en pos de la cercanía con los hijos y del cumplimiento del ideal de buena madre.

Marta Lamas aborda los aspectos psicoanalíticos de la maternidad, y explorando los ejercicios de poder a través de la práctica de la maternidad. En su texto *Política y Reproducción. Aborto: la frontera del derecho a decidir* (2001) Lamas hace una compilación de sus ensayos sobre el tema, señalando cómo la maternidad ha sometido a las mujeres dentro del ámbito privado, quitándoles la oportunidad de crecer en el ámbito público, repercutiendo en lo político y en lo económico.

Obligatoria es la revisión del trabajo de Marcela Lagarde, *Los cautiverios de las mujeres* (2005) el cual brinda una nueva perspectiva de análisis a la visión unilateral, machista y sexista del patriarcado, abriendo posibilidades teóricas para pensar la situación de las mujeres cautivas: todas las mujeres. Lagarde habla de la maternidad como otra forma de cautiverio en el que muchas mujeres son oprimidas.

En cuanto a las categorías de *buenas madres vs malas madres*, en *Malas madres: la construcción social de la maternidad* (2004), Palomar afirma que la maternidad engloba la contradicciones de los ideales de género de la sociedad y menciona la

importancia de hacer un análisis de los prejuicios y estereotipos de género presentes, ya que existe un ideal de “*La Madre*” que fija las expectativas que las madres deberán cumplir para no ser “estigmatizadas, señaladas, penalizadas, o diagnosticadas de diversas maneras” (Romero et al., 2020, p. 153).

María Victoria Castilla en *La ausencia del amamantamiento en la construcción de la buena maternidad* (2005) muestra los elementos que tuvieron influencia sobre la idea de que el maternaje era un ejercicio meramente femenino, en el que se destaca el discurso del siglo XX de la salud de las mujeres donde a través de la intrusión médica en la relación madre-lactante, se le delegaban exclusivamente a la madre los primeros cuidados del recién nacido, lo que reproducía los estereotipos de género. Castilla hace un recuento histórico que permite contextualizar el significado de la categoría de “*buena madre*”.

El trabajo de Lorena Saletti Cuesta titulado *Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad* (2008), hace un recuento de las distintas posturas feministas desde la primera ola del feminismo hasta las concepciones del ecofeminismo de la década de 1980, y del psicoanálisis feminista, respecto del concepto de maternidad.

Patricia K. N. Schwarz en su texto *Pensar la maternidad como desafío teórico, histórico y político. Un análisis de las conceptualizaciones de la teoría de género sobre la maternidad* (2009), realiza un estupendo análisis de las propuestas discursivas sobre la maternidad desde el feminismo, en cuanto a su utilidad epistemológica, y a partir de la contextualización de la discusión teórica. Habla de la complejidad de la comprensión de la maternidad en cuanto a sus componentes subjetivos y objetivos. Elisabeth Badinter nos proporciona al respecto un estudio polémico considerando a la maternidad como una forma de esclavitud en *La mujer y la madre* (2011).

Lorena Saletti Cuesta ofrece un texto enriquecedor y conmovedor, en *Múltiples feminismos y discursos sobre las maternidades* (2014) hace una narración de lo que llama sus *encuentros y desencuentros* con su propia experiencia como mujer frente a la maternidad, como teórica feminista y como madre. Saletti nos presenta un análisis sobre cómo la visión hegemónica patriarcal sigue estando presente en las prácticas de maternidad aun en la actualidad.

En el mismo sentido, en el texto *Construcción social de la maternidad: el papel de las mujeres en sociedad* (2016) Miriela Sánchez Rivera hace un desmantelamiento del instinto de maternidad, y evidencia los discursos que producen y reproducen dicho modelo.

En *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* (2018) Silvia Federici lanza la bomba y la propuesta sobre la cuestión de la falta de remuneración para las mujeres que cumpliendo con los mandatos de género, se quedan a cargo en el ámbito de lo privado de los cuidados familiares. Denuncia el hecho de que sea “por amor” el que una mujer no se desarrolle ni profesional, ni económicamente, y da pruebas de las distintas formas en las que el patriarcado ha mantenido esta desigualdad y opresión sobre las mujeres poniendo la lupa sobre el trabajo reproductivo y el doméstico mismos que han sido asignados en el sistema capitalista por la división sexual del trabajo.

Continuando con esa mirada sobre el impacto de las construcciones de género, hago uso del capítulo 6 *El “lugar de la mujer”. Algunas consideraciones sobre género, hogar y trabajo* (2019) escrito por Liliana Ibeth Castañeda Rentería para el análisis de los espacios públicos y privados que son ocupados por un sexo y por otro de acuerdo a la construcción de género, que dan cuenta de las desventajas a las que se enfrentan las mujeres.

Teóricas de la divergencia

Los estudios científicos que dan cuenta de la diversidad de maternidades y de la disparidad en el discurso hegemónico, permiten ir más allá de lo teórico y brindan la posibilidad de leer las voces de quienes experimentan la maternidad tal y como la viven; aun así:

La revisión de distintas investigaciones lleva a pensar que, aunque la maternidad se ha abordado como objeto de estudio desde los distintos feminismos y goza de presencia en la academia, es muy escasa la producción que explora cómo viven su maternidad las madres que tienen una conciencia de género que rechaza las normas impuestas y realizan cambios desde su entorno próximo para inconformarse (Romero et al., 2020, p. 155).

a. Madres solteras

Dentro de las investigaciones que encontré en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo consideré el texto *Mujeres jefas de familia como agentes educativos en la formación de sus hijos e hijas*, investigación realizada por Sandra Godínez Hernández (2016), se habla de los distintos esquemas de tipos de familia, centrándose en el de mujeres solteras y su responsabilidad no sólo en la crianza sino en los aspectos educativos de los hijos.

b. Madres adolescentes y madres jóvenes

En *Madres adolescentes: una problemática sociofamiliar* investigación elaborada por María Inés Sánchez Cerón (2005) por parte de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, se analizan los roles de maternidad y paternidad como roles de la vida adulta y el impacto que tienen éstos cuando se presentan a temprana edad,

específicamente en las mujeres. Nathaly Llanes Díaz en *Acercamientos teóricos a la maternidad adolescente como experiencia subjetiva* (2012) habla de los elementos tan complejos que se encuentran en la maternidad adolescente resaltando la capacidad reflexiva de las madres adolescentes como actores sociales.

La investigación de Ana Laura Pintos Medina: *Maternidad. Reflexiones sobre sus significados y las construcciones del imaginario social: partiendo de la experiencia práctica en un Centro para mujeres con niño/as y adolescentes a cargo, en situación de calle* (2015) da luz para el abordaje del análisis discursivo de las mujeres a investigar. Pintos comenta que la construcción de significados cambia de un contexto a otro. Abril Saldaña (2017), brinda un panorama conformado por diez madres jóvenes que rompen con esa maternidad ideal que fija dentro de su discurso oficial, la edad para convertirse en madre. Este estudio muestra la falta de comprensión de diversas instituciones gubernamentales de México, ante el gozo de la experiencia de maternidad en jóvenes madres así como las capacidades de resiliencia por parte de ellas ante los discursos de ataque y etigmatización.

c. Lesbianas, rompiendo con la heteronormatividad

En el estudio *Nuevas maternidades o la deconstrucción de la maternidad en México* (Sánchez et al., 2014), se toma como referencia la maternidad lésbica junto con otros modelos de maternidad, que cuestionan con su ejercicio los discursos heteronormativos y morales. Sara Espinosa presta especial atención a los derechos reproductivos de las familias lesboparentales, entrevistando a madres lesbianas en diferentes ámbitos de sus vidas incluida la maternidad, los hallazgos se exponen en *Madres lesbianas. Una mirada a las maternidades y familias lésbicas en México* (2007). Elixabete Imaz, también pone énfasis en la maternidad lésbica como un modelo de maternidad emergente y en las restricciones para la adopción, en *“Igualmente madres”. Sentidos atribuidos a lo biológico, lo jurídico y lo cotidiano en las maternidades lesbianas* (2016) para mujeres solas o lesbianas.

d. Las “desnaturalizadas”

Este apartado da cuenta de problemáticas consideradas como tabúes y que han sido poco exploradas, como el caso de las madres que asesinan a sus hijos quienes son estigmatizadas y enjuiciadas por la sociedad por romper con los conceptos de amor e instinto maternal tan fuertemente arraigados en nuestra sociedad, así como las mujeres que no desean ser madres que hacen frente a la creencia del deseo innato en las mujeres de realizarse a través de la maternidad y de las madres arrepentidas que sin dejar de sentir amor por sus hija(o)s descubren que el ejercicio de la maternidad no es algo que desearían repetir por infinidad de factores que es de suma importancia analizar y cuestionar ya que permiten reconocer los efectos que representan en la sociedad.

- *Las Filicidas*

Hélène David en *Las madres que matan* (2004) da cuenta de la situación de las mujeres presas por filicidio, explorando los aspectos emocionales que las llevaron a cometer ese acto, así como las consecuencias para ellas en los distintos ámbitos de sus vidas. El trabajo *Buena madre. El imaginario maternal en la tramitación judicial del infanticidio* de Déborah Daich (2008) analiza en juicio de una mujer filicida desde los discursos de los agentes judiciales que denotan los mandatos culturales y sociales respecto del ideal de maternidad impuesto a las mujeres.

- *Las no madres*

Consuelo Paterna, Carmen Yago y Carmen Martínez (2004) informan acerca de cómo los estereotipos sexuales referentes al rol materno son reproducidos por mujeres no madres, de acuerdo a las representaciones sociales que estructuran sobre la maternidad y la no maternidad. A propósito, el texto de Mariana Winocur *El mandato cultural de la maternidad. El cuerpo y el deseo frente a la imposibilidad de embarazarse* (2012) sirve para el acercamiento del estudio de los roles asignados

a la fuerza y de la formación de estereotipos de género. Otra aportación es la de Yanina Ávila en *Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres* (2014) explora otro aspecto que confronta el mandato de maternidad obligatoria, el de la decisión de no ser madre, ubicando esta decisión como un producto de luchas históricas por parte del feminismo.

- *Las arrepentidas*

En *Madres arrepentidas: Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales* (2017), Orna Donath da cuenta de una problemática que no se había tocado anteriormente por ser considerada tema tabú, muestra las entrevistas de mujeres que al ser madres notan que hubieran preferido no serlo de acuerdo a diversas circunstancias y el choque que esto representa para dichas mujeres por el amor que sienten hacia su descendencia.

e. **Madres feministas**

La importancia de explorar este tipo de maternidades en diferentes contextos, es que permiten notar la resignificación de este fenómeno, desde un enfoque no opresivo, lo cual ayuda a replantear las prácticas ejercidas durante tanto tiempo asociadas a una maternidad ideal que no existe, y abrir al diálogo nuevas formas de crianza como una forma de aceptar y aprender a vivir positivamente con la ambivalencia que representa la maternidad. Fiona Joy en *Developing a Feminist Motherline: Reflection on a Decade of Feminist Parenting* (2005) presenta en su estudio la entrevista de 16 mujeres que se autodenominan madres feministas, ubicando entre sus quehaceres una forma de crianza a través del feminismo, lo que les permite idear estrategias creativas para desempeñar el ejercicio de la maternidad.

Irati Fernández en *Feminismo y maternidad: ¿una relación incómoda? Conciencia y estrategias emocionales de mujeres feministas y sus experiencias de maternidad*

(2014) da cuenta en su investigación de las implicaciones de pensar y replantear la maternidad feminista, misma que permite formas de crianzas igualitarias y coherentes con la práctica política del feminismo. Araiza y González (2016) también aportan al respecto en su texto *Hacia la colectivización del cuidado. La Mainada, una experiencia de crianza compartida*. Y en la investigación *La experiencia de la maternidad en mujeres feministas* (2016) Natalie Sánchez, muestra la experiencia de la maternidad en mujeres feministas de Colombia dando a conocer las estrategias utilizadas por ellas en su ejercicio del rol materno, lo cual les permite manejarse con libertad y amplitud de acciones en su quehacer.

Dudo, luego existo

¿Cuáles son las significaciones de la maternidad que las mujeres construyen, y qué factores intervienen en su construcción? Esta es la pregunta que ha facultado el desarrollo de la presente investigación, cuestión que se origina de la observación, del análisis de los discursos y de los choques de mí pensar con las realidades con las que me encontré a lo largo de mi trayectoria profesional y de mis lecturas como mujer y madre feminista. Pero no es una simple interrogación, sino que se ve compelida a generar más, que terminen por escudriñar lo que asombra, lo que causa duda o curiosidad. Claro está, que esto no sería posible si antes no averiguamos de viva voz ¿cómo han sido y son las experiencias de la maternidad en las mujeres? Este ejercicio implica dejar de escuchar la voz de la autoridad, de quien se cree poseedor de la verdad, y escuchar en cambio, a las verdaderas protagonistas de la historia: las mujeres. Recordemos entonces, que:

Cada mujer, como particular única, es síntesis del mundo patriarcal: de sus normas de sus prohibiciones, de sus deberes, de los mecanismos pedagógicos (sociales, ideológicos, afectivos, intelectuales, políticos) que internalizan en ella su ser mujer, de las instituciones que de manera

compulsiva la mantienen en el espacio normativo o que, por el contrario, la colocan fuera (...) En cada una es posible descubrir a las demás, y en cada proceso de su vida las mujeres plasman los procesos históricos que las conforman a todas y que dan especificidad única a cada cual. En cada mujer, y en el género, es posible también encontrar a los otros, a las instituciones, a la sociedad y a la cultura. A la inversa, el análisis de las relaciones sociales, de las instituciones, de las concepciones del mundo y del poder, ha permitido delinear las mujeres que corresponden a ese mundo (Lagarde, 2005, p. 43).

Y con conocimiento de esta pluralidad, que a la vez es singular y de estas singularidades que son plurales, entender cuáles significaciones se muestran, dicen, piensan, y cuáles están ocultas, indecibles, o reprimidas, nos encamina sobre el conocimiento de la formación social de nuestra realidad.

Por la consciencia de la maternidad

Hacer el análisis de la maternidad como fenómeno social, implica tomar en cuenta, la construcción del espacio social y del espacio simbólico de las mujeres que son madres. Entonces, el abordaje está hecho a partir de la exploración científica de las particularidades de las realidades de mujeres históricamente situadas y fechadas, pero que sin embargo, se construyen como casos que figuran en el universo finito de configuraciones posibles a partir de las cuales se “intenta asir lo invariante, la estructura, en cada una de las variantes observadas” (Bourdieu, 1998a, p. 25).

A partir de la mirada guiada por la teoría feminista, que ha hecho posible considerar a la maternidad como objeto de estudio científico, he puesto en perspectiva los procesos que dan paso a la construcción de las significaciones de la maternidad, y los discursos que la envuelven y la determinan: discursos sociales, religiosos,

morales, éticos, gubernamentales y tecnológicos por mencionar algunos, que dejan ver la violencia que se ejerce contra las mujeres y que ha pasado desapercibida por ellas mismas, y en las que han sido sin saberlo, partícipes.

Las significaciones que se construyen de la maternidad, a pesar de ser singulares, individuales y únicas, son al mismo tiempo compartidas, ya que son determinadas estructuralmente. Las mujeres que las construyen pertenecen a un contexto socio histórico determinado, sin que esto signifique encerrarnos en la particularidad de este universo para dejar de hablar de las otras mujeres de otros contextos existentes.

La cultura feminista se propone en la actualidad conocer y analizar la especificidad de la mujer como forma histórica de los seres humanos, y la diversidad de las mujeres entre sí. De ahí el lugar central que ocupan el pensamiento, y la sabiduría de las mujeres, en la construcción de nuevas identidades (Lagarde, 2005, p. 30).

Mediante la investigación feminista, el estudio de las mujeres toma en cuenta factores: socioeconómicos, políticos, históricos, identitarios, vínculos establecidos, así como permite ser conscientes de la posición social en la que se ubican. Es a través de la historización y la generización, es decir, tomando en cuenta el contexto histórico y cultural, así como el género de las participantes, que se ha logrado tener un acercamiento profundo y global en la investigación, mientras que el discurso hegemónico y patriarcal, intenta homologar los significados de la maternidad, como producto de una esencia femenina, queriendo decir con ello, que obedecen a un mandato biológico y natural y no a uno cultural (Palomar, 2005).

Aunque la expresión vulgar de “madre no hay más que una” intente igualar las experiencias de las mujeres en torno a la maternidad, siempre existirá “la diversidad allí donde se quiere ver la homogeneidad, el conflicto allí donde se quisiera ver el consenso, la reproducción y la conservación donde se quiere ver la movilidad. Así

pues, la diferencia existe, y persiste” (Bourdieu, 1998a, p. 38). El compromiso de la investigación feminista, estará también en lograr prácticas de maternidad conscientes a partir de la consciencia de lo que la maternidad es, lo que sólo será posible conociendo las experiencias de maternidad con todos sus matices.

Nos hacemos solas, no nacemos de costillas. Coordenadas metodológicas

“A mother is a woman who can take the place of all others but whose place no one else can take”

Suspiria

Si bien la historiografía que ha brindado la crítica feminista ha dado inmensa luz sobre la comprensión de la maternidad y sobre cómo la sociedad contemporánea se ha movilizadado, son las experiencias de las mujeres que han dado este paso a la maternidad (las verdaderas protagonistas) las que forman esta investigación. En palabras de Marcela Lagarde (2005), son los cambios epistemológicos profundos, los que han modificado la mirada científica hacia las mujeres ya no como objetos sino como sujetos de estudio. Un objeto es pasivo, inamovible. Las mujeres que son madres, jamás podrían ser objetos pasivos o sumisos ante las estructuras que se las intentado imponer, son actoras sociales, que despliegan sus maniobras a partir de lo vivido, tanto social como individualmente. Por ello la vía idónea para abordar la maternidad ha sido la de las prácticas, las experiencias y estrategias de las madres, estudiar tanto lo que ellas dicen como lo que hacen (Imaz, 2010).

Las ocho mujeres que formaron parte de esta investigación, las contacté de manera externa al CEAVIF donde ahora ya no laboro, cuento con su aprobación para la publicación de datos, y he recibido su más amplio apoyo tanto para brindarme las entrevistas como para la lectura del propio texto una vez terminado, lo cual plantea

una responsabilidad muy grande con el manejo de la información que me han obsequiado, por lo que estoy y estaré siempre agradecida. Sólo tres de ellas no fueron mis pacientes, pero la colaboración ha sido de la misma forma, respetuosa y siempre dispuesta.

La información se obtuvo por medio de entrevistas semiestructuradas focalizadas, que permitieron un acercamiento a las vivencias de cada una de las mujeres en cuestión. Se realizaron siete entrevistas y una historia por escrito, las cuales han estado permeadas de buenas intenciones y de no menos dificultades para la realización de las mismas, concordancia en los tiempos, uso de las tecnologías, fallas con el Internet, presencia de personas externas, han sido algunos de los factores que han estado presentes y que de no ser por la excelente disposición de las entrevistadas y su gran paciencia, estoy segura, no estaría escribiendo sobre ellas ahora. Los aspectos que se tomaron en cuenta son parte de su cotidianidad, para contar con un panorama amplio de sus acciones, procesos y significados, y de su subjetividad. Esto permitió contextualizar socialmente su situación.

Se diseñó una guía para dichas entrevistas, misma que se puso a prueba en tres pilotos, para verificar la complejidad de la misma, así como las fallas y cambios pertinentes que necesitaba. La finalidad fue lograr el adentramiento a las significaciones de manera profunda, al ser centradas en el descubrimiento de la formación de sus conceptos y simbolizaciones respecto de la maternidad. “El uso de técnicas cualitativas, que se enfocan hacia las experiencias subjetivas y las formas de conocimiento de los sujetos investigados, se adecuan más al tipo de conocimiento que las investigadoras feministas deseamos recuperar” (Lau Jaiven, 1998, p. 1).

Las participantes tuvieron como único criterio de inclusión, el ser madres procreadoras, independientemente de pertenecer a contextos culturales y económicos diversos, y ser de diferente edad. Me ha quedado más que claro en el acercamiento teórico que he llevado a cabo, que existen distintas maneras de

convertirse en madre y de ejercer la maternidad, hay madre social, otra procreadora, otra biológica, otra adoptiva, otra psicológica, otra co-madre, que muestran las múltiples dimensiones que el lenguaje ha tratado de subsumir para componer una sola entidad (Imaz, 2010). Pero dados los alcances de la presente investigación me he enfocado en las procreadoras, pero haciendo referencia a la historicidad que muestra el choque con el modelo hegemónico de la maternidad.

Las entrevistas fueron divididas en tres tiempos o momentos de sus encuentros con la maternidad. El primer momento está enfocado en la mirada universal de las mujeres como hijas, donde exploré la relación con sus figuras maternas fundantes, con sus hermanas y hermanos, con la figura paterna, con la disciplina, y educación recibida en familia y sobre los afectos recibidos o no recibidos por parte de los progenitores, así como el impacto de dichos afectos y experiencias, sobre su estado actual, tanto a nivel social como emocional, sexual, económico y profesional.

El segundo momento explora el ejercicio de maternidad de la entrevistada, la decisión o no decisión de ser madre, las vivencias durante el embarazo, el parto y los abortos (si es que los hubo), las ideas y reacciones frente al aborto, la relación con la pareja y con las hijas e hijos, así como los cambios y diferencias que se han dado o no, en cuanto a lo que a ellas les tocó vivir con sus madres y la relación que han establecido con el mundo y su descendencia.

El tercer momento, versó sobre la situación actual de lo que implica maternar en tiempos de pandemia por la Covid-19, fenómeno que no sólo permeó la vida de las mujeres sino la propia investigación, con el fin de conocer las estrategias puestas en práctica para el seguimiento del confinamiento, el cumplimiento de las cuestiones escolares tanto de ellas como de su descendencia, así como saber de qué manera se hizo frente económica, emocional y físicamente a la pandemia; las dobles o triples jornadas en el que se incluye el trabajo doméstico; el afrontamiento de la doble pandemia (en lo referente a la violencia dentro de los hogares); en tres casos, el explorar la experiencia de haber parido en tiempos de confinamiento social y en

un caso, el haber vivido la pandemia junto con su hija en calidad de migrantes en Estados Unidos.

En las entrevistas se indagaron también variables sociodemográficas: edad, escolaridad, profesión, religión, número de hijas e hijos, escolaridad de los mismos, estado civil, dependientes económicos, y personas con las que viven actualmente. La razón:

Las mujeres es la categoría que expresa a las (mujeres) particulares y se ubica en la dimensión de la situación histórica de cada una; expresa el nivel real-concreto: su contenido es la existencia social de las mujeres, de todas y de cada una. Las mujeres particulares están determinadas por un conjunto de definiciones y relaciones sociales como las genéricas, las de clase, de edad, de escolaridad, de religión, de nacionalidad, de trabajo, de acceso al bienestar y a la salud, a espacios y territorios urbanos o rurales, escolarizados, artesanales, agrarios o fabriles, artísticos, políticos, etcétera (Lagarde, 2005, p. 83).

Así, las entrevistas permitieron una aproximación en los niveles de: cuerpo, subjetividad, tiempo y espacio, y al conocimiento de su identidad dentro de un contexto histórico determinado y en situaciones específicas que muestran las relaciones de poder en las que se encuentran inmersas. Dentro de los requerimientos éticos, se cuenta con un consentimiento firmado o grabado por parte de las participantes. Se informó también sobre los objetivos de la investigación, aclarando la libertad que tienen para contestar y continuar, si así lo desean, en el proyecto. Siempre respetuosa de sus experiencias, hice mención a que se utilizarían nombres ficticios al momento de la transcripción tanto para ellas como para las personas mencionadas en sus relatos, y de esta forma dar garantía del anonimato. Los nombres con los que aparecen han sido elegidos por ellas, situación las volvió más cercanas con el proceso de construcción de la investigación. Con la finalidad

de registrar todos los detalles de la información vertida en las entrevistas, las interlocutoras autorizaron que sus relatos fueran grabados en audio.

Existe además el aspecto ético en cuanto a mi posición como investigadora, realicé las entrevistas siempre dejando claro que la relación es distinta a cuando fueron mis pacientes y que no haría uso de lo mencionado en terapia, aun cuando sea complementario de la entrevista. Reconozco que dicha posición ha sido favorable tanto por el contacto con ellas, como por la relación establecida que no ha requerido de mayor *rapport* que el decirnos lo mucho que nos alegra volver a platicar juntas. Con la mayoría el contacto ha sido vía Zoom o Google Meet, debido al confinamiento como medida para hacer frente a la pandemia por la Covid-19. Sólo con dos de ellas la información ha sido recabada de manera distinta. Una de ellas brindó un escrito de 15 páginas sobre “la historia de su maternidad” abarcando los mismos temas que en las entrevistas, sólo que realizado por ella y haciendo el envío vía Whatsapp. La otra entrevista se realizó cara a cara en la sala de mi casa y fue una de las más extensas, ya que dicha condición, nos permitió un acercamiento más profundo en la narración de su relato.

He de contar la experiencia con los constantes problemáticas que aparecieron en las que se realizaron vía Internet, la programación de las entrevistas se hacía a una hora y por lo regular todas iniciaron entre 40 y 60 minutos más tarde, debido a las dificultades del audio de alguno de los dispositivos de las entrevistadas, o los horarios de vigilia de las que acababan de parir, algunas estuvieron amamantando al momento de la entrevista lo que la hacía muy íntima y conmovedora, en otros casos la conexión de internet fallaba, y aun así cuando el tiempo destinado se extendía más de lo previsto, ellas no desistieron en su colaboración.

No ha sido una extracción de información proveniente de la autoridad científica que con pico y pala, arranca las riquezas para dejar seco el suelo por donde mina, en cambio se ha dado un proceso de intercambio y transformación mutua. Quedo entonces agradecida, conmovida, y en deuda eterna para con ellas.

CAPÍTULO II. La función de madre. De la muerte de la mujer, al nacimiento de la madre.

Primera parte. La historia

“Es necesario construir una voluntad política y teórica, para historizar lo que nos constituye por “naturaleza”.”

Marcela Lagarde

¿En el principio era el Verbo?

La maternidad ha sido considerada y sigue siéndolo en muchas sociedades incluida la nuestra, un hecho natural que brinda realización y completitud a las mujeres, que es capaz de unir un matrimonio fallido o de afianzar las relaciones amorosas y afectivas con la pareja, y que además da trascendencia a través de la descendencia. Al ser un hecho natural, se le ha considerado instintiva, es decir, que se piensa que existe una necesidad biológica encaminada a la maternidad, y por lo tanto, esta forma parte de la constitución de lo que se considera como femenino, instituyendo y legitimando la llamada “*esencia femenina*”, que deriva en la separación y división de los espacios y roles a ocupar. Así pues, convergen en la maternidad, el orden cultural, biológico, psicológico, religioso, social y político (Ávila, 2004). Lo que nos da a entender, que el análisis de la maternidad es complejo al tratarse de una experiencia polisémica.

Así pues, hacer historia de la maternidad es esclarecer los procesos históricos mediante los cuales las mujeres fueron y han sido definidas en su totalidad o en casi su totalidad, como madres, es decir, implica ocuparnos de la forma en la que las mujeres piensan y llevan a cabo la maternidad, así como adentrarnos en el análisis de la manera en la que la sociedad piensa y trata a las mujeres en su calidad de madres (Imaz, 2010). Además de conocer las dimensiones subjetivas y objetivas de

los actores sociales, y cómo se perciben y vivencian los ajustes y variaciones en las relaciones de poder entre los géneros (Lau Jaiven, 1998).

La maternidad como construcción cultural, se encuentra multideterminada, definida y organizada por normas que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época determinada. Es efecto del género, dónde los discursos y prácticas que deriven serán definidos por su historicidad (Palomar, 2005). Tomar a la maternidad como objeto de la historia es abrirse a la posibilidad de que las cosas no siempre han sido lo que son, que han cambiado y se han movilizado, que las mujeres hacen historia y están en la historia, no sólo a pesar de ser madres sino también desde su maternidad (Imaz, 2010). Nos corresponde entonces desembrollar los procesos históricos mediante los cuales las mujeres fueron definidas en tanto que madres, y cómo ha afectado esa definición la vida de las mismas. Y la génesis de ese proceso está fechada en el siglo XVIII.

En el principio no era el Verbo, ni era Nada, era Mujer

Occidente ha dado diferentes momentos en cuanto a cómo se ha llevado a cabo el ejercicio de la maternidad y de la posición que juegan las mujeres como madres. En Grecia a pesar de la existencia de un patriarcado la imagen de la maternidad no conlleva asomos de idealización, si bien las mujeres parían y criaban, esto no era algo digno de ensalzar. Tener hijos varones, le daba alta estima a la mujer frente a su esposo, pero los hijos no le pertenecían, estos eran del padre y él era quien decidía sobre su vida y también sobre su muerte, tanto así que, si en algún momento la esposa abandonaba el hogar, perdía todo derecho sobre su progenie. En Roma, le correspondía al padre aceptar o no a la prole una vez nacida, su poder era total, incluyendo la decisión de emancipar a los hijos cuando él quisiera (Imaz, 2010).

Era evidente la desventaja de las mujeres frente a los hombres, estando subordinadas, no sólo ellas sino su descendencia. Estas tradiciones, serán constitutivas de los argumentos de la tradición judeocristiana (Imaz, 2010).

El Génesis (texto inicial en La Biblia, libro predominante en la religión católica), narra la historia de Adán y Eva como iniciadores de la civilización. Adán es una creación directa de Dios, mientras que Eva nace de la costilla de Adán, más tarde ella es quien arrastra a Adán a comer del árbol del conocimiento prohibido por Dios, quien en cuanto se entera del desacato, impone el castigo para ella y las mujeres venideras, de parir con dolor y quedar supeditadas a las órdenes del varón (Tubert, 1996).

Es con el cristianismo que se da un importante viraje, pues Jesús hijo de Dios, nace de una mujer. Dios aparece no sólo como el padre de Jesús sino como padre de toda la humanidad, lo que relega el poder de los hombres como responsables absolutos de su progenie (Knibiehler, 1996). Aun así, la mujer es vista como inferior e imperfecta en comparación con los hombres quienes fueron creados de su aliento directo, y por lo tanto, el cuerpo de las mujeres siempre será una versión de baja calidad, siendo colocada como un ente moral y jurídicamente inferior. Es por el padre (representante de Dios) por quienes los hijos tendrán reconocimiento y legitimación (Imaz, 2010).

El término maternidad *maternitas* en latín, no existió sino hasta el siglo XII en el que fue usado para referirse a la función de la Iglesia como protectora de los pobres y de los fieles. Su acepción como referente de los cuidados de crianza, apareció en 1597 en el *Oxford English Dictionary* con la palabra *motherhood* y se encontraba diferenciado de la palabra *maternity* que definía el hecho de parir (Imaz, 2010). Patricia Schwarz (2009) parte de la diferenciación que hace Marta Lamas entre *maternidad* y el *maternazgo* (maternaje utilizado en otros textos). El primer concepto hace referencia al hecho biológico constituido por la gestación, el parto y lactancia y lo que la hace una experiencia propia de las mujeres. El segundo término, tiene

que ver con los cuidados, incluido el afectivo, de la descendencia en la crianza y la socialización, y por lo tanto no tiene por qué ser un aspecto propio de las mujeres, es decir, es el ejercicio de la maternidad. La dificultad para conceptualizar un hecho que conlleva diversas actividades, las cuales se pueden confundir, denota carencias para observar y problematizar el tema (Imaz, 2010).

De mitos de la Antigüedad a inventos de la Ilustración

La maternidad no alcanza el atributo de loable, sino hasta que la infancia se llegó a considerar como una etapa importante en la formación del ser humano, y aún más, cuando se empezó a ver a los infantes como seres nobles y buenos por naturaleza. En ese momento, las niñas y los niños pasaron a ser una responsabilidad de los padres y a ser depositarios de su amor. La invención de la infancia (Firestone, 1976) irá de la mano a la invención del instinto maternal (Badinter, 2011).

En Europa, las cuestiones de crianza, eran delegadas a las nodrizas, con la finalidad de permitir que las madres de clases acomodadas, se desarrollaran en actividades productivas y llevaran una vida menos agobiante. Actividades como el amamantamiento no eran vistas como algo deseable ni dignas de admiración, así como tampoco lo eran mostrar afectos y cuidados a la descendencia. Los infantes desde muy corta edad, eran considerados aptos para actividades productivas, no había ropas destinadas a ellos, ni la alimentación era especial, más bien, eran vistos como producto del pecado original, seres sin moral y sin recato (Firestone, 1976). El vocablo *educare* del latín significa enderezar lo que está torcido o mal formado, así pues, la educación contaba con métodos rígidos y punitivos para corregir de esta manera la naturaleza deformada de los menores (Badinter, 2011).

Era de esperarse que la tasa de mortalidad infantil fuera elevada, ya que estos no recibían cuidados al enfermar o eran protegidos de accidentes domésticos o

laborales. Más bien, los abandonos o infanticidios eran comunes en los primeros años de vida. Conceptos como el amor y el afecto innato en las mujeres hacia sus hijos, eran cosa inexistente. Es importante mencionar, que estos componentes variaban de acuerdo a los contextos históricos, sociales y culturales en el que se encontraran (Imaz, 2010). Es probable que la falta de afectos se diera debido a la tasa elevada de mortalidad de los infantes y actuara como escudo protector de los padres y madres (Valcárcel, 2017), aunque también hay que tomar en cuenta, que el amor como afecto, es un producto de la cultura el cual debe ser contextualizado (Imaz, 2010).

El vuelco se da en Europa, en el siglo XVIII con el cambio del Antiguo Régimen a las sociedades liberales burguesas. La maternalización de las mujeres se apareja con la Revolución Francesa, que demanda un nuevo orden social. La maternidad como centro de la vida y la identidad de las mujeres, se fabricó en un proceso comprendido desde el siglo XVIII a mediados del siglo XX en la Segunda Guerra Mundial (Imaz, 2010).

Con la aparición del *Emilio o de la educación* de Rousseau en 1762 bajo la apariencia de un manual de crianza infantil, se crea el ideal femenino el cual tenía como objetivos primordiales el cuidado del hogar y la maternidad. Para ello fue necesario naturalizar y determinar como exclusivas de las mujeres las funciones maternas, lo cual quitaba la posibilidad de incluirlas en el ámbito público (Valcárcel, 2017). La preocupación por las cuestiones de natalidad y mortandad fueron determinantes en la creación de esta nueva imagen de la maternidad, así como la definida división de los ámbitos público y privado. Ante el declive poblacional, es que se hace una nueva interpretación de los postulados cristianos.

Las personas valdrán por ser almas, criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios, y por lo tanto dignas de ser cuidadas y protegidas, y aunado a la lógica capitalista, los niños también tendrán un valor de mercancía, como riqueza potencial. Estos dos postulados tendrán como objetivo acabar con las muertes

infantiles en toda Europa, donde ya no se aceptará la muerte de los menores como algo natural ni como cuestión divina. La muerte infantil tendrá ya, ¡culpables directos! (Imaz, 2010). Y ¿qué tendrán que ver las mujeres con todo esto? ¡Todo! Ellas serán las nuevas protagonistas, primero debido a su papel reproductor, y luego como cuidadoras y responsables de la socialización de los adultos del futuro. Esos culpables directos serán: la falta de cuidados y la mala crianza por quien los lleve a cabo, o sea, las mujeres.

Su majestad la ciencia y su majestad el bebé

El ejercicio de la maternidad ya no será algo exclusivo de las mujeres dentro de sus hogares, ni mucho menos estará delegado a otras personas, ahora, será un problema social, en el cual todos los especialistas tendrán algo que decir. Siglo XIX el auge de la pedagogía, la medicina y la psicología les dotaron de autoridad indiscutible para inmiscuirse en las prácticas de maternidad. Las prácticas como el uso de nodrizas para el amamantamiento, fueron repudiadas por cuestiones de higiene (mujeres sucias que podrían transmitir enfermedades) y morales (mujeres ignorantes que seguramente serían mala influencia para los hijos) (Valcárcel, 2017).

¿Qué quedaba sino devolver a las mujeres el cuidado directo de la descendencia? Ahora se demandaba la vigilancia constante y bajo el discurso de la ideología del retorno a la naturaleza se les insta a las mujeres a seguir el ejemplo de las hembras mamíferas, a seguir su “instinto” y dar afectos a sus crías, a amamantar y mantenerse cercanas. Así, las mujeres comienzan a considerar como prioridad los cuidados maternos y las labores del hogar, de las que serán absolutas responsables por si algo sale mal (Imaz, 2010). Y por si el argumento naturalista no fuera suficiente, el discurso religioso hace su parte. María la Virgen dio de lactar a Jesús, las imágenes de madres y vírgenes amamantando se convierten en el ícono de la

representatividad de la maternidad en el arte desde el Renacimiento ¿cómo no seguir tales ejemplos? (Imaz, 2010).

La mortandad infantil ya no será vista sólo desde el punto de vista moral (pérdida de almas) ni desde el punto de vista económico (pérdida de recursos) sino como un signo de atraso social. Las ciencias, se volcarán ahora en la disminución de la mortalidad de menores dada la caída en la natalidad. La pediatría a inicios del siglo XX, llega a la conclusión de que el instinto natural de las madres, ya no es suficiente para asegurar una buena crianza, éstas deberán ser instruidas de manera correcta para el buen ejercicio de la maternidad, la consigna será formar “madres conscientes”, madres con saberes sanitarios e higiénicos que colaboren con los esfuerzos gubernamentales para erradicar la mortalidad infantil (Imaz, 2010).

Ahora serán vistas como transformadoras y salvaguardas de la Humanidad, serán educadas y protegidas primero como reproductoras y luego como socializadoras. Es el surgimiento de una maternidad patriótica, que será revisada y vigilada minuciosamente por los profesionales poseedores de la verdad en cuanto a la crianza. La educación hacia la que las mujeres serán orientadas, no tendrá nada que ver con los conocimientos académicos de las cuales gozarán los hombres, sino que se centrará en la formación de las mujeres como amas de casa y como madres, con clases de economía doméstica, higiene y puericultura, es decir, la mujer no deberá ser ignorante pero sabrá sólo lo que tenga que saber (Imaz, 2010).

La desigualdad siempre existente entre los sexos, ahora no será por el argumento religioso de que las mujeres son imperfectas o inacabadas, sino que el fundamento será científico en cuanto a que es su naturaleza (ya no inferior) sino “diferente” y divergente. Los sexos se verán ahora como complementarios y únicos pero opuestos. Es importante el aspecto de la complementariedad porque contrario a lo que se pensaría hablando de apoyo mutuo, esto sólo desemboca en la dependencia de las mujeres para con los hombres, es decir, ellas están en falta y deberán estar subordinadas para estar completas (Imaz, 2010).

La conciencia de las mujeres está cimentada en el engaño. Cada una cree que vive para realizar deseo espontáneo y que sus haceres y quehaceres son naturales. Estas creencias permiten que las mujeres desplieguen incontables energías vitales en actividades inacabables, desvalorizadas económica y políticamente. Lo hacen motivadas por la carencia subjetiva y tangible (carencia del *otro*, de sus atributos, y de sus bienes materiales y fantásticos), con la creencia en que sus relaciones con el mundo se rigen por una ley de intercambio: Si trabajo, si me someto, si hago cosas por el *otro*, si le doy mis bienes, si me doy, será mío, y yo, seré. (Lagarde, 2005, pp. 16-17)

Muchas vieron en esta maternidad, la oportunidad de ser por fin: irremplazables. Badinter (1981) considera que fueron dos los aspectos clave en el cambio de actitud de la sociedad y de las mujeres con respecto a la maternidad, por una parte la mejora económica y por otra la posibilidad de contar como mujeres, con una posición social de la que las antecesoras no gozaron. Esto dará paso al listado de características de “buena madre” que se exigirán durante los siglos XIX y XX.

Cuestiones como el amamantamiento y la higiene se siguieron acentuando, se fomenta el baño continuo ya no sólo como medio de prevención de enfermedades, sino ahora como un medio de fortalecer el vínculo con las crías. Las actitudes de ternura y vigilancia constante para los cuidados serán cruciales tanto como los besos, los cantos, las sonrisas, caricias y demás demostraciones de afecto. ¿Y cómo podría cumplirse con tal demanda sin ayuda de las nodrizas con las que contaban antes? Pues con la maternidad de tiempo completo.

El bebé pasa a convertirse en el ser máspreciado en el universo materno, su vida será irremplazable y ocasionará gran dolor a quien la padezca. Crecí escuchando la frase “para los niños que pierden a sus padres existe la palabra huérfano, pero para los padres que pierden a sus hijos no existe palabra”, es decir, un hecho que antes era tan común se convierte en algo innombrable, ¡impensable! Otra frase que

me viene a la mente es “los padres no deberían sobrevivir a los hijos”. Frases que forman parte de nuestro pensamiento popular en la actualidad. Por lo tanto, el castigo será grande para quien con su negligencia provoque la muerte de su descendencia, el miedo crece y la dependencia hacia los profesionales se vuelve tan grande como el miedo. Las madres ya no son poseedoras de su campo, ahora son asistentes de los que sí poseen los saberes. La autoridad científica se impone con su poderío para desplazar los conocimientos de las mujeres que viven en carne propia sus prácticas de maternidad, la volverán temerosa de su quehacer y desconfiará así de su propio saber. La mujer, por fin se desvanece para dar vida a la madre, aunque en los estratos más pobres, este proceso aún tardará debido a las problemáticas para brindar cuidados e higiene, y esas madres serán el blanco de los discursos morales sobre lo que es ser una buena o mala madre.

La maternalización de la mujer

Concepto acuñado por Marie Blanche Tahon (1995) define la exclusión de las mujeres en el ámbito público y político para ser recludas en el ámbito privado y de lo doméstico. Imaz (2010) señala que la urbanización y la asalarización en la revolución industrial fueron torales en la transformación que se dio respecto a la maternidad y en la nueva forma que tomará la familia.

Tres serán los protagonistas de este nuevo orden social: el *amor romántico* para la formación de las parejas, la *domesticidad* necesaria en los hogares y el *amor maternal* crucial para la adecuada formación de la prole. La idea del amor romántico permitirá a las parejas dirigirse hacia una finalidad funcional: la reproducción, que ahora será cargada de cuestiones emocionales, sumando a la vida de este nuevo ser, el valor de ser fruto del amor. Pero como los sentimientos entre las parejas son efímeros, un reforzamiento del vínculo familiar será necesario, y será uno que no se disuelva ni con el tiempo, ni con las adversidades por muy grandes que estas sean:

el amor maternal. Este será el cimiento sólido sobre el que se fundamentará la existencia de la familia.

La amplia difusión de la teoría psicoanalítica, pondrá la lupa sobre las mujeres, Freud entrado el siglo XX, centrará su análisis en la conformación de los primeros años de vida y su repercusión en la formación de la identidad adulta, los cuales serán cruciales. El punto de esto, es que la relación que la madre establezca con los hijos será la determinante del desarrollo psíquico de estos, por lo que dicha relación no puede ser intercambiada ni sustituida por alguien más. Los estudios psicológicos abundarán como manuales de crianza. La lactancia tendrá que ser disfrutada para poder transmitir ternura y sentimientos positivos a los infantes quienes de lo contrario quedarán marcados de por vida (Firestone, 1976). Pero no todo será dar amor, porque así como existe la preocupación de lo que se pueda desencadenar por la falta de afectos, también existirá por el apego en exceso. La sobreprotección será parte crucial en otro tipo de desórdenes psicológicos. El adiestramiento vendrá por todos lados, incluido el cine (Imaz, 2010).

Del hogar a la pantalla, la producción cultural de la madre

Ludmilla Jordanova citada en *Estudiar la imagen desde la historia y la historia del arte*, menciona la importancia de aprender a ver la apariencia del pasado a través de la producción visual, ya que esta es un testimonio histórico, un depósito de relaciones sociales, en donde las formas de ver y de producir lo que se verá, son una experiencia social (Camacho & Morales, 2017). La apuesta cinematográfica sobre todo la de la industria del terror a partir de la década de los sesentas, mostrará la imagen de la madre como reflejo tanto de las teorías en boga, como de la manera en que la sociedad las trataba y les miraba, mujeres invisibles, mujeres araña, mujeres vacías, mujeres cuyos fallos provocan locura y muerte, y se vuelven incluso en justificación para su propio asesinato.

Películas como *Psycho* (1960) de Alfred Hitchcock influenciadas claramente por las teorías freudianas, promoverán un nuevo elemento en el terror, el nuevo monstruo será: la mala madre. Recordemos el desenlace, Norman Bates es apresado por el asesinato de Marion, una secretaria que se aloja en su hotel, él lo hace instigado por la voz de su madre, quien lo mantiene subyugado bajo su moralidad excesiva y su molestia con el hecho de que él atienda amablemente a la secretaria por quien él se siente exaltado desde el momento en que la conoce. El espectador descubre tardíamente, que la madre no existe, puesto que ha muerto desde hace mucho, y es Norman quien mantiene sus restos dentro de su hogar, imitando su voz para mantenerse cautivo y trastornado. En la escena final se ve a Norman fingiendo la voz de su madre y manteniendo una conversación con ella en la cárcel donde es trasladado, mientras que los expertos, dan un peritaje de su situación psicológica, explicando la psicosis que Norman padece.

El bebé de Rosemary (1968) dirigida por Roman Polansky, se muestra a Rosemary una mujer que cumple el papel de ser la incubadora del bebé de una secta, a la que su esposo pertenece. Durante toda la película, Rosemary desempeña un papel pasivo, es obligada a parir no en quirófano sino frente a dicho grupo, sin comprender mucho de lo que pasa. En una de las escenas su amigo le dice “Te ves como un fantasma” haciendo referencia al color de su piel, ya que se encuentra asustada y confundida, pero la frase expresa mucho más, ella es un fantasma para los que se encuentran ahí, su rol es invisible. Más tarde al nacer el niño le dice una mujer de la secta “Cállate o te mataremos, danos la leche” A ella no le pertenece, su embarazo ni su cuerpo (Santoro & Debowics, 2018).

En *Little Otik* (2000) película de fantasía y terror, el director Jan Svankmajer, muestra la historia de una mujer cuyo deseo frustrado de ser madre, le hace adoptar un tronco de madera al que llama Otik, y a quien comienza a brindarle cuidados como si de un bebé se tratase. Conforme avanza la trama, los cuidados y el amor desmedido de ella, le dan vida al tronco quien comienza a comer de manera insaciable, hasta devorar incluso al gato de la casa. La madre se ve en la necesidad

de saciar su hambre, dándole de comer a humanos donde incluso su esposo se vuelve una víctima. Pero Otik, nunca quedará satisfecho.

En *Spider* (2002) David Cronenberg sigue con la influencia psicoanalítica, con este *thriller* psicológico, basada en la novela homónima de Patrick MacGrath, quien es el guionista de la película. La película muestra la historia de Denis "Spider" Cleg, quien es trasladado a un hogar para la readaptación de enfermos mentales, al salir del hospital psiquiátrico en el que fue encerrado por padecer esquizofrenia a temprana edad. Dicho hogar se encuentra en la ciudad en la que Denis vivía cuando era pequeño y esto le hace revivir sus memorias con respecto a su familia. Al recorrer las calles, ve pasar frente a sus ojos el origen de su padecimiento y él recoge así, las piezas de su rompecabezas mental. Dentro de este recordar, aparece el momento decisivo en el que su madre le narra la historia de las arañas, que al tener sus crías quedan vacías y mueren. Denis se muestra fascinado por la historia y más aún por el desenlace cruento. Denis se vuelve testigo de una escena erótica entre sus padres al espiarlos y es a partir de ahí, que escinde a su madre en un brote psicótico, donde la creerá muerta y aparecerá en su lugar la amante de su padre, una prostituta de un bar. Al final, Denis asesina a la prostituta para descubrir después ante la mirada atónita de su padre, que es su madre a quien asesinó y que la prostituta sólo fue producto de su psicosis. La madre aparecerá aquí como responsable a partir de la crianza que dio a Denis, algunas veces consintiéndolo de más, otras mostrándose en paños menores frente a él, algunas veces siendo moralista y remilgada y en otras mostrando su sexualidad al dejarse tocar por su esposo en la puerta de su casa. El argumento es, que al dar mensajes confusos provocó en Denis el surgimiento de su desenfreno mental.

We need to talk about Kevin (2011) de Lynne Ramsay, hace mirar al espectador la travesía moral y desgastante de una madre cuyo hijo comete una serie de asesinatos. La película narra las vivencias de la pareja a partir del nacimiento de Kevin, quien desde pequeño no deja de llorar, y muestra signos de psicopatía, la madre duda constantemente de su salud mental y se lo hace saber a su esposo,

quien la ignora. Más tarde cuando Kevin muestra pasión por el tiro con arco, termina hiriendo a su hermana menor, mientras su madre sospecha que lo ha hecho a propósito. Kevin termina asesinando a su familia, excepto a su madre, quien tendrá que dar la cara frente a la sociedad por las atrocidades de su hijo. La narrativa versa en desentrañar la causa incluso desde el vientre materno de la enfermedad mental del hijo.

Así pues, la mala praxis de las madres, pueden llevar a los hijos a convertirse en adultos psicóticos que comentan las peores atrocidades. La responsabilidad no sólo es dentro de su hogar, la responsabilidad es con la sociedad entera. ¿Qué tipo de ser, le está entregando al mundo? Ahora bien, no todo versará sobre las consecuencias de los errores de crianza a través de los hijos, sino también en promover la imagen de madre amorosa, abnegada y siempre sufriente, donde el amor maternal, aparece como indiscutible. En el cine mexicano, los malos hijos aparecerán como producto de la desgracia, del infortunio, pero nunca producto del amor desmedido de madre, aunque se deje ver entre líneas la crítica hacia la sobreprotección que al amor maternal le impulsa a dar.

En *Corona de Lágrimas* (Galindo, 1968) Marga López se encarga de interpretar a una de las madres más abnegadas de todo el cine, Doña Refugio, quien trabaja sin descanso para ayudar a sus hijos, aun cuando éstos ya son adultos. Su hijo a quien ella presume por ser estudiante de medicina, abandona sus estudios y se hace de deudas de juego en el billar, interrumpe con sus visitas constantes a su madre en su trabajo, para solicitarle dinero, por lo que constantemente ella tiene que soportar los malos tratos de su jefe. Es el amor de madre lo que la tiene engeguecida, para darse cuenta de que sus hijos no son lo que ella piensa.

El día de las madres (Crevenna, 1969) protagonizada por Sara García (la imagen por excelencia de la abuelita mexicana), Marga López y Amparo Rivelles, narra la historia de tres madres afligidas por las vejaciones que sus hijos les provocan. Será

el 10 de mayo (día de las madres) cuando sus hijos enmienden sus errores y les agradezcan su amor incondicional.

Día de Madres (Durán, 1988) protagonizada por Evita Muñoz “Chachita” presenta una trama llena de tensión y tragedias. Los hijos de Rosita, llegan a su casa para festejar el día de las madres, le llevan regalos como delantales, planchas y demás instrumentos propios de las labores del hogar y le piden que ella cocine para todos. La casa se llena de invitados y de problemas, cuando éstos se embriagan, ella descubre, infidelidades, y peleas que la van llenando de dolor. El largometraje culmina con el incendio de su casa a manos de uno de sus nietos que tiene piromanía, mientras ella desde la calle grita de dolor por la pérdida de su único patrimonio.

La representación visual de las madres es una extensión de la visión de estas, como las autoras absolutas de lo bueno y deseable, así como las culpables del desenfreno y del desorden social, que su descendencia pueda desencadenar. Por ello, será preciso exigirles y vigilarles, no sólo en el ejercicio de su maternidad, sino en todos los aspectos de su conducta, ellas deberán ser inmaculadas, cualquier defecto saltará a la luz.

Cabe señalar, a propósito de los productos basados en el género, que la mayoría de dichas representaciones cinematográficas fueron dirigidas, escritas y divulgadas por varones, elemento significativo, debido al intento de perpetuación de roles y estereotipos de género. El cine constituye uno de los elementos que permiten la expresión de discursos sociales, donde es importante analizar, la posición social de quien los reproduce, el lugar desde donde se generan y la finalidad para reproducirlos.

Los medios masivos de comunicación tendrán un papel toral en la producción y reproducción de construcciones sociales, como el “Día de las Madres”, cuyo trasfondo debe ser puesto en contexto.

Día de las madres, qué poca madre

Marta Acevedo (2002) realiza un rastreo exhaustivo de cómo da inicio la festividad del 10 de mayo en México, evento que parecería inofensivo pero que cuenta con nexos insospechados con movimientos sociales en el sureste de México en los años veinte y que terminaron en el olvido, mientras el "*Día de las madres*" se insertó de manera colectiva en la estructura mental de los mexicanos. Don Rafael Alducin director del Excélsior publica el 13 de abril de 1922 lo siguiente:

(...) *Excélsior* lanza la idea de que se consagre el 10 de mayo de una manera especial para rendir homenaje de afecto y respeto a la madre, y pide la cooperación de sus colegas y del público para realizar ese evento apropiadamente. *Hoy, que en el extremo meridional del país se ha venido emprendiendo una campaña suicida y criminal en contra de la maternidad, cuando en Yucatán elementos oficiales no han vacilado en lanzarse a una propaganda grotesca, denigrando la más alta función de la mujer; que no sólo consiste en dar a luz sino en educar a los hijos que forma su carne, es preciso que la sociedad entera manifieste, con una fórmula banal si se quiere, pero profundamente significativa, que no hemos llegado de ninguna manera a esa aberración que predicán los racionalistas exaltados, sino que, lejos de ello, sabemos honrar a la mujer que nos dio vida* (Acevedo, 2002, pp. 39-40).

La "campaña suicida y criminal" a la que se refiere Don Rafael se trataba de la divulgación de un folleto de Margaret Sanger (una enfermera feminista de Nueva York) en el que demostraba la relación existente entre pobreza y fertilidad no controlada así como con los altos índices de mortalidad materno-infantil, así mismo daba una orientación sobre cómo evitar embarazos no deseados atendiendo al ciclo menstrual.

Mientras tanto en Yucatán, el general Salvador Alvarado (inclinado a las ideas de Flores Magón) en su capacidad como gobernador, realizó diversos cambios que rompían con las formas tradicionales, en aspectos de la vida privada como: la sexualidad, el matrimonio, la educación y la familia. Otorgó la libertad de cambiar su domicilio a los peones de las haciendas, prohibió los azotes, así como decretó que ellos podían casarse sin necesidad del permiso de los amos, disolvió la obligación de besar la mano de los patrones, y exigió paga por el trabajo doméstico y que los empleados fueran indemnizados, eliminando con ello la situación de semiesclavitud en la que muchos hombres y mujeres se encontraban. En cuanto a la educación, promovió que esta fuera "racionalista", enfrentando con ello el fanatismo religioso que reinaba por entonces; instalándose más de mil escuelas (Acevedo, 2002).

Respecto a la situación de las mujeres, convocó al Primer Congreso Feminista en Yucatán en el año de 1916, con una asistencia de 617 delegadas, abriendo el diálogo para combatir la enajenación y la opresión de las mujeres. Para el año de 1922 en Yucatán comienza el gobierno de Carrillo Puerto quien acepta la lucha de clases, y continúa con las propuestas de Alvarado sumando el pago de ganancias para los empleados para combatir el desempleo, devuelve sus tierras a los mayas dando inicio a una reforma agraria; las mujeres contaban no sólo con las ligas feministas sino con espacios de discusión donde se abordaba la lucha por la emancipación por ejemplo. Carrillo Puerto fundó la Universidad del Sureste, la Escuela Vocacional de Artes y Oficios y la Academia de la Lengua Maya, decretó la ley del divorcio y estuvo en contra de los lugares "sólo para hombres" como cantinas, prostíbulos, etc.

Era de esperar que el frente católico no estuviera de acuerdo cuando se da pie a la difusión del folleto de Sanger por considerar que hablaba de exterminio de la raza humana. El *Excélsior* no dejó esperar su publicación y el 30 de abril publica el título "Toma el desquite una forma gloriosa" donde tildaba de inmoral y execrable dicho folleto añadiendo: "*se combate al extraño con el sano y puro corazón, que la*

inteligencia acepta gustosa; a la inicua propaganda contra la maternidad se opone el Día de las Madres" (Acevedo, 2002, p. 48).

Así el periódico da inicio a su propuesta en contra de la educación racionalista, apoyados sobre todo por la Iglesia católica. El entonces arzobispo de México escribe a Rafael Alducin una felicitación por dedicar un día a la maternidad y combatir a las ideas subversivas que deseaban alterar el orden de Dios y la naturaleza, que requería que la sociedad "decente" rinda homenaje a las mujeres por cumplir con su mandato divino.

Días antes del "festejo" el *Excélsior* recomienda:

¿Ha pensado usted en la manera de agasajar en esta fecha a la autora de sus días? Sugerimos a usted que le obsequie alguno de los siguientes objetos: un reloj de pulsera, un fino corte de seda, un juego de té, un par de calzado, un sombrero de moda, una sombrilla de seda, una hermosa vajilla, un vestido moderno, un fonógrafo nuevo, un frasco de perfume, un pianito automático, un par de guantes, una alhaja valiosa, un juego de manicure, una caja de medias, un *corset* confortable, un estuche de bombones, un adorno para su alcoba, un impermeable de gabardina, una fotografía artística, una batería de cocina, un candil eléctrico, una bolsa de mano, unos gemelos para teatro, un *necesar* para costura, un surtido de lencería. Escoja el objeto que esté al alcance de su bolsillo y dele una encantadora sorpresa, tal es la encantadora costumbre que se practica en todos los países (Acevedo, 2002, p. 50).

Llegó el 10 de mayo y el día quedó institucionalizado para premiar según palabras del *Excélsior*, a la madre moral, sufrida pero feliz por darnos la vida. Cierro con este decisivo párrafo de Marta Acevedo:

Triste y empalagoso final tuvo una de las experiencias más interesantes del periodo revolucionario y posrevolucionario que, por lo demás, ha tenido una difusión mínima, aún entre feministas, a pesar de que fue ahí donde se abrieron posibilidades que hubiéramos envidiado en los setentas y aún en los dos miles. En pocos lugares del país se produjo una efervescencia semejante y la inclusión lúcida en el proyecto político tanto de niños como de mujeres para construir otro sentido a la vida. Esto sigue siendo sorprendente (2002, p. 51).

Segunda parte. Coordenadas teóricas

De lo privado a lo público. Acercamientos feministas a la maternidad

“Descubrir nuestros cautiverios es el primer paso para abandonarlos.”

Graciela Hierro

A partir del conocimiento de la historia del feminismo, del conocer sus debates, discusiones, convergencias y divergencias, es que se hace posible acercarnos a los diversos planteamientos propuestos sobre el fenómeno social que nos atañe: la maternidad. Si bien, el feminismo como movimiento y como teoría, tiene como propósito señalar y transformar las desigualdades y lograr la emancipación de las mujeres a partir del análisis crítico de la construcción y de los efectos de los discursos sociales y sus mandatos (Saletti, 2008), las posturas dentro de él, son diversas y en muchos casos hasta contradictorias; esto no significa que haya que abandonarlo como referente teórico, sino que nos invita a esforzarnos para el alcance de la rigurosidad epistémica en el empleo de sus postulados, y esto sólo será posible a partir del conocimiento de la complejidad y amplitud de sus abordajes.

El feminismo nace, como bien sabemos, de los grupos de mujeres que a la menor provocación cuentan su historia. Comienzan a tomar conciencia de vivencias compartidas de dolor y sufrimiento y a comprender aquello que les sucede por el hecho de ser mujeres (Hierro, 2002, p. 27).

Fue gracias a la crítica feminista, que la maternidad obtuvo el carácter de objeto de investigación, ahí donde todo lo doméstico era considerado no digno de ser estudiado, el feminismo entró para abrir las ventanas y volverlo público, cuestionando hasta los más ínfimos recovecos. Las prácticas de maternidad que el sentido común daba por naturalizadas, por esenciales, son escudriñadas por las feministas, analizando sus representaciones, definiciones y redefiniciones, rompiendo con la imagen inamovible hasta entonces de la madre en Occidente. Analicemos pues, cómo se dio dicho resquebrajamiento.

La primera ola

A partir de las actas fundacionales del feminismo (*De l'égalité des sexes* de Poullain de la Barre en 1673 y *Vindicación de los derechos de la mujer* escrito en 1792 por Mary Wollstonecraft) es que el género se evidencia como una construcción social, donde la naturaleza femenina no es la originaria de las desigualdades sociales que se le adjudicaban. Se abre pues, la posibilidad de criticar y cuestionar los mandatos sociales que promueven y refuerzan los roles que hombres y mujeres deberán cumplir en sociedad, anulando la oportunidad de las mujeres de pensarse a sí mismas y ver así otras formas de sentir, actuar y desarrollarse. Wollstonecraft denunciará la educación del Antiguo Régimen como un arma peligrosa usada para mantener el dominio de los hombres sobre las mujeres, una educación orientada al contenido moral y que no consideraba a las mujeres como seres racionales (Cobo, 2014).

Hasta el siglo XVIII las mujeres serán ubicadas y definidas dentro de dos discursos respecto de los varones: *el discurso de la inferioridad* y *el discurso de la excelencia*. *El discurso de la inferioridad* se ubica desde la filosofía griega en la Escolástica y

sobre todo en la Patrística con los escritos de los padres de la Iglesia que consideraban la diferencia sexual en clave de la inferioridad femenina y de la superioridad masculina, es decir, se ubicaba al origen de la subordinación femenina en una cuestión natural. El *discurso de la excelencia* señala por el contrario, que existe una superioridad en las mujeres respecto de los hombres. Sin embargo, esa superioridad es meramente moral, así pues, este discurso se enraíza en el espacio de subordinación de las mujeres, no es un discurso emancipador ni vindicativo, sino que señala que la excelencia se encuentra en un concepto de lo femenino como resultado de una jerarquía patriarcal donde a las mujeres les corresponde el ámbito privado (lugar de lo doméstico y por tanto de los cuidados) donde estarán encargadas de brindar afectos y empatía hacia los demás, las mujeres aparecen como “superiores” en tanto brindan de sí para los otros y donde como señala Célia Amorós (1998) no se trata de haber logrado el espacio de la privacidad sino el de velar por la privacidad de los otros.

El ejercicio de la maternidad se verá expuesto entonces, como un aspecto más dentro de ese mandato social bajo el que las mujeres se encuentran, y se pone bajo la lupa crítica y analítica de verlo como algo más que un hecho natural, es decir, que se cuestiona la supuesta inclinación natural de las mujeres hacia la maternidad.

En el movimiento llamado “Maternalismo feminista” las exigencias de las feministas tenían que ver con considerar a la maternidad como un *trabajo*, mismo que debería ser retribuido por el Estado, proclamando la reivindicación de las mujeres bajo el estatus ocupacional y matrimonial en el que se encontraban (Schwarz, 2009). Bajo el principio ético de la igualdad, se propicia la búsqueda de la libertad y autonomía en la toma de decisiones de los individuos, donde las mujeres cuenten con los mismos derechos y oportunidades con que cuentan los varones.

Ahí donde se asumía que las mujeres se realizaban a través del amor hacia los otros, de la dedicación por puro afecto, se sembrará la semilla de la duda que derivará en la denuncia de la maternidad como instrumento del sistema patriarcal

que esclaviza a las mujeres mermando sus posibilidades de realización personal, denuncia que explotará en las peticiones del llamado *neofeminismo* o feminismo de la tercera ola de los años sesenta y setenta del siglo XX.

La búsqueda de la igualdad (abstracción de la Ilustración en la que las mujeres participaron de manera activa) conlleva la idea de la emancipación, de la no aceptación de un destino que no es elegido y que pesa sobre cada una. Esta práctica política separará lo que Célia Amorós considera como *memorial de agravios* de la *vindicación* que se volverá la base del discurso feminista, es decir, que no bastará con exponer las denuncias y reclamos sino que será necesaria la transformación de las estructuras y estratificaciones productoras de desigualdad (en (Cobo, 2014). Naturaleza no es destino y por lo tanto la maternidad no es aquello que reivindica y realiza a las mujeres.

La segunda ola

A casi medio siglo del surgimiento del feminismo ilustrado y bajo el eco de *Vindicación de los derechos de la mujer* en Inglaterra y en Estados Unidos se da el surgimiento de lo que por primera vez será un movimiento de masas, el feminismo del siglo XIX. Bajo la clara influencia de la ideología liberal de las Revoluciones y del protestantismo, el movimiento sufragista se centrará en el derecho al voto, a la propiedad, a la educación y la profesionalización de las mujeres, así como en la denuncia del matrimonio como *la muerte civil* de las mujeres en tanto existía la prohibición del divorcio. Bajo este cariz político, se expresan las exigencias de las mujeres obreras y de clase media a la paridad y a la libertad sexual. El movimiento sufragista finaliza con la Primera Guerra Mundial como una nueva realidad para millones de mujeres en muchas regiones del mundo. Susan B. Anthony y Elizabeth Cadi Stanton feministas de posición más radical y socialista, colocarán a la sexualidad en la agenda feminista criticando la doble moral sexual del matrimonio. Este feminismo altamente político apostó por la democracia, sentando las bases

para adquirir un sesgo más radical en cuanto al abordaje de la sexualidad en los años sesenta y setenta del siglo XX (Cobo, 2014).

Al respecto de este momento del feminismo, podemos notar, cómo el reclamo en torno al tema de la maternidad, es dejado un poco de lado para concentrarse en lo referente a la exigencia de igualdad legal respecto de los hombres. Textos como “*Masculino y femenino*” de Margaret Mead (1994) que rompía con la idea puramente biologicista acerca de la maternidad denunciando el discurso médico que promulgaba la existencia de afecciones y males para las mujeres que no parían, o “*El segundo sexo*” (De Beauvoir, 1981) que cuestiona la existencia del llamado instinto maternal como parte de la existencia femenina, ambos escritos en 1949, se vuelven objeto de críticas y rechazo por parte de la sociedad y pasan al olvido, para despertar diez años más tarde (Schwarz, 2009).

Tercera ola feminista

Es en este momento en el que el análisis de la maternidad se ve fuertemente realizado, rompiendo con la idealización de la misma, así como su obligatoriedad a partir de la existencia de la píldora anticonceptiva y de la legalización del aborto en algunos países (Knibiehler, 2001), poniéndola bajo sospecha y denunciándola como una fuente de opresión personal y social que orilla a las mujeres a renunciar a sus proyectos personales, a aumentar sus jornadas de trabajo con el consecuente desgaste psicológico, económico y físico y que las vuelve propensas y vulnerables a caer o continuar en situaciones de violencia doméstica (Schwarz, 2009).

Desde la Primera Guerra Mundial el feminismo vuelve a permanecer en silencio para despertar con la obra *El segundo sexo* (De Beauvoir, 1981) el cual desplegará su influencia hasta los años sesenta, gracias a su propuesta normativa radical sobre la igualdad. Desde la hermenéutica existencialista, Beauvoir analiza la subordinación de las mujeres explicando que esta se lleva a cabo a través de los conceptos de naturaleza (referente femenino) y cultura (referente de lo masculino).

La naturaleza no deja huella en la vida social, mientras que la cultura la crea social, política y simbólicamente. Las mujeres dan vida biológica y los hombres dan vida social que se constituye como sentido y valor, trascendiendo a la biológica que es repetitiva. Beauvoir (1981) dirá que la vida social entraña peligro y riesgo de dar la vida y que en ello se concentra la trascendencia. “El hombre se eleva sobre el animal al arriesgar la vida, no al darla: por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra” (Sau, 2004, p. 8)⁴.

Así la mujer será definida por la alteridad, como la otra, lo que está en el margen de lo bueno y de lo que tiene valía (Cobo, 2014). Los aspectos de la vida sólo tendrán valor cuando el hombre sea el protagonista de la historia. Célia Amorós y Ana de Miguel (2005) plantean que en ciertas culturas donde la maternidad es considerada como algo valioso y socialmente reconocido, los hombres simulan tener los mismos dolores de parto y son asistidos y cuidados por los demás, dejando de lado a las mujeres que se encuentran pariendo a metros de distancia.

Los sexos dejarán de ser vistos entonces como fijos, complementarios y naturales sólo al ser analizados bajo la categoría teórica del género (Ávila, 2004). Françoise Heritier en la década de los sesenta sostiene que la maternidad empleada como mecanismo del sistema patriarcal, es originario de las desigualdades basado en los binomios hombre-mujer, pureza-impureza, bueno-malo como representativos de cada sexo respectivamente (en (Schwarz, 2009).

Al hablar del género como construcción social, Beauvoir enfatiza con su célebre frase (que ha sido objeto de múltiples malas interpretaciones) en que “la mujer no

⁴ Esta idea será discutida por Victoria Sau en *El vacío de la maternidad* (2004) publicado en 1995 ya que dirá que Beauvoir apoyada en la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel aplicada a las relaciones hombre/mujer señalará que la mujer es quien da la Vida y no quien la arriesga ¿Cómo es posible que dar Vida no conlleve riesgo, un riesgo además trascendental al ser riesgo de muerte? Pregunta Sau. Riesgo de enfermedades, de secuelas físicas, de establecer un compromiso con el otro, de dejar de ser un ser solo, aislado y solitario y pasar a un estado comunicante plagado de responsabilidades. Riesgo de muerte física y muerte simbólica.

nace, se hace”, es decir, que no existen esencias de lo femenino, argumento que denuncia a la maternidad como una trampa para las mujeres misma que las sume en la opresión del trabajo doméstico. Considera que la socialización del trabajo doméstico en conjunto con el trabajo remunerado, son condiciones indispensables para la emancipación de las mujeres. La crítica no es para las mujeres que tienen hijos, sino para la ideología dominante que manipula a las mismas para parir (Cobo, 2014). Este referente teórico proporciona el capital cultural que las mujeres requieren para cuestionar los mecanismos ideológicos que sostenían el mito esencialista y biologicista, que plantea que ser mujer es equivalente a ser madre (Ávila, 2004).

En el contexto estadounidense y siguiendo la lógica planteada por Beauvoir, será Betty Friedan quien en 1963 con *La mística de la feminidad*⁵ (2009) dé a conocer “el malestar que no tiene nombre” mismo que descubre a partir de sus análisis en consulta como psicóloga feminista y que le permiten vislumbrar que muchas de las patologías (ansiedad, alcoholismo, suicidio y neurosis entre otras) que antes por la psiquiatría y la psicología eran vistas como naturales en las mujeres, tenían que ver más bien con el hecho de haberlas obligado a aceptar una identidad que no era elegida por ellas la de esposa y madre, identidad a la que fueron relegadas tras finalizar la Segunda Guerra Mundial debido al regreso de los varones a los puestos que ya estaban siendo ocupados por las mujeres y de esta manera expulsarlas del mercado laboral. Así, esta identidad se convertía en una fuente inagotable de displacer y de malestares con los que millones de mujeres occidentales de clase media⁶ se sintieron identificadas (Cobo, 2014).

⁵ Libro que de inmediato vendió millón y medio de ejemplares y que autoras y autores considerarán (entre ellos Madelyn Caine, Elaine Tayler y Gilles Lipovestsky) como el impulsor del neofeminismo norteamericano (Ávila, 2004).

⁶ Es importante apuntar la clase social a la que pertenecen las mujeres, ya que este punto es crucial dentro de los análisis del feminismo en América Latina. Lo que constituye una de las críticas sobre la “visión hegemónica del feminismo” (Ávila, 2004) que hará el feminismo decolonial (Cobo, 2014) y el feminismo marxista (Federici, 2018).

La mística femenina es la ideología que se plantea a la mujer como una criatura cuyas necesidades y aptitudes terminan con la reproducción de la especie y de los cuidados de la casa, los demás asuntos ni le importan ni le conciernen (Castellanos, 1984). La propuesta de Friedan no sólo cuestionó y sacudió la imagen que se tenía de las mujeres como madres y como esposas, sino de la familia como el centro de la sociedad, dándole al feminismo la fuerza discursiva para poner en palabras aquello que se encontraba reprimido, oculto e impensable. Bajo el lema de “lo personal es político” este feminismo llamado por Eli Bartra *neofeminismo* se diferencia del pasado al extender la lucha por la igualdad de derechos políticos y sociales, a la lucha por la libertad sobre el propio cuerpo (en (Ávila, 2004).

Feminismos. Posturas teóricas frente al concepto de maternidad.

La revisión de estos momentos del feminismo nos brinda la oportunidad de detenernos en las diversas propuestas teóricas que se han generado respecto de las necesidades de las mujeres al estar posicionadas en situación de desigualdad. Las posiciones teóricas son diversas y complejas dando a notar que los problemas que nos atañen no tiene un solo lado para ser vistos, sino que son múltiples las aristas que nos conviene analizar con el propósito firme de comprender la realidad de las mujeres en su día a día y dentro de su contexto histórico social específico.

Las discusiones y debates enriquecen en la medida en que divergen y convergen en puntos nunca antes pensados desde cada trinchera teórica. No podemos hablar de un solo feminismo, ya que el diálogo feminista crece y se apertura con las movilizaciones y cambios de la sociedad en la que nos encontramos. Así pues, trataré de dar un panorama sobre la discusión feminista de la maternidad a partir de los aportes de las teóricas que han abierto nuevas vertientes al estudio de la maternidad como fenómeno social.

La maternidad tiene que ver la construcción de género bajo la cual son formadas las mujeres en la sociedad en la que se encuentran. Al ser el género un constructo cambiante y no terminado, las significaciones y simbolizaciones que se hagan de la maternidad serán así mismo movibles, reconstruidas y resignificadas. Ann Snitow y Hortensia Moreno (2004) señalan tres periodos como los representativos en el abordaje de la maternidad por el feminismo, los cuales comprenden de 1963 a 1974 el primero, de 1975 a 1979 el segundo y de 1979 a la fecha el tercero.

El primer periodo se caracteriza según la autora por textos que fueron atacados debido a su contenido “provocador” y por su ataque para con la maternidad y la vida familiar y al estatus quo de las amas de casa de entonces, como lo fue *La mística de la feminidad* (Friedan, 2009) y *La dialéctica del sexo* en 1970 (Firestone, 1976).

El segundo periodo contó con mayor libertad de expresión y dio pie al trabajo riguroso de la investigación de la maternidad con textos como *Nacida de mujer* (2019) de Adrienne Rich en 1976, *La sirena y el minotauro* (1999) de Dorothy Dinnerstein, *The Mother Knot* (1997) de Jane Lazarre y *Women’s Body, Women’s Right* (1978) de Linda Gordon, donde se sintió la influencia del feminismo francés en el feminismo académico de Estados Unidos, en textos como *The Reproduction of Mothering* (1979) de Nancy Chodorow y *Black Macho and the Mith of the Superwoman* (2015) de Michelle Wallace que enriquecerían los debates teóricos entre el esencialismo y quienes abogaban por la maternidad como construcción social.

El tercer periodo se caracteriza por explicar las razones por las cuales las mujeres se involucran tanto en la experiencia maternal incluso cuando las condiciones en las que se encuentran son de clara opresión, un texto fundamental al respecto es *Maternal Thinking* (1980) de Sara Ruddick, lo que la autora hace a diferencia de los otros escritos es no centrarse en las posibilidades de la elección de no elegir ser madres sino en el papel del Estado en cuanto al apoyo o falta de este en las tareas de la crianza en las que intervienen de manera casi exclusiva las mujeres. En la

misma lógica Sue Miller con *The Good Mother* (2002) y Ann Hewlett con *A Lesser Life* (1986) denuncian las faltas del feminismo de hasta entonces con las demandas para el Estado como interviniente en los apoyos para las mujeres que se encargan de sus hogares y de introducirse en el campo laboral.

La reflexión final que hacen las autoras (Snitow & Moreno, 2004) es bastante interesante, ya que termina planteando qué tanto las mujeres estarán dispuestas a delegar su posición al cuidado de los hijos para intercambiarla o compartirla con el Estado y con sus parejas, ya que la maternidad se vuelve también en un único campo de poder para muchas de ellas.

La construcción de subjetividades, el apropiamiento de los cuerpos y el papel del Estado.

“(...) ni la superpoblación del globo, ni los avances en materia de anticonceptivos, garantizan la racionalización de las tareas procreadoras ni el respeto a la condición humana de las mujeres”

Sacramento Martí

Es a partir del informe de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en Ginebra en 1982 y del informe del Congreso de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población en Manila en diciembre de 1981⁷, que se comienza a desvelar la relación existente entre las políticas poblacionales y la situación de las mujeres, relación que había permanecido en el olvido de manera sistemática aunque fuera por demás obvia. La Revolución Industrial dio paso a la llamada

⁷ Sobre el freno tan grande en la natalidad, que en ese momento se tomaron como excelentes noticias, dado que se pronosticaba un aumento poblacional que pondría en peligro la sobrevivencia de la especie dada la cantidad de recursos existentes.

avalancha demográfica tomándose así conciencia del peligro que esto suponía para la especie, surgen así, estudios que demuestran cómo los factores sociales y económicos además de los ideológicos que determinan las curvas de población, se estructuran sobre la fertilidad de las mujeres (Martí, 1982).

La ONU también mostró la relación existente, entre el desarrollo educativo, ocupacional y remunerativo de las mujeres con el descenso de la fecundidad, lo que ponía en la lupa aquello que había estado oculto: que el Estado interviene para ajustar la natalidad de acuerdo a las condiciones económicas o sociales en las que se encuentra en determinado contexto histórico. Después de la Segunda Guerra Mundial, y el crecimiento económico estadounidense que mejoró las condiciones para su población aunado al regreso de los hombres que habían partido a la guerra, se hizo necesario recuperar los puestos en el proceso de producción, puestos en los que las mujeres ya estaban inscritas tras la necesidad de ser incluidas. Para lograr que las mujeres volvieran al hogar donde gozarían de las buenas condiciones económicas del país, se usó la presión ideológica, reforzando los valores familiares en todos los medios propagandísticos, pero sobretodo poniendo énfasis en la importancia de la procreación al servicio del Estado. Se da pues, el surgimiento del fenómeno conocido como *baby boom* (Martí, 1982).

Más tarde en la crisis económica de los 70's se presiona de nuevo con el llamado *crecimiento cero* como un deber ciudadano; se promueve la planificación familiar y se logra la legalización del aborto en la mayoría de los Estados de la Unión Americana. Ante el descenso de la natalidad, de casi un millón en un año, en los Estados europeos se restringe el aborto como es el caso de Rumania, Checoslovaquia y Hungría, y las dos Alemanias incentivan proyectos económicos pro natalistas para las madres solteras siendo miles las que decidieron asumir el papel para mejorar sus condiciones económicas (Martí, 1982). Así sucedió en México en la década de 1960 con la creación de la Fundación para Estudios de Población A.C. (FEPAC) transformada más tarde en la Fundación Mexicana para la

Planeación Familiar A.C. (MEXFAM) tras la *explosión demográfica* (Wolti-Chanes, 2011).

Gracias a los estudios demográficos se logra analizar el trasfondo de un sistema que manipula el rol reproductor de las mujeres que lo asumen sin ser conscientes de todos los elementos que acompañan este fenómeno social, donde no se puede acceder libre y concienzudamente a la maternidad. No es que dichas políticas se hagan al antojo o al azar, tiene una lógica y razón a partir de los beneficios sociales que conllevan, pero eso no quita que para lograr los objetivos de mejora, se usen las mentes y los cuerpos de las mujeres como instrumentos de dichas políticas, sobrepasando sus derechos y capacidades (Martí, 1982).

Nos encontramos pues ante la presencia de un tipo de violencia invisible que se ejerce sin la mediación de las personas afectadas (en este caso las mujeres) y mediante las cuales se les coloca en visible desventaja. Un tipo de violencia que no es directa y que es difícil ubicar y visualizar tanto a la violencia, como a la víctima y al agresor. Entonces contamos con las estadísticas sobre esperanza de vida o calidad de vida, pero es difícil visualizar el daño o la existencia de víctimas y por lo tanto mucho más difícil explicar bajo qué mecanismos se opera dicha violencia (La Parra & Tortosa, 2003).

En el caso de la maternidad contamos con estadísticas precisas sobre la mortalidad de las madres en el parto, algunos datos aislados y aun no contundentes sobre la violencia obstétrica y estadísticas sobre la calidad de vida de las mujeres con hija(o)s y sin ella(o)s, pero aun así es difícil definir cómo el Estado opera y en qué momentos con políticas pronatalistas o proabortistas en el manejo de los cuerpos y las subjetividades.

A esta forma de violencia invisible podemos denominarla violencia estructural, lo que respondería al hecho de que tiene como causa los procesos de estructuración social (desde los que se producen a escala de

sistema-mundo, hasta los que se producen en el interior de las familias o en las interacciones interindividuales) y no necesita de ninguna forma de violencia directa para que tenga efectos negativos sobre las oportunidades de supervivencia, bienestar, identidad y/o libertad de las personas (La Parra & Tortosa, 2003, p. 60).

¿Quién se atrevería a cuestionar el mandato maternal cuando lo hemos asumido como algo natural? ¿No se habla incluso de instinto y amor maternal como algo innato a nuestra naturaleza de mujeres?

A partir de la revisión de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) (INEGI, 2016), y notar que la mayoría de las mujeres que son víctimas de violencia por parte de su pareja no abandonan a su agresor, por sus hijos, me llevó a preguntarme si esta respuesta significa lo mismo para todas las mujeres que la enuncian.

Durante mi trabajo como psicoterapeuta en el CEAVIF descubrí que detrás de la respuesta “por mis hijos” aparecían diferentes significados: “porque no quiero quitarles a su padre”, “porque no quiero repetir la historia de separación de mis padres y que mis hijos sufran lo mismo que yo sufrí”, “porque mi familia me dice que no les arrebaté su familia”, “porque mi familia me mata si los abandono con él”, “porque es obligación de él mantenernos y cuidarnos”, “porque la sociedad pesa y me exige que me quede por ellos”, “porque si me voy me los quitará”, “porque si le dejo a los niños me tocará pagar pensión y ni trabajo tengo”, “porque es capaz de matarnos si nos vamos”, “porque mis hijos me piden que me quede con su papá”, “porque si me voy quedaré como la mala”, “porque ni una perra abandona a sus hijos” y un largo etcétera.

Así pues, a pesar de que la razón enunciada sea “por mis hijos” esa razón tiene diversos significados, la frase “por mis hijos” no representa lo mismo para todas las mujeres. Podríamos entonces percibir de manera errónea, que todas las mujeres

que contestan la ENDIREH con esta respuesta, tienen las mismas motivaciones o sienten por sus hijos los mismos afectos. Estas respuestas vienen de la concepción que se forman las mujeres de lo que la maternidad es, de lo que implican las prácticas de buena y mala madre a partir de la formación y educación a través del género.

Detrás de la respuesta “por mis hijos” se encuentran escondidas las demandas sociales de lo que se espera del rol de madre. El contestar “por mis hijos” se convierte así, en una respuesta estereotipada para satisfacer la escucha de quien juzgaría las motivaciones verdaderas, (motivaciones muchas veces inconscientes para ellas), cuando se trata de responder a esa pregunta de “¿por qué sigue con su agresor?”. Estas demandas se crean de manera explícita e implícita y forman parte constitutiva del concepto de la maternidad en las mujeres, siendo estas concepciones determinantes de su manera de vivenciar y experimentar la maternidad.

El modo de pensar sustancialista que es el del sentido común – y el del racismo- y que lleva a tratar las actividades o las preferencias propias de ciertos individuos o de ciertos grupos de una cierta sociedad, en un cierto momento, como propiedades sustanciales inscritas, de una vez por todas en una suerte de esencia, conduce a los mismos errores en la comparación no sólo entre sociedades diferentes, sino entre periodos sucesivos de la misma sociedad (Bourdieu, 1998a, p. 28).

Dichas exigencias provienen de *mitos prescriptivos o (metanarrativas)* sobre lo que significa ser mujer, mitos que naturalizan y que conllevan por lo tanto prácticas de violencia generizadas. Una de estas metanarrativas es el de la *normativización de la maternidad* que lleva a las mujeres a identificarse a sí mismas como meras productoras de productos y que hace experimentar como natural y propio de lo femenino, el trabajo doméstico y los cuidados de la familia, dando paso a la justificación de las desigualdades salariales y de oportunidades en el campo laboral,

colocando a las mujeres en una situación de vulnerabilidad respecto de otros tipos de violencia, entre ellas el control sobre sus cuerpos incluyendo la capacidad reproductora, control que tomará no sólo una parte de la sociedad sino el Estado mismo. En tanto que el mito de la maternidad como algo propio de lo femenino permanezca reforzado por los mandatos sociales arriba mencionados, la violencia contra las mujeres persistirá. Donde el cuerpo de las mujeres seguirá siendo cosificado y adorado como portador de fertilidad según los deseos y caprichos de la mirada masculina (Biglia, 2007).

Ya lo dice nuestro Himno Nacional Mexicano “un soldado en cada hijo te dio”, donde el cuerpo de las mujeres es un cuerpo al servicio de la procreación de cuerpos al servicio del Estado, que aparece como el único e incuestionable poseedor de la violencia. En general, el quehacer de las mujeres a nivel mundial ha estado permeado por la visión hegemónica patriarcal que surge como modelo a imitar y que condiciona las características que el otro (las mujeres) tendrán que cumplir dentro de ese orden.

Dice Francesca Gargallo a propósito de la *otrización* de las personas, que esta implica:

- 1) que se las diferencie totalmente del colectivo que pone en acto la otrización misma (nosotras somos personas racionales, mientras las otras no lo son), 2) que se las considere ajenas a los beneficios del colectivo que se identifica con una idea única de la humanidad (las otras no necesitan de escuelas, hospitales, justicia, respeto porque no se nos parecen) y, finalmente, 3) que se las empuje a consentir con quien, en el propio proceso de otrización, le propone como propio de lo racional, benéfico, justo mediante la imposición, entre otras cosas, una *estética de la conquista* (2010, p. 161).

La noción de maternidad tiene una evolución histórica, que se encuentra relacionada con la imagen del ser mujer y con las prácticas de crianza, mismas que se han transformado, incluyendo su impacto sobre la identidad de las mujeres, la posición que ocupan en la sociedad y la manera en cómo ésta se organiza. El concepto de maternidad es socialmente construido y se encuentra en evolución constante, influido por la cultura y lo social, intercambiándose en el espacio social dentro de las experiencias personales e individuales significativas que se vuelven primordiales para la autodefinición y autoevaluación de las mujeres (Mera, 2019).

Así pues, tal como apunta Bourdieu:

El espacio social es construido de tal modo que los agentes o los grupos son distribuidos en él en función de su posición en las distribuciones estadísticas según los dos principios de diferenciación que (...) son sin ninguna duda los más eficientes: el capital económico y el capital cultural (1998a, p. 30).

En cuyas combinaciones se establecen los espacios por los que se puede transitar, combinaciones que es posible comprender mediante el "... análisis de la relación entre las *posiciones sociales* (concepto relacional), *las disposiciones* (o los *habitus*) y las *tomas de posición*, las "elecciones" operadas en los dominios más diferentes de la práctica" (Bourdieu, 1998a, p. 28). "Ser madre no es saberse madre" dirá la psicoanalista Françoise Dolto (1982) advirtiendo esa diferencia entre estar embarazada (condición corporal, fisiológica) y asumirse madre (condición simbólica) mostrando así la existencia de un *habitus* propio de la maternidad.

El *habitus* es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posesión en un estilo de vida unitario, es decir, un conjunto unitario de elección de personas, de bienes, de prácticas. Al igual que las posiciones de las que ellos son el producto, los *habitus* están diferenciados; pero también son diferenciadores

(...) Estructuras estructuradas, principios generadores de prácticas distintas y distintivas (...) los habitus son también estructuras estructurantes, esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división, de gustos, diferentes. Producen diferencias diferentes, operan distinciones entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo que está bien y lo está mal, entre lo que es distinguido y lo que es vulgar, etc. Así por ejemplo, el mismo comportamiento o el mismo bien, puede parecer distinguido a uno, pretencioso a otro, vulgar a un tercero (Bourdieu, 1998a, pp. 33-34).

Amelia Valcárcel (2017) comenta en su conferencia titulada “Maternidad: los números y los mitos” que la maternidad en el S. XVII no era importante para las mujeres de las clases altas, donde la mujer tenía un estatuto de humillación por la función natural que cumplían y que no sabían cumplir bien, de ahí la necesidad del uso de nodrizas (mujeres que dejaban a sus hijos para cuidar a los ajenos) hasta cumplidos los 5 años, con motivo de permitir la vida en sociedad de las mujeres acaudaladas y mermar lo más que se pudiera la posibilidad de infidelidad por parte de los esposos. Así pues, se establecen relaciones de dominio y de explotación entre las clases sociales, mismas que se perpetúan y validan mediante mecanismos de legitimación social (Castelar et al., 2013).

De esta manera mediante la subordinación de las mujeres al sexo opuesto, las prácticas de la maternidad se establecen como mandatos a cumplir dentro de determinado contexto histórico. Mientras el discurso imperante en torno a la maternidad en el S. XVIII será dominado por cuestiones meramente fisiológicas para reafirmar la función meramente nutritiva de las madres, el discurso cambia después de la Primera Guerra Mundial con el surgimiento de los textos de “expertos” en la crianza (médicos, pedagogos, psicólogos) quitando el papel de educadoras a las madres (Mera, 2019) y colocándolas frente al ejercicio de prácticas diferentes pero continuando en posición de sumisión frente al discurso científico patriarcal. Posición producto de la violencia simbólica (Casal & Alemany, 2014).

La violencia simbólica es la que se ejerce sin necesidad de la fuerza física, los agentes sociales sobre los que recae, actúan como cómplices de la misma, al no ser conscientes de su situación. Por lo tanto no se sienten compelidos a cambiar dicha situación de sumisión y actuar en consecuencia, lo que significa que aceptan las imposiciones como “naturales”. Esta violencia se transmite de generación en generación por las costumbres, prácticas, gestos, posturas, símbolos, comportamientos, etc., a través de la educación (Fernández, 2005).

Así es cómo las mujeres cederán sus saberes y experiencias ante el conocimiento legitimado del orden patriarcal representado por la institución médica, la religiosa y la familiar. Baste ver el número de mujeres que optan actualmente por la realización de cesáreas con pleno desconocimiento de las implicaciones físicas y corporales de la misma, bajo la creencia de que será lo mejor puesto que son los médicos (expertos) los que la promueven, aplicando lo mismo para la realización de la episiotomía, misma que se lleva a cabo sin consentimiento.

Considerando que la definición de violencia, como la de cualquier otro concepto, no es neutral sino que está fuertemente marcada por las necesidades y deseos de quienes se sitúan en los espacios de poder; que los discursos teóricos provenientes de las academias ayudan a crear definiciones «performativas», esto es, nombrando crean, y lo hacen desde una posición de poder y, muchas veces, desde un compromiso con los gobernantes (Biglia, 2007, pp. 30-31).

Las prácticas cotidianas se vuelven así en estatutos de lo que implica ser buena o mala madre. Convergiendo así, los 3 elementos de la violencia simbólica: “el agente dominante” que ejerce “el poder simbólico”, las madres o futuras madres como “agentes dominados” quienes aceptan ponerse en manos de los expertos y el “capital simbólico” representado por el respeto y obediencia que se le debe al profesional (Casal & Alemany, 2014).

Así, las mujeres se convencen de ser felices maternando, a través de la aceptación de la noción de maternidad idílica, que considera dichas prácticas como “naturales” o “innatas”, como la idea del “instinto maternal”, que las mantienen subordinadas mediante la dominación masculina (concepto desarrollado también por Pierre Bourdieu), y aceptan así, mantenerse exclusivamente en el ámbito de lo privado, lo que se traduce en la merma de oportunidades económicas, laborales, y de autorrealización como veremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO III. Abanico de maternidades

Las protagonistas

El nombre, me enseñaron mis profesores en la carrera de Psicología, determina las expectativas de los padres sobre nosotros, me decían “si tu nombre es el de alguno de tus padres, es porque inconsciente o conscientemente desean que su imagen recaiga sobre ti, sus sueños y deseos frustrados te serán exigidos y reclamados si los cumples por llevar el peso de su legado. Si tu nombre es el de algún familiar muerto, significa el deseo de revivir en ti, a ese personaje y serás tratado como la reencarnación o como una extensión de esa persona. Si tu nombre es del algún personaje famoso como Marco Polo, o Maximiliano, se esperará de ti la grandeza. El nombre, lleva todas las representaciones, ideales y compromisos de los progenitores que dejarán caer sobre los hombros del nuevo ser. Recuerdo muy bien, que uno de mis compañeros se levantó preguntando, qué podría significar que a él le hubieran puesto el nombre de un exnovio de su mamá del que ella siempre hablaba, todos reímos.

Otro profesor, nos llegó a comentar que el mayor paso de independencia que una persona podía realizar, aunque se nos negara de nacimiento, era la elección de nuestro propio nombre, lo que marcaba el rompimiento con las expectativas puestas sobre nosotros. Desconozco el fundamento de esa teoría, pero recuerdo que me atraía bastante la idea de poder elegir mi nombre, yo me llamo igual que mi madre, ¡incluso tenemos los apellidos invertidos!

Así que, planteé la posibilidad a las actoras sociales que entrevisté, de poder elegir ellas su propio nombre, fue una sorpresa para mí, dar cuenta que ni siquiera lo pensaban, ¡ellas ya lo habían elegido hace mucho! De inmediato saltaron los nombres, “siempre me ha gustado cómo suena”, “por eso le puse así a mi hija”, “me encanta la historia de ese nombre”. Y así, entre complicidad y cumplimiento de un deseo de independencia, les presento a las protagonistas de esta historia.

Andrómeda y el peso de la responsabilidad

No es casual la elección de este nombre, viene a mí, la imagen de Andrómeda encadenada. En la historia de la mitología griega, ella es apresada por culpa de su madre, y entregada a un monstruo marino, después Perseo la salva y tras luchar con su prometido (elegido por su madre) se casa con ella. A Andrómeda jamás se le preguntó si estaba de acuerdo con algo de lo que vivió. Pero dejemos la mitología de lado, para conocer la historia de nuestra interlocutora.

Andrómeda tiene 58 años, trabaja como docente y tiene además de una licenciatura trunca en matemáticas, la licenciatura en contaduría y dos maestrías sin certificación. Es madre de dos varones, de 34 y 28 años y lleva cinco años divorciada.

Cuando era niña recuerda no sentir el calor de madre, creció con dos figuras maternas (su abuela y su madre) aunque no las recuerda siendo amorosas con ella. Aun así, no habla de ellas con resentimiento ni enojo, a pesar de haber visto a su abuela como figura materna dice “fue de las primeras personas en la vida, que vi la traición, la manipulación y el dominio”. Recuerda a su madre como una mujer que trabajaba todo el tiempo y con quien tuvo una relación a la que describe como fría y distante. Andrómeda justifica el actuar de su madre y su abuela por las vivencias que ellas tuvieron, su abuela fue huérfana y su madre sufrió las infidelidades de su padre. Fue un proceso muy difícil y que duraría años lo que tuvo que atravesar, para poder entender un poco el porqué del comportamiento de estas dos mujeres para con ella. Cuenta que por años vivió en la “porquería” como ella le llama, siempre preguntándose el porqué de lo que le pasaba. Por esta razón, ella no quería tener hijos ni casarse, su sueño: estudiar su carrera. De niña se la pasaba leyendo libros de 300 o más páginas que devoraba con avidez, para ella, ese era su escape, como haber podido usar drogas o volcarse en relaciones con los hombres, ella eligió el estudio.

Esto mismo le traería problemas con sus hermanos, quienes la molestaban continuamente por ser excelente en la escuela, cosa que no le sirvió para ganarse el agrado de sus progenitores. Relata que aun cuando eran ellos los problemáticos, ella era la culpable ante los ojos de sus padres, de provocarlos para que le pegaran. Después supo que su madre no le puso atención porque para ella, no había porqué preocuparse por Andrómeda, puesto que era la fuerte. Así creció, siempre sintiendo que algo estaba mal con ella, aunque por dentro sentía que eso no era verdad, que no era como se lo hacían creer.

Cuando estaba en la Universidad conoció a su único novio, con quien tuvo relaciones sexuales, y se casó tras sentir que debido a eso, había perdido su valía. Constantemente quiso dejarlo, pero el miedo, herencia de su madre ya que era una mujer muy miedosa, no la dejaba. El miedo y el hecho de que cuando quiso regresar a casa con sus padres, estos no la recibieron diciendo “es tu problema, ya te casaste, ahora arréglatelas”. Esta frase resonará de nuevo en otro momento decisivo en su vida. No fue un matrimonio feliz. Al lado de su esposo, vivió infidelidades, violencia patrimonial, económica y física. Tuvieron dos hijos con los que comenta estar en un constante proceso de aprendizaje.

“Yo no quería ser madre”

Ya casada, después de meses de tener relaciones sexuales y no cuidarse, llegó a pensar que no podrían tener hijos, dice “yo feliz de la vida, toda la gente preocupada y yo feliz de la vida, porque yo no quería tener hijos”. La noticia de su primer embarazo, tras haber acudido a la clínica por una dolencia en la espalda, la deja en shock. Es su suegra quien le pregunta si quisiera abortar, pero la responsabilidad frente a sus actos, le impide pensar en el aborto como solución.

Por ese entonces, se encontraba a punto de una de varias separaciones que habría con su pareja, y es ella, tras enterarse del embarazo, quien lo busca para pedirle que lo intenten, por ese ser que viene en camino. Ahora la frase antes sonada vino

de ella misma "es mi problema, arréglatelas, arregla la situación con tu esposo". Cuenta que él cambia durante el embarazo, le compraba sus antojos, ropa y estaba al pendiente. Ambos se prepararon con literatura, alimentación sana y demás cosas para recibir a su hijo, y cuando este nace, el peso de la responsabilidad cae sobre ella.

Andrómeda deja la Universidad porque se dedica a las tareas del hogar y a ser madre de tiempo completo, actividades que la mantienen atareada y la obligan a omitir la expresión de sus afectos. Narra que en ese entonces se sintió como su propia madre, cumpliendo con la ropa limpia, la comida, el baño, la higiene y demás, pero sin mostrar cariño ni amor, ese amor dice "sí lo sentía, pero como que se me quedaba como si tuviera un nudo en la garganta".

Así transcurren cinco años en los que se vuelve una mujer estricta y en demasía responsable. El miedo de dejar a su esposo se acrecienta tras sentir que no sabe trabajar en nada, que no tiene estudios ni experiencia profesional, lo que la coloca en una posición de vulnerabilidad frente a él. Poco a poco, decide tomar cartas en el asunto para cambiar su situación, comienza cursando diplomados para poder trabajar, una vez certificada. Es en uno de los cursos de psicología en los que asiste, que escucha la teoría del hijo único, le comentan en su clase, que los hijos que se llevan muchos años de diferencia, crecerán como hijos únicos y esto hará que se vuelvan egocéntricos y egoístas. Tras el miedo a que esto ocurra, se ve determinada a quedar embarazada de nuevo.

Andrómeda le sugiere a su esposo tener otro hijo, pero este se niega rotundamente debido a la situación económica en la que se encontraban, situación que años más tarde ella sabría que era mentira, ya que él le escondía el dinero. Pero ante el miedo de que su hijo creciera solo, se encuentra determinada y asiste a que le retiren el dispositivo intrauterino (DIU), y al poco tiempo, no meses como en su primer embarazo, queda embarazada de nuevo.

La actitud de su esposo se torna muy diferente a como fue con su otro hijo. Para ese momento, él tenía una amante, no la lleva al médico ni se preocupa por ella, hasta que en una visita a Tulancingo en la que ella denota síntomas de gravedad (ellos vivían en otro estado de la República), comienza a ver a un ginecólogo quien lleva su caso. Ella acudía sola a sus consultas, y debido a eso, cuando llega el momento de dar a luz, toma la decisión de que su hijo nazca en este municipio.

Tiene muy presente que es este hijo, el que le brinda la oportunidad de llevar una maternidad amorosa, empieza a mostrarse afectiva con su hijo mayor, y se siente feliz de mostrar cariño. Aun cuando fue un embarazo difícil en cuanto a los síntomas, lo vive con mucho entusiasmo. Su hijo nace de bajo peso y es esto, aunado a una bronquitis ocasionada por ambos padres por un descuido en un vapor, que se torna sobreprotectora con el menor.

Más tarde, llegan a vivir a Tulancingo, con la decisión de mejorar y por fin formar una familia. Tras la violencia que continúa recibiendo de su ex pareja, toma la decisión de estudiar otra carrera lo más parecida a la que había dejado trunca. Acuerda los pagos de colegiatura y consigue unas horas como asistente, en materias que tenían que ver con la carrera que abandonó. Así, comienza otra etapa de su vida, en la que se divide para continuar con sus labores de hogar, al mismo tiempo que cursaba la licenciatura. Termina siendo la mejor de su clase y el mejor promedio de todas las carreras, se siente orgullosa de ser un ejemplo para sus hijos con quienes aprendió a compartir las tareas del hogar.

Las dos noticias

Su hijo mayor, a través de un psicólogo con el que asistía, le confiesa su preferencia sexual, es homosexual. Ella no lo toma nada bien y lo corre de la casa, se siente traicionada por su hijo, debido a que él era muy perceptivo con ella y era su confidente, así que el hecho de que no le contara esto antes, la hace sentirse herida. Su hijo mayor, era con quien ella depositaba sus problemas maritales, debido a

esto, él se vuelve muy empático con ella, sabe cuándo está molesta y cuando está feliz. En una de las sesiones de terapia familiar a la que asisten, es la psicóloga la que le hace mención de que él, no es solamente una preferencia sexual, sino que es un joven con muchas capacidades y bondades, y es ahí donde ella da cuenta de esto y logra aceptarlo y sanar su relación con él.

Cuando Andrómeda cumple 50 años, desea darse un regalo a sí misma. Planea un viaje en el que va a partir sola a su lugar favorito. Lo planea a escondidas de todos, ya que su ex esposo le saboteara todos sus planes cada vez que había un festejo. Le comenta sus planes a su padre y éste le pide acompañarla, ella se sentía feliz. Un 31 de diciembre cuando se encontraba ya de viaje, le marca por teléfono el padre de sus hijos, para comunicarle que el menor está mal. Su hijo mayor no se encontraba en casa porque se había ido a festejar con sus amigos, y el menor se había quedado a cargo de su padre, quien decide irse a México. Al ver a su hijo dormido, le deja un pollo rostizado para su año nuevo y se va.

En ese momento, ella se entera de que su hijo estaba solo en casa, y le marca para ver cómo se encontraba. Su hijo menor, comienza a decirle que la policía cibernética irá por él para encarcelarlo y matarlo, debido a algo muy malo que había hecho en internet, y prefería matarse, antes de que llegara la policía. Ella piensa que quizá tomó alguna droga y tras hablar con él y calmarlo, lo manda a dormir para que al otro día esperara a que su padre llegara a recogerlo. Cuando ella regresa del viaje, se encuentra a su hijo “trastornado”, lo lleva al hospital y tras la revisión de cinco especialistas, le dan el diagnóstico de esquizofrenia paranoide. No lo puede creer, hace memoria de los síntomas que vivió con él, y sólo comenta verlo dormir todo el tiempo, es ella quien lo animaba a salir, a divertirse, contrario a otros padres, pero él siempre se encontraba desidioso, “yo decía que tendía a la depresión, a la tristeza”, por eso no puede creer que sea esquizofrenia.

Comienza a tomar cursos, conferencias, a comprar literatura referente a la condición de su hijo y logra tras un tiempo, comprenderlo. Su ex pareja y su hijo mayor, no

creían en la enfermedad del menor, opinan que más bien es flojera. El hijo mayor en un curso de *coaching* logra entender la magnitud del problema.

Debido a que en ese tiempo, ella se encontraba cursando sus maestrías y se vuelve a dividir, para cumplir con sus clases, las labores de hogar, acompañar a su hijo a sus consultas, apoyarlo en sus estudios y continuar estudiando. Andrómeda logra terminar sus estudios, aunque no se certifica porque no le queda el tiempo para hacer las tesis. Dice sentirse orgullosa de haber logrado tanto con los recursos y la situación en la que se encontraba.

Actualmente vive con su hijo menor, quien ya está por terminar sus estudios universitarios con apoyo de ella, porque siempre estuvo al pendiente de su proceso. Tuvieron un altercado viviendo en confinamiento debido a la pandemia por Covid-19, ya que compartían el mismo cuarto, y la convivencia se llegó a hacer tormentosa “un infierno literal” comenta ella, pero después lo pudieron arreglar. Logró divorciarse de su ex esposo y dice que prefiere no requerir de su ayuda, ya que con respecto a gastos para su hijo el menor, aporta muy poco. Se reúne con sus hijos los domingos y los miércoles para cocinar, ven películas o series y se la pasan muy bien. La comunicación ha sido un factor indispensable, por lo que el tener ahora buenas pláticas con sus hijos, la tiene contenta.

Dice “ha sido todo un aprendizaje, pero diario cuando estamos juntos, los apapacho, les digo que los amo, que son mi orgullo, que estoy feliz de que hayan aceptado ser mis hijos. Ahora sí no veo mi vida sin ellos. No concibo la vida sin ellos. Ellos son mi prioridad, para cualquier decisión son mi prioridad. Aunque estén grandotes (ríe).” Y añade “todavía hay mucho que hacer, mucho que aprender, compartir, gozar, no da tiempo de hacer todo lo que uno quiere hacer, las lecturas, las conferencias, los programas, las series, las películas. Ahora digo, qué pérdida de tiempo es estar sufriendo, ahora lloro de felicidad. Ya sé que probablemente me equivoque en otras tantas, pero así somos los seres humanos y a final de cuentas son experiencias, entonces no cambiaría nada.”

Lorena y la tribu de amazonas

Lorena es una mujer de 32 años, estudió la carrera de medicina y una maestría, es madre de un pequeño de un año, y se encuentra casada. Proviene de una familia de científicos (ambos padres, tías y abuela) y con algunas comparte la profesión. Comenta que el Hospital donde nació se ha vuelto entrañable, debido a que ahí nació también una de sus tías, su abuela fue fundadora del servicio de Psiquiatría, su tía hizo su internado de medicina ahí y Lorena siguió esos pasos en su carrera y en su posgrado.

En cuanto a su historia personal, ella no fue producto de un embarazo planeado, pero sí fue deseada por su madre. Su padre no quería tener hijos, y al enterarse del embarazo, se preocupa debido a que trabajaba con radiación, así que pone en la mesa la posibilidad de un aborto. Comenta que aun cuando su madre no lo expresa, sabe que vivió violencia obstétrica, ya que al momento de nacer Lorena, era cambio de turno y la dejaron “botada”, es su tía quien termina poniendo la epidural a su madre y quien más tarde la lleva a la incubadora. Lorena menciona que aparte de ese evento, le decían a su madre que no gritara, y le practicaron la episiotomía sin consentimiento, y en el momento de la visita de su madre a incubadoras, las enfermeras la regañaron por verla a detalle, diciéndole que no se la habían cambiado, que ya le diera de comer.

En cuanto a sus recuerdos con su madre, la describe como una mujer cariñosa, pero lamenta que por el sentido de deber tan fuerte en su madre para con su trabajo, no haya pasado tanto tiempo con ella. Aun así, se siente agradecida por el respaldo tan grande que tuvieron de sus redes de apoyo, ya que es su abuela quien se convierte en su cuidadora de tiempo completo. Recuerda ver a su madre en los festivales y sentir de cerca todo su afecto, lo que la hizo sentirse muy bien consigo misma. Además siempre jugaban mucho y le parecía divertido estar con ella.

Sueños de infancia

Desde muy pequeña, Lorena se sintió fascinada por jugar a “la embarazada”, incluso, teniendo muñecos, no se le hacía tan divertido jugar con ellos como el pretender que estaba embarazada, narra que saltaba la panza, caminaba como pingüino y se agarraba la espalda. Su ambiente estuvo rodeado de científicos a los que ella ve como otra especie, en su memoria está, que cuando no lograban llegar a tiempo a su escuela, su madre la llevaba consigo al trabajo y todos les decían que eran igualitas a lo que siempre contestaban que no, que ella era ella y su madre era su madre, “mi mamá siempre buscó que yo tuviera identidad propia, tomara mis decisiones y que siempre existiera un diálogo con ella y con papá.”

Como ser independiente, tuvo fricciones con su madre, debido a que ésta se molestaba si no hacía lo que ella quería, por lo que se formó un miedo a no complacerla. Recuerda sentir su apoyo en todo momento, desvelos en sus tareas, planeación de sus cumpleaños y el permitirle cada viernes que sus amigos, los cuales eran numerosos, acudieran a su casa.

La comunicación era buena con ambos padres y la educación sexual siempre fue dada abiertamente y sin tabúes, por lo que cuando ella entró a la secundaria, sabía todo lo relacionado con cuestiones de anatomía, de relaciones sexuales, de relaciones afectivas, del cuidado de su cuerpo y su toma de decisiones con respecto a él. Cuando cumplió la edad de 12 años y tuvo su primera menstruación, su madre hizo un alboroto, la felicitaron, le llevaron flores y le comentaron que ya podía ser mamá, que tenía que tener mucho cuidado, a lo que ella accedió porque no se encontraba preparada ni física, ni psicológicamente para eso.

Narra que aun cuando era estudiante de excelencia, bien portada y honesta como sus padres, al llegar a la preparatoria, su madre dejó de confiar en ella, prohibiéndole las salidas, “la veía como una figura injusta, intransigente, fuera del mundo, sentía mucho coraje, nos distanciamos bastante, yo me encapsulé.” Más

tarde cuando su madre se fue a una estancia en otra ciudad, a pesar de extrañarla, esto representó un respiro para Lorena. En un experimento de la preparatoria, tenía que llevar un huevo para fingir que era su bebé, ella lo nombró “estorbo” porque eso representaba la maternidad en ese momento, un hijo le impediría poder irse a estudiar y alejarse de su madre. Tras una discusión a los 20 años, se va a vivir en un departamento cerca de donde vivían. Debido a la distancia, ella logra valorar a su madre, y su relación mejora un poco.

Poco después, ella conoce a quien actualmente es su esposo, comenta sentir una atracción grande y se enamora profundamente. Dado que el plan de los dos era crecer profesionalmente, utilizan métodos anticonceptivos. Pero tras el segundo año de relación tiene un retraso en su menstruación. Más tarde, se hace una prueba y da positivo. Ella le comenta a su pareja y le dice para no preocuparlo, que seguramente la prueba es “chafa” y va a un laboratorio a hacerse la de orina. Dice haberse sentido muy mal consigo misma, ya que al estar estudiando medicina, se le hacía increíble ser ella quien pasara por esto. Recibe los resultados y da positivo.

Momento de decisiones

Por un ultrasonido logra enterarse de que es un embarazo gemelar y sentir una sensación agridulce, no era momento de ser madre, aunque siempre lo había deseado. La médico que realizó el ultrasonido le pregunta qué hará, pero Lorena no lo sabe, aún no termina sus estudios y su novio va iniciando su negocio. La médico le dice “pero mira ahí están los latidos, yo no soy espanta cigüeñas pero te dejo los datos de quien sí, pero mira ahí están los latidos” recuerda con dolor, cómo acentuó la frase “ahí están los latidos”. Debido al distanciamiento con su madre, decide no contarle a nadie lo que estaba pasando, es su tía quien la acompaña con el médico recomendado, pero sale de ahí molesta y enojada, no sólo el precio que le cobraban por el procedimiento era excesivo, sino que la trataron como si estuviera haciendo algo ilegal. Ella vivía en la Ciudad de México donde el aborto es legal, “Me habló

fue como si yo fuera una estúpida que tenía que arreglar mi error por irresponsable, cuando no fue así”.

Llegó a su casa, se vio de lado su panza, la sacó como cuando jugaba de niña a ser mamá, la acarició y decidió abortar por medio del procedimiento farmacológico. A punto de realizarlo, decide que los quiere tener, ya le había dicho a su pareja que era un falso positivo, pero deseaba confesarle lo que había pasado y decirle que los iba a tener. Acude con su ginecóloga para revisión, y para su sorpresa ya no había latidos. Fue un momento de mucho dolor anímico para ella, su médico le dice que usarán sus medicamentos para sacar el producto pero no se logra por completo, y tiene que sufrir una aspiración.

A partir de ahí, se vuelve en extremo obsesiva con los anticonceptivos, llegando a alternar hasta tres a la vez, y se llena de miedo por no poder concebir cuando ella lo deseara. Cuando le cuenta a su pareja esta historia pero simulado que era una de sus amigas, su pareja le contesta que él no lo creería y que si fuera su novia, la dejaría por haber asesinado a sus bebés. Guardó su secreto, a la fecha pone dos calaveritas en su ofrenda, para “Piojito” y “Calabacita” como llama de cariño a sus gemelos.

Durante su carrera asistió en un parto y al ver cómo la madre besaba a su hijo, ella llora mientras uno de sus compañeros se burla por este hecho, sin saber que para ella era un deseo roto. Luego le toca presenciar la muerte de un bebé dentro del vientre de su madre en el término del embarazo, lo que le hace revivir el miedo de que le ocurriera alguna vez lo mismo. El miedo y la culpa, reemplazarían el pleno disfrute de su sexualidad. Después de haber vivido un tiempo con su pareja, se separan, y su madre entra en escena para apoyarla con su duelo. Tras un proceso de aprendizaje emocional, decide platicarle lo sucedido a su ex pareja. Él logra sanarlo y juntos despiden a sus bebés en la playa.

El sabor agridulce no se va

En la planeación de la boda, vuelve a presentar un retraso, ella estaba feliz. Ya vivían en Hidalgo y cuando acude a realizarse el ultrasonido, el resultado que aparece es una tumoración. El pánico se apodera de ella, porque piensa que no podrá ser madre. Era un mioma que requería intervención quirúrgica. No sólo fue la angustia de no poderse embarazar, sino el hecho de no poder criar habiendo estudiado medicina. Son su madre y sus tías quienes le calman diciéndole que su abuela fue médico y logró criar a cuatro. Decide con su pareja que se casarán, y después de la operación verán lo del embarazo. Llegó a pensar que dada su situación, el poder quedar embarazada sería muy difícil y tendría que recurrir a la inseminación artificial. En una meditación recuerda haber visto a un pequeño que le sonreía. Pero ella veía un embarazo muy lejano.

Después de casados, los problemas como pareja se acentuaron, en la luna de miel, ella le pide al mar y a la luna poder ser madre, y le pide a su pareja omitir el uso de anticonceptivos, a lo que él accede. Después de un tiempo, queda embarazada, pero el miedo, de perder a su hijo, no la deja en paz. Su relación empeora y se vuelve un periodo de ansiedad. Ella decide contarle a su familia pasados los tres meses, pero no les habla de los problemas de su relación. Su tía ante la ansiedad de Lorena, le regala un *Doppler* portátil, pero esto sólo acrecienta la angustia, cuando se le dificulta escuchar los latidos de su bebé. Ser médica le ayudó a estar informada, pero también le hacía sentir más presión de lo normal, comienza a disfrutar su embarazo al sentir las patadas de su hijo. Al acercarse el nacimiento, aumenta en ella la necesidad de tener a su madre cerca, aunque por cuestiones laborales de su madre, esa no es una posibilidad y ella calla este sentir. No se logra sentir cercana a las mujeres de la familia de su esposo, y se siente estresada, debido a sus problemas maritales. Su salud empeoraba, tenía descontrol en su presión, el mioma aumentaba de tamaño y comenzó con sangrado, así que programó su cesárea. Su esposo la culpó de ya no querer a su bebé dentro y de no poder hacer que naciera el día siete que era el mismo día en que nació él. Ella

admite sentir que quería que ya naciera por los problemas en su salud física, no quería repetir la historia de la señora que perdió a su bebé y tenía atravesada una pandemia que la llenaba de inseguridad.

Durante el parto la acompaña su esposo, nace su hijo y ella espera que el amor maternal aparezca, pero no es así, más bien se siente torpe. No logra dar leche a su hijo, y eso acompañado de los dolores de la cesárea, la hacen sentirse mala madre, la frustración es grande, aun cuando estaba feliz de tener a sus padres en casa debido al confinamiento.

Para su esposo esto no fue así, él se sentía molesto por la presencia de sus suegros en casa, comenta Lorena “mi esposo varias veces se quiso ir de la casa y eso me lastimó mucho, no entendía por qué él no veía lo que significaba para mí que estuvieran mis papás ahí, incluso llegó a decir que era una estupidez que yo necesitara a mi mamá.”

Sus padres regresan a Ciudad de México y ella queda en confinamiento, donde su pareja no toma las mismas precauciones que ella. Al respecto de su vivencia como madre en pandemia agrega “quedé completamente aislada, aprendiendo a ser mamá completamente sola, sabiéndome enteramente vulnerable porque mi sistema inmune estaba del carajo. Me centré en mi hijo, en conseguir sus vacunas y hacer muchas cosas que nunca hubiera hecho si no hubiera una pandemia.

“Mis planes se han visto absolutamente cambiados, no he salido a comprarle ropa a mi niño, ir a ver al pediatra es con una botella con atomizador de alcohol al 70%, no lo han conocido personas extremadamente cercanas, no lo pude llevar a clases de natación o de estimulación. Sus abuelitos lo han visto muy pocas veces y ha sido muy difícil tener que poner distancia con la familia cuando me encantaría estar de gregaria con ellos y compartiendo su y mi felicidad con ellos.”

Karla y sus cuatro mosqueteros

Hace dos meses, la madre de Karla falleció. Ha sido una pérdida difícil de sobrellevar, porque al final de sus días no pudo estar cerca de ella. Su madre, muere víctima del cáncer, al igual que su abuela.

Debido a una discusión con su padre, él les prohíbe a ella y a sus hermanos, la entrada a la casa donde su madre se encontraba, aun sabiendo que requería de sus cuidados y afectos. No le pudieron dar afecto, apapachar y decir cosas bonitas. “Él es muy grosero” dice ella refiriéndose a su padre. La comunicación que pudo mantener con su mamá, fue vía telefónica, siempre se llamaban para estar al pendiente la una de la otra, pero hubo un momento en el que su madre ya no contestaba y supo que la depresión la había dominado.

Karla no ha asistido a terapia psicológica para tratar su duelo “ahorita no lo he buscado, y no he llorado lo que es, a veces aguanta uno muchas cosas y entre ellas el llanto más que nada, se guardan las emociones. Como que apenas en mi caso, lo estoy asimilando, como que al principio no lo crees o lo evades pero ya después con los días lo vas sintiendo más” dice, mientras se disculpa por llorar.

No fue cercana a su madre. Cuando ella era pequeña, creció viendo como figura materna a su abuelita con quien vivió muchos años y de quien era la consentida. Su padre tuvo que cambiar de ciudad por cuestiones laborales, y su madre se fue a seguirlo, en lo que se acomodaban, dejaron a Karla al cuidado de su abuela, a quien recuerda como una mujer fiestera, y por quien siente mucho cariño. Fue cuando murió su abuela, que ella regresó a vivir con sus padres. Su madre una mujer muy trabajadora, quien los calzó y los vistió. En cambio, su padre nunca dio gran gasto, pero le hacía creer a su madre que lo hacía. Peleaban bastante y cuando él se iba, bastaba con hablarle bonito para que lo perdonara y regresara.

Uno de los hermanos de Karla enfermaba constantemente y se ponía muy grave, ella salía con su madre en las madrugadas a buscar médicos, cuando recuerda esto, se le hace injusto haber tenido que pasar por eso a temprana edad, mientras su padre estuvo ausente de sus vidas, nunca batalló por una enfermedad. La injusticia se hace más notoria, cuando su padre mostraba una evidente preferencia por sus hijos de otro matrimonio, lo que causaba más discusiones, ya que su madre peleaba por ellos. “Él era muy machista, a mi mamá la sobajaba lo más que podía, la golpeaba y la maltrataba mucho”.

En algún momento Karla llevó a su madre con un abogado y una psicóloga para que pudiera separarse de su padre, pero ella se negó tras pensar que si tomaba tal decisión, terminaría arriesgando el patrimonio de sus hijos y ella no quería perjudicarlos, así que aunque Karla y sus hermanos le pidieran separarse, ella no lo hizo. “Era muy noble, muy buena gente” dice refiriéndose a su madre.

De su infancia al lado de su madre, recuerda no recibir afectos de ella, para los hijos varones en cambio, sí los había, pero a las mujeres dice “no nos enseñó a ser decididas, a afrontar las cosas, tuvimos que aprender entre nosotras porque no hubo así mucha atención por parte de mi mamá”. Ella siente que su madre marcaba esa diferencia de trato, porque su padre le contagió su machismo.

Si lo hubiera sabido antes

Cuando Karla se casa a los 18 años, sufre violencia por parte de su pareja, golpes, infidelidades y carencias económicas, pero no se siente con la confianza de decírselo a su madre o de solicitar su ayuda. Su madre le había inculcado ideas como de que mientras su marido la mantuviera no tenía por qué separarse, además de que él era el padre de sus hijos. Así que cuando comienza la violencia, Karla no logra sentirse afectada, no es sino hasta que se da cuenta que su esposo continuará siendo así con ella sin irse de la casa, que ella piensa en tomar cartas en el asunto.

Cuando su madre se entera de esta situación, le reprocha a Karla no habérselo dicho antes, a lo que ella le responde “cuando una vez yo te pedí un consejo, me dijiste que tú no sabías aconsejar, porque me dijiste que nadie te había aconsejado a ti. Entonces quitaste esa relación de confianza.” A su madre le hubiera gustado saberlo antes para haber podido impedir que Karla sufriera tanto.

A escaso tiempo de haberse casado, Karla queda embarazada, no sabe qué hacer, la noticia le cae de sorpresa, ella tenía otros planes, comprar más cosas, hacer más. Más tarde tendría otros tres hijos. Actualmente tiene 41 años y es madre de cuatro hijos, de 22, 18, 15 y 13 años, los tres varones tienen diagnóstico de espectro autista y asperger, su hija es la única que falta de diagnosticar, pero tienen los mismos síntomas que los hermanos.

Tiempo de luchar

Cuando su hijo mayor, iba a la primaria, recuerda que le mandaban llamar constantemente porque le pegaban y su hijo les agredía en respuesta, pero no se comportaba de la misma manera que los demás. Ante la preocupación de las maestras, lo lleva con un médico quien le asegura “sólo es un berrinche” y no había que preocuparse mientras diera una nalgada a tiempo. Karla obedece pero puede notar que su hijo no mejora con la “corrección” sugerida y prefiere seguir buscando apoyo. Da con una institución que ofrece apoyo psicológico y tras aceptar a su hijo, la psicóloga le dice que es mejor que lo lleve a Pachuca. Así que Karla acude a donde le recomendaron y ahí le dan el diagnóstico. Comienza con su tratamiento y ve mejoría. Ella dice “empecé a investigar, cómo lo podría yo entender, cómo lo podía yo tratar, qué palabras, todo eso, me envolví en ese rollo del autismo, del asperger, de la negatividad desafiante, todo eso yo tuve que estar investigando.”

Ante las dificultades económicas para el tratamiento de sus hijos, ella no se separa de su esposo, hasta que la violencia llega a niveles insoportables. Toma la decisión de irse y se regresa con sus padres. Su padre no la apoya, le dice que no quiere

tener problemas con nadie y que mejor se vaya, así que regresa con su agresor en varias ocasiones, pues resonaban en su mente las palabras de su madre de tener que aguantar por el dinero y porque era padre de sus hijos, aunado al hecho de no tener dónde vivir.

Después de un tiempo, es su segundo hijo quien le da un ultimátum, “o te separas o yo me voy de la casa”. Ella toma la decisión más por ellos que por ella, no quiere dañarlos. Abandona a su pareja y debido a eso, le es imposible seguir pagando por los tratamientos de sus hijos. Ellos se comprometen tanto con apoyarla, que luchan por mejorar sin medicamentos, y logran terminar sus etapas escolares con excelencia. Karla se siente muy orgullosa de sus logros.

Actualmente vive con otra pareja con la que lleva tres años, al principio no fue fácil, ya que el padecimiento de sus hijos, no les permite adaptarse a los cambios fácilmente, pero ponen todo de su parte y ella siempre les apoya. Ellos igual, cuando está alterada, son quienes la tranquilizan, le muestran las cosas desde su perspectiva y ella logra ver todo diferente.

Mucha gente le ha dicho que para qué tuvo tantos hijos, que los hubiera abortado de haber sabido que estaban enfermos, pero ella jamás cambiaría la experiencia, de poder vencer obstáculos con ellos. Así que decide tomar esos comentarios como si fueran bromas.

Respecto de la pandemia, han estado conviviendo y parece sentir que no tiene hijos. Cada uno se ocupa de sus deberes, así que no ha representado un reto que no pueda superar. Lo único que le preocupa y por lo que se siente afectada en demasía, es su situación económica. Los gastos son constantes y no ha podido trabajar. Se siente agradecida de poder contar con sus hijos a quienes describe como maravillosos.

Daniela y el amor a distancia

Daniela tiene 32 años, psicóloga, está dedicada a las tareas en el hogar, es madre de una niña de seis años, y vive con su hija en Arizona, Estados Unidos desde hace dos años, donde se reencuentra con su madre a quien dejó de ver desde los 16 años. Daniela recuerda haber pasado mucho tiempo con su abuela y su abuelo, con quien le gustaba estar, su mamá se iba a trabajar y la dejaba a su cuidado, así que siempre se sintió protegida y amada. Del tiempo al lado de su madre recuerda muy poco, y la imagen que tiene de ella es ambivalente.

Le cuenta su abuela que siempre fue una hija deseada, que su mamá “siempre quería tener una compañera”, su madre alternó entre ser nada afectiva, y muy sobreprotectora, si veía nublado el día, los enchamarraba a ella y a su hermano y nunca les enseñó a hacer nada. Pero la frase “te amo”, no existió, jugaba mucho con ellos, básquet o fútbol, nunca la vio cansada con ellos, pero los regañaba constantemente. La recuerda como de un carácter siempre fuerte. Siempre trabajando para no descuidarlos. Si bien su padre, fue más afectivo con ellos, la relación entre sus padres no era buena, peleaban constantemente por el alcoholismo de él y ella se tornaba más preocupada por el bienestar de ellos. Por lo tanto, no los recuerda como una pareja amorosa, sino más bien tensos.

Tras el divorcio de ellos, teniendo ella la edad de 16 años, su madre decide irse a Estados Unidos con el fin de mejorar su situación económica y la de ellos. Viaja en compañía de su nueva pareja y los deja a ella y a su hermano de 14 en su casa, donde más tarde su mudaría su abuela para cuidarlos. Recuerda no haber estado muy consciente de la situación hasta que después de haber dejado a su madre y regresar a su casa solos, la lloraron muchísimo y mantener comunicación a distancia fue algo que tuvieron que aprender. Tenían que ir a casa de una vecina por la llamada de su madre y aunque emocionalmente la recuerda como fría,

siempre estuvo pendiente de ellos. Dice “siempre estuvo mi mamá” a pesar de la lejanía, nunca la sintió lejana.

Nunca sintió llevar el rol de madre en relación a su hermano, ya que su madre “tenía ese cargo sobre nosotros, ella seguía siendo la mamá, ella era todo”. Daniela se ríe pensando que el plan macabro de su madre, fue no haberlos dejado hacer nada, para que siempre la necesitaran, así cuando ella se va, ellos no saben hacer nada y su madre a la distancia lleva la batuta de las situaciones de su día a día, “ella siguió apareciendo en todas las escenas”.

Con su abuela la relación fue más cariñosa, aunque no siempre fue así, les daba de comer y poco a poco aprendió a mostrarles afectos. A Daniela le afectó mucho la separación en el sentido de no sentirla cercana a diferencia de sus compañeras, a quienes nunca les contó que su mamá no vivía con ellos, no les gustaba que nadie supiera del dolor que sentía de no tenerla cerca, así que rechaza festejar su graduación, no tenía a quién invitar. Cuando ella le comentaba a su madre su sentir ella le contestaba “¿qué quieres que haga? Me tuve que venir para que hubieras estudiado”, ante el reclamo de la falta de afectos le decía “¿qué quieres que haga? ¿Quieres que te traiga yo cargada en la espalda con un chal?, pues no puedo, a estas alturas no puedo”. Con su papá se siente más en confianza de demostrar afectos, aun cuando después del divorcio, él se marchó a Estados Unidos y no tuvieron noticias suyas en mucho tiempo, pero Daniela dice no haber sentido la necesidad de tenerlo físicamente, no como con su mamá con quien sentía más dependencia.

A mí no me gustan los niños

Daniela recuerda nunca haber sentido el deseo de tener hijos, se sentía demasiado egoísta como para tenerlos, en su casa nunca le hablaron sobre la maternidad. Recuerda que una vez al realizarse un ultrasonido por un procedimiento médico su

mamá le dijo “no vayas a salir con pendejadas, porque si sales con pendejadas, tú te vas a hacer responsable.

Daniela se embaraza sin planearlo a la edad de 26 años, y a pesar de estar lejos, siente miedo de contárselo a su madre, se separa de su pareja, a pesar de eso, Daniela siente que su hija llega en el momento perfecto debido a que siente haber vivido lo que tenía que vivir, “de mi vida ya había hecho todo lo que quería hacer”. Al nacer su hija siente un cambio positivo, “cuando ella llegó, siento que estabilizó mi vida”.

Su embarazo fue difícil desde los primeros meses, le dio influenza, tenía mucha temperatura. Le comunica a su familia que está embarazada, todos reaccionan bien y eso la hace sentir feliz. Pero no fue nada grato el haber pasado por los síntomas de embarazo, dice “para mí, el embarazo, no”. Le da tristeza no haber tenido a su mamá cerca en el momento del parto, se sintió tranquila, y piensa que muchas madres lloran al cargar a sus recién nacidos, pero ella no lloró y se dice “¿por qué no estoy llorando? Yo tengo que estar llorando”.

Siente haber tenido un vínculo inmediato con su hija, estuvo con ella todo el tiempo una vez nacida, y cuando notó que iba a llorar le pidió que se callara y su hija lo hizo, así que se pudo sentir muy cercana con ella. La tuvo en un hospital privado, debido al miedo de parir en un hospital público, ya que sabía las historias de robos de infantes o de muerte natal, así que prefirió ir al hospital privado, donde la atendieron bien. Daniela supone que pudo haber llegado a tener depresión posparto, siente que estaba mal y ni siquiera llevó su cuarentena.

Como madre siente culpa de no ser tan protectora, de tomarse de manera muy laxa el que por ejemplo su hija se caiga, y al compararse con su madre, es cuando ella siente que algo malo está haciendo, aun cuando nota que su hija es independiente. Dice sentirse fría con su hija, aunque sabe que no lo es, porque con ella

emocionalmente muestra afectos, ella empezó a decirle “te amo”, ya que no deseaba repetir lo mismo que su madre.

Con su hija juega “ataque de besos”, si ella se arregla, se encarga de chulearla, de hacer todo lo que no recuerda haber hecho con su madre, pero deja que su hija siga su camino, como dejarla que se bañe sola, Daniela recuerda que su madre la bañó hasta que cumplió 12 años, dice en broma “ahora voy a su casa y todavía me quiere bañar”. Pero esto genera un debate constante en ella, el no saber cuánto soltar a su hija, cuánto debe enseñarla a ser libre.

Se sufre más

Los últimos dos años donde Daniela viaja a Estados Unidos, se reencuentra con su madre y la siente ajena, lo mismo su hija quien no la conoce. Cambia su situación de estar de tiempo completo con su hija a tener que trabajar “porque así mi mamá me enseñó, que aquí se viene a trabajar y pues tienes que dejar a los hijos”, lo que le genera problemas por la separación. Se empezó a distanciar de su hija, ya no pudo jugar con ella, comienza a intercambiar su presencia por el teléfono, ya que ahí trabajaba todo el año.

La convivencia con su madre se torna complicada, debido a la sobreprotección de ésta con su nieta. A su hija le costaba adaptarse a esta situación porque por ejemplo, con ella, si no quería usar zapatos, no usaba y ahora al cuidado de su abuela tiene que ponerse los zapatos. Su hija llora constantemente por no querer estar apartada de ella pero tenía que trabajar. Daniela se siente muy culpable, porque no tiene mucha paciencia, recuerda que los niños nunca le gustaron y se le hace muy difícil jugar con ella, “yo estaba acostumbrada a hacer mis cosas sola, a veces no tengo la paciencia para enseñarle”. Además ahí, siente la carga mucho mayor debido a la sensación de soledad que le embarga. Siente que ha sido peor que antes, aun cuando recién nacida su hija, ella maternó completamente sola, pero en Arizona se siente más grande la soledad.

En Arizona, se siente encerrada, lo cual no le permite llevar una mejor relación con su hija, no pueden salir por el calor, no pueden jugar diferente. La pandemia no ha cambiado mucho su situación, porque las cosas han vuelto a la normalidad rápidamente, tuvo que dejar de trabajar por lo mismo. Pero debido al clima vivía encerrada, así que no ha resentido el confinamiento. Se siente bien de haber tenido a su hija en casa, pero la culpa llegaba de no poder brindarle una infancia con amigos, de ir a la escuela y de poder disfrutar su niñez como antes de la pandemia.

Se le ha dificultado, ha sido el idioma, y siente insegura, lo cual ha hecho muy difícil su estancia en ese país. Conoció a su actual pareja, pero la comunicación se le complicó debido a que él casi no hablaba español. En la escuela a su hija, le hacían *bullying*, pero ha logrado aprender el idioma, es amiguerá, y no se le dificulta relacionarse. Su hija actúa de traductora cuando ven la televisión, o cuando van a la tienda, y ahora le pide que le enseñe a hablar inglés.

Recuerda que cuando se iban a ir, ella lo consultó con su hija, quien aceptó a mudarse, pero en cuanto empezaron los problemas, le reprochaba a Daniela, haber tomado la decisión de marcharse a un país ajeno. Hasta la fecha le dice “no me quería venir tantos días” y ella se siente mal. Comenta que toda la gente piensa que le va muy bien, que tiene mucho dinero y dice “se tiene una vida mejor pero a costa de chingarte”, la gente es racista, no hay descanso.

Actualmente no realiza actividades laborales remuneradas, se ocupa de las tareas del hogar y vive con su pareja con quien se acaba de casar, extraña la comida “los chiles no pican y las tortillas saben dulce, ni la coca sabe igual, ¡ni la de vidrio!” dice riendo, “nada es igual, le sufres, le lloras”. Daniela se va a un columpio con su hija, se sientan mientras la pequeña le dice “mami, ¿quieres jugar a recordar México?”, ella contesta “órale va” y comienzan a recordar los taquitos del mercado, los lugares que visitaban y todo.

Ana y el peso de la edad

Ana tuvo una infancia feliz, se la pasaba jugando con sus hermanos, eran siete en total, rara vez su madre los regañaba, o les hacía caso, siempre los trató por igual; eran tantos que no había tiempo de ponerles atención personalizada. Los regaños venían cuando ellos comenzaban a pelear. Hasta la fecha Ana tiene presentes sus reprimendas y los consejos que ahora le da.

La madre de Ana, se dedicó a cuidarlos y atenderlos, ya que su padre viajaba por su trabajo de comerciante, ausentándose a veces hasta por un mes, aun así, ellos lo tenían presente como una figura de autoridad y sabían que siempre estaría de regreso. La relación de Ana con su madre es de mucha cercanía, es ella quien le ha ayudado con sus cuatro hijos, el mayor tiene once años, le sigue una niña de nueve y dos cuates de cinco meses de nacidos. A todos se los ha cuidado su madre, Ana actualmente ya no vive con ella y su padre, pero estuvo viviendo con ellos toda su vida, hasta que tuvo a sus gemelos, al ser demasiados y no caber, se mudó cerca de su casa, y la apoyan económicamente con los gastos pero Ana se siente culpable por este apoyo, y ante su situación expresa el deseo de ser independiente “yo ya tengo que hacer mis cosas”.

Ana cuenta con 44 años, tiene la carrera comercial de contadora privada, pero no ejerce, se ocupa de las tareas del hogar de tiempo completo, está casada pero se encuentra separada de su pareja. Se casó a los 33 años de edad y al momento de la boda, ya estaban esperando a su primer hijo. Fue un embarazo planeado y deseado, puesto que sentían que por la edad de ambos, ya era momento de tener hijos.

Su primer embarazo fue riesgoso, tuvo que estar en reposo, le decían que las complicaciones eran por su edad, su hijo nace de 37 semanas porque en uno de los

chequeos detectan que su corazón no se escuchaba y le practican una cesárea en la que todo sale bien y le dan de alta al otro día.

Fue pronto que descubre que no todo estaba bien, y a pesar de que en un inicio se sintieron felices y contentos, Ana siente deseos de llorar todo el tiempo, lleva a su hijo a las vacunas y llora, una enfermera se le acerca para preguntarle por qué llora y Ana le dice que es porque a su bebé le está doliendo la vacuna, pero ella sabe que llora por otro motivo, uno que no puede comprender. Al no entender lo que le pasa, decide no contarle a nadie, después se da cuenta que no era normal lo que sentía porque con su hija no le pasó lo mismo.

Su hija nace de un embarazo no planeado, Ana usaba el DIU pero le lastimaba mucho y va a que se lo quiten. La doctora que lo remueve la cita otro día para determinar el nuevo método con el que se cuidará de no concebir y en ese trayecto es que Ana queda embarazada. Su hijo mayor tenía poco más de un año, aún lo amamantaba.

Sus papás la reprenden le dicen que ojalá hubiera tenido un hijo nada más o que al menos se hubiera esperado, pero ella se siente bien. Aun así, la situación es complicada, la herida de su cesárea anterior no ha sanado completamente y corre el riesgo de desangrarse, el médico que la revisa la pone en reposo de nuevo y ella cumple. A las 37 semanas, su hija nace por cesárea, Ana hubiera deseado que naciera por parto.

Antes de que naciera su hija, el doctor le preguntó si se quería operar para no tener más hijos y ella le dice que le preguntará a su esposo y luego le dan respuesta. Su esposo no le dice ni sí ni no; en la cesárea le preguntan qué querrá hacer y tanto ella como su esposo dicen que no. Ana se va de nuevo al siguiente día y se recupera muy rápido.

De nuevo, no todo era miel sobre hojuelas

“Pues ahí empezaron ya los problemas, porque pues ya eran dos, ya era mucho más trabajo, al principio mi esposo trabajaba, luego lo corrieron, y estaba conmigo en la casa, pero era mucho trabajo, todavía a mi hijo le daba mamila y le ponía pañales y ya había llegado la bebé y pañales de la bebé, leche de la bebé y luego él sin trabajo y luego el quehacer y todo, lógico que eran más peleas, más discusiones, más no puedo, tengo que hacer esto, tengo que hacer lo otro, llora uno, llora el otro, que se cayó, ahí fue cuando ya me estresaba mucho, y él se estresaba y peleábamos más y sí fue más difícil porque eran dos, dos mamilas, dos pañales, darles la papilla de comer y luego pues la situación económica en ese tiempo igual estaba feo y fue difícil. En ese tiempo fue cuando mi esposo se fue, nos separamos”.

Se separan por dos años, en los que él no se desentiende económicamente, pero de cuidados es ella quien se encarga de todo. Ana no se siente mal por la separación, ya que su madre la apoya en todo y siente que su carga se ha aligerado, dedicarse a sus hijos exclusivamente, no le pesa tanto como tener que lavar y planchar ropa para su marido, tener la comida a tiempo y atenderlo.

Cuando su hijo entra a preescolar ella comienza a ser regañona, estricta y a golpearlo, siente que él es muy travieso en comparación con su hija quien es muy tranquila y dócil. Cuando su hijo entra a la primaria, tienen que mudarse debido al trabajo de su esposo, se van a vivir a Orizaba donde a ella le cuesta adaptarse, le alivia que por el trabajo de su esposo, tengan la posibilidad de tener a sus hijos en escuela privada, pero esto sólo dura un año, él pierde el trabajo y tienen que regresar con los padres de ella a Tulancingo.

Durante ocho años más tendrán dificultades que logran sobrepasar, pero la relación de Ana y su esposo se va desgastando, la violencia aparece con infidelidades, malas palabras, y violencia física por parte de él. Deciden separarse definitivamente y al poco tiempo Ana comienza con problemas serios de salud.

“Ojalá que no, ojalá que no”

Ana tenía 43 años cuando comienzan “los achaques” a los que ella identifica como la menopausia, su situación económica era precaria debido a la separación, trabaja en la central de abastos donde carga todo el día cajas de frutos secos que vende en el local de su papá. No aparece su menstruación y se siente mareada constantemente. Le comunica a su ex pareja que tiene tales síntomas y él le dice que no cree que tenga nada, pero que si quiere que se haga una prueba de embarazo para descartar. Ana decide no hacerlo, pero una vez en su trabajo estuvo a punto de caerse por los mareos y decide ir y hacerse una prueba de sangre en un laboratorio. La prueba da positivo.

No lo puede creer, se repite y se repite que no es verdad, que a su edad eso no puede ser verdad, se pregunta qué hará con todo encima. Sus hijos notan que ella está mal, se la pasa llorando y se siente desesperada, cuando ellos le preguntan qué le pasa, ella se siente peor. Al poco tiempo comienza a sangrar y ella piensa que fue falsa alarma, asiste a una farmacia de productos Similares con la esperanza de que el médico le diga que tuvo un aborto y le tengan que sacar los restos del producto. Pero el médico confirma el embarazo, le pide hacerse un ultrasonido para descartar que algo malo suceda, le dice que a lo mejor lo perdió y tenga restos que hayan dado positivo a la prueba.

Ana acude de inmediato con el ginecólogo para hacerse el ultrasonido y se queda atónita al escuchar “¡Oh Dios, son dos!”. Tras confirmar el doble embarazo, el médico la comienza a regañar, le dice que a su edad no tiene por qué ir por un embarazo, que luego todo sale mal y los que acaban pagando la culpa son los médicos. Ana siente que el mundo se le viene encima y se siente peor por los regaños del médico.

La idea de un aborto pasó por la mente de ella, pero no se sentía capaz de hacerlo, su negativa es producto de su religión cristiana, fantasea con que quizá debido a que vengan mal sus bebés, sea necesario un aborto, pero se hace estudios y al

parecer todo va bien. Ana decide contarle a su esposo. Él no la apoya con los gastos así que tiene que seguir trabajando a pesar de las indicaciones de su médico, de reposo absoluto, los estudios le cuestan entre dos y tres mil pesos y son bastantes por las complicaciones de un embarazo a esa edad. Ella tiene miedo de que una vez que nazcan descubra que tienen síndrome o alguna enfermedad por el sangrado abundante que tuvo.

Sus padres la regañan, pero la apoyan con todo. Ella sólo se siente más culpable, siente que desde que se casó les ha ocasionado muchos problemas. Recuerda su vida antes del matrimonio, trabajando todo el tiempo y sin dar ni una molestia, pero una vez casada, ha dependido por completo de ellos y los ha preocupado en demasía. Va a tener a sus hijos porque siente que tiene que pagar las consecuencias de sus actos, ella siente que se equivocó y tiene que arreglarlo.

Ana comienza a sentir que se encuentra dentro de una pesadilla, que nada de lo que vive es real, en pleno día decía: “es que esto no puede ser, no es”. La preocupación de que sus bebés vengan mal se adjunta a la preocupación económica, le han dicho que probablemente tenga que conseguir incubadoras para sus bebés, investigan y le cobran arriba de diez mil pesos por día y por bebé, para ella es impensable poder pagar algo así. Ni ella ni su esposo tienen seguro médico. Ella pensaba “ya me voy a morir y mis hijos se van a morir porque no tengo donde aliviarme”.

Al poco tiempo del parto, su esposo consigue un trabajo y tras rogarle a su jefe, este le da seguro con el que ya puede sentirse un poco más tranquila, pero un nuevo evento, haría crecer sus preocupaciones y miedos. Una pandemia azotaba al mundo, la pandemia por Covid-19. Al principio Ana no cree ni en la pandemia ni en las medidas de seguridad, continúa su embarazo y ella sigue trabajando, no usa ni cubre bocas porque nadie en la central de abastos ni en su familia, creen que sea real, piensan que son cosas políticas y del gobierno. No es sino hasta que empiezan

a ver gente cerca enferma y que comienzan a morir donde ella trabaja, que se da cuenta que el asunto no sólo es real, sino de mayor cuidado para ella.

En una de sus consultas la enfermera que la atiende le comenta que varias embarazadas han muerto esa semana en el hospital, que incluso algunas estaban sanas pero llegando se contagiaban con las que llegaban con el virus del Covid-19. Ana se siente aterrorizada y ansía ya parir, que todo se acabara, pensaba incluso que naciendo sus bebés, pasarían escasos meses para que la pandemia desapareciera, nada más lejos de la verdad.

Ana goza de buena salud para sorpresa de los médicos quienes le llegan a decir que parece chamaca, pero un día en el octavo mes de embarazo, llega a revisión y le dicen que la tienen que operar de emergencia, uno de sus bebés ya no tiene suficiente líquido amniótico. A Ana le preocupa que tengan que necesitar incubadora y su tiempo en el hospital sea mayor, ella quiere que “le saquen” a sus hijos e irse.

Deus machina

La cesárea comienza y ella está consciente todo el tiempo, puede sentir cómo la cortan, y escucha a un médico preguntarle si quiere que la operen. Ella recuerda que antes no quiso hacerlo y después se embarazó, así que siente la necesidad y la responsabilidad de decir que la operen para nunca tener más hijos. Ella piensa que de todos modos no se va a embarazar por su edad y porque ya no tiene pareja, pero termina accediendo. La cesárea concluye sin complicaciones, ella se siente bien. El embarazo había sido un batallar porque los médicos no se ponían de acuerdo, unos le recetaban medicamento para la presión, otros se los quitaban, se siente feliz de que todo acabe. Escucha cómo dicen por el altavoz “código rojo, código rojo” eso significa que un paciente con Covid está entrando, ya quiere salir de ahí. El médico le dice que ya han terminado, ella ya escuchó a sus bebés llorar y sabe que están bien, y no necesitarán incubadora. Siente alivio y felicidad.

El médico comienza con la salpingoclasia y cierra. A los minutos le dice “sabe qué señora, la voy a tener que volver a abrir” ella se mira y tiene muy inflado el vientre. El médico le explica que tiene hemorragia interna. En cuanto la abren, ella pierde el conocimiento. Despierta en terapia intensiva, a su esposo le han avisado que quizá no sobreviva, entra a verla y se espanta de ver que está “blanca como fantasma”, pero ella se siente muy bien, sólo ve pasar médicos que la ven raro, que hablan de ella, uno tras otro, cambiando de turno pero nadie le dice qué pasa.

A Ana le preocupa su ex esposo, qué va a hacer solito con cuatro hijos, teniendo que cuidarlos él, desea ya salir y pide comida, pero no le dan de comer ni le dicen nada. Le han hecho la histerectomía. Un médico le explica “para que ella entienda”, que debido a su edad, su piel estaba como la de la pierna o el muslo de un pollo reseco, así que al momento de hacer el corte y jalar la piel en la salpingoclasia, su piel no aguantó y se comenzó a desangrar. Ella siente que no es verdad, que el médico que le pusieron era demasiado joven e inexperto y fue un error de él. Se resigna diciendo “es que en el seguro social a la hora que llegas, el que te toque te opera, yo siento que algo no me hicieron bien”.

Pasada la semana ha logrado sobrellevar el no poder orinar, defecar, y comer. Pero a pesar de todo ella se siente bien y platica. Un día le hacen la prueba de Covid por la mañana, y por la tarde entran unos vestidos de astronautas que la llevan y le vuelven a hacer la prueba, le dicen que salió negativo y se tiene que ir de inmediato. Ella pregunta por qué, puesto que aún no podía hacer del baño y le habían dicho que tenía que quedarse. La sacan rápido del hospital, ella dice haber escuchado que algo se les había salido de control con lo del Covid, un médico le dice que dé gracias a Dios, porque no sabían qué hacer con ella, que dé gracias a Dios porque en el seguro las dejan morir, pero a ella sí la atendieron y cuidaron.

Siente que fue Dios, quien le hizo el milagro de seguir viva, que ella puede decir que es verdad porque lo vivió, agradece estar con sus bebés, no se arrepiente de haberlos tenido, aún sin pareja, aún sin poder trabajar. Dice “la maternidad es lo

mejor que pudo haberme pasado, después de no querer ni casarme, después de tener tantos problemas, y después de pasar todo lo que pasé de casi morirme, no lo cambiaría por nada. Fácil, no hay más, porque veo a mis bebés y no me imagino que pudo haber sido diferente, es lo mejor que le puede pasar a una mujer” dice llorando “es lo mejor, fue la mejor decisión”.

Esmeralda y el sueño de libertad

Esmeralda cuenta con 41 años cumplidos, es madre de tres hijos de 21, 19 y 12 años. Su hijo mayor ya no vive con ella porque ya está casado y tiene un nieto al que frecuenta seguido. Actualmente se encuentra separada.

Ella creció en el campo, nadando en el río y jugando con su hermano menor, fueron más hermanos pero ellos los más chicos, vivieron más tiempo junto a sus padres. Sus hermanos corrieron a la ciudad, para buscar mejores oportunidades. Esmeralda gozó de tener una madre amorosa, su madre se dedicaba a ponerle *lunch* a su esposo y tener la comida hecha para cuando él llegara del campo, le ponía su baño y él descansaba. Recuerda a su padre como un personaje más dominante debido a su voz, la cual era gruesa y les daba miedo, además tenía cara de enojón, era huraño y no le tenían mucha confianza, pero era un hombre trabajador, desde las seis de la mañana ya estaba listo para irse al campo y se dormían a las siete de la noche porque no había nada, ni tele, ni nada que ver. A pesar de vivir lejos de sus hermanos, siguen siendo unidos, se hablan seguido por teléfono para preguntarse cómo están, incluso el año pasado, se animó a ir a Guanajuato a visitar a su hermana a la tenía años de no ver. A su madre la quiso mucho, falleció de pancreatitis hace diez años, pero ella dice que no fue eso lo que la mató sino la depresión de que su hermano mayor falleciera. Después de que su hijo murió, ella no quiso seguir comiendo, se puso débil, la mala alimentación hizo que su enfermedad agravara, hasta que murió.

Esmeralda se había separado de sus padres desde que cumplió 13 años, fue de vacaciones con su hermana al Distrito Federal hoy Ciudad de México, se enamoró de la ciudad, había televisión, había de todo, así que no regresó con sus padres. En el rancho en el que creció, la gente se enamoraba de los que llegaban de otros lados y se quedaban ahí. Esmeralda tenía muy claro que ella no quería eso, no quería quedarse en el rancho ni casarse ahí, ella quería conocer otros lugares, salir.

Al poco tiempo de llegar con su hermana, ésta la instala en una casa para trabajar como empleada doméstica, y la dejan al cuidado de un bebé. Pero después al niño se lo llevan a vivir a Los Cabos y ella se siente triste, ahora tiene que tender camas, lavar baños y planchar ropa. Después conoce a quien sería su marido. A los 18 años pocos meses antes de cumplir 19 se va de ahí para casarse. A los seis meses, queda embarazada. Esmeralda no sabía que había métodos para no embarazarse, no sabía que podía “cuidarse”. Va al médico a sus revisiones y le dan indicaciones de que tiene que comer mucho hierro, ácido fólico y calcio. Pero todo le da asco, no puede comer en casi todo su embarazo, en lugar de subir de peso, ella baja y los vómitos son constantes. Ella piensa que sólo puede comer lo que le acomode y se le antoje a su bebé y cuando éste no acepta un alimento, ella vomita.

Los problemas con su pareja se dan, porque éste comienza a ingerir bebidas alcohólicas frecuentemente, era mecánico y cuando un cliente llegaba lo invitaba a tomar y era de seguirla. Ella lo tiene que aguantar borracho y al otro día de malas porque se siente con dolores. Esto la hace sentirse molesta pero lo acepta. Cuando nace su bebé ella no sabe qué hacer, tiene problemas para darle leche y las enfermeras le dicen “ahí se lo vamos a dejar” pero ella pide ayuda porque por más que lo intenta su bebé no toma su leche, así que le tienen que dar fórmula láctea. Todo le da miedo, no sabe si cargarlo, teme lastimarlo, se siente incapaz y debido a la cesárea no puede hacer gran cosa.

Con su segundo embarazo todo se complica, su primer hijo tiene un año cuatro meses apenas, ella tiene que hacer las compras y andar cargando las bolsas, a su

hijo mayor y embarazada. Su esposo, no la ayuda porque trabaja y después se va a emborracharse, pero ya lo hace menos porque cuando se entera de que es niña su bebé, se alegra, ya que en su familia únicamente había hombres. Cuando su hija cumple dos años de nacida, el padre decide irse a Estados Unidos para mejorar la situación económica de la familia. Esmeralda se queda al cuidado de los niños y espera su regreso. Él se mantiene comunicado por medio de llamadas con sus hijos y le envía dinero a ella para la manutención de los mismos. Esmeralda lo mantiene presente, diciéndoles que va a regresar, y les enseña fotos para que no lo olviden.

Cuando su esposo de Esmeralda regresa, la adaptación se vuelve difícil, ellos se han acostumbrado a ella y a su dinámica familiar, mientras quiere llevarse al mayor al taller, el hijo quiere estar en la casa. El padre pelea con Esmeralda y le reprocha que no los educó bien mientras él no estaba, ella le dice que si quiere que ahora los eduque él. Pero la voz de él le impone, su voz y su rostro de que no se sabe si está enojado o feliz. Esmeralda se lleva mejor con su hija, todos sus hijos son amorosos pero ella prefiere a su hija porque es más centrada que los varones, además es ella a pesar de ser la hija, quien le da consejos sobre la vida.

Esmeralda sospecha durante muchos años que su marido le es infiel, este siempre lo niega. Sus hijos se muestran molestos porque él no se va de la casa y tampoco les dice la verdad. Ella espera que él de la cara, después se entera de que la mujer con la que supuestamente está, se encuentra embarazada y es cuando él decide descarsarse. Ella no quiere hacer nada hasta que él se quiera ir, pasan siete años para eso. Esmeralda se siente triste, pero piensa que no puede tener atado a nadie.

Es en la pandemia que él la deja, y sus hijos desean no tener trato con él, pero ella les dice que así sea en China o Roma seguirá siendo su padre. Él apoya económicamente a sus dos hijos menores, pero no a ella. Esmeralda, se quedó sin trabajo y sustento debido a la pandemia. Ella era costurera y nadie la quiere emplear, y los que tienen trabajo lo cuidan mucho porque saben cómo está la cosa. En un inicio le costó mucho adaptarse a la pandemia, las clases en línea se le hacían

complicadas y estar checando en los grupos de WhatsApp las tareas con su hijo era tedioso, pero aprendieron y poco a poco han ido pudiendo. Ella vende productos de Fuller, Avon, y recibe del gobierno 1600 pesos al mes que reinvierte comprando cosas para vender y poder mantenerse. Se siente feliz de poder cuidar ahora de su nieto, juega con él y le pone videos en el celular. Piensa que ha sido bonito haber podido dar vida a tres hijos, que nunca le pidieron nacer.

Sofía y el valor del saber

Sofía es abogada, tiene 24 años y es la tercera de cinco hermanas, su madre era poco afectiva y su padre fue ausente debido a que vivió en Estados Unidos. De las cosas más significativas que vivió, fue no poder hablar de sexualidad con su madre y haberse informado con sus hermanas.

Recuerda haber sentido miedo al enterarse de su embarazo, estaba en negación, su esposo reacciona tranquilo porque es mayor que ella y se sentía mejor preparado para la llegada de un hijo. Ella recuerda el inicio de su embarazo como algo horrible físicamente, lo cual repercutió en su relación de pareja. Pasando los tres primeros meses se fue sintiendo mucho mejor, el movimiento de su hija dentro de su vientre, le hizo sentir una mayor conexión con ella.

Durante todo el embarazo ella y su pareja, se mantuvieron informándose sobre el embarazo, escuchando *podcast*, leyendo y manteniéndose al tanto de la pandemia y las indicaciones que su médico les daba. El mantenerse en confinamiento y continuar preparándose, le dejó disfrutar su embarazo, aunque no salir para compartir su embarazo con su familia, le afectó anímicamente.

Ella se trató de informar para ver su embarazo de la manera más natural posible y no ponerse “paranoica” o “intensa”. Siguió trabajando en los juzgados y al sentir que tenía fugas de agua, pensó que probablemente había iniciado el parto, muy

tranquilamente le habló a su médico quien le dijo que se fuera al hospital. Se dio un baño, le marcó a su pareja para avisarle que había llegado el momento, su pareja fue quien más se alarmó pero ella se sentía apoyada por la experiencia de las mujeres de su familia y por haberse informado tanto sobre todo lo referente al embarazo.

Recuerda sentir emoción de lo que podía hacer su cuerpo al dar vida, se sentía muy cansada por todas las horas de labor de parto y está olvidando lo que significa dormir ocho horas seguidas. Lo que más se le dificultó al momento del nacimiento fue haber sentido mucha tristeza, ella dice, debido a la baja de oxitocinas. Su pareja le ayudaba con la comida pero es ella quien está cien por ciento con su bebé. Experimentó mucha ansiedad, de no poder con los cuidados de su hija, lo que más se le dificultó fue el haberla amamantado, se le dificultó y el saber que no era fácil como pensaba le hizo sentir frustrada e impotente.

No dormía bien por la preocupación de que no respiraba, dice que no era lo mismo tener a su esposo al lado porque como mujer sintió mayor angustia y preocupación. Platicó de esta situación con su pareja por lo que la situación se hizo más compleja para ella. Se sentía escuchada por él, pero no entendida y tuvieron conflictos por esto mismo. Él le recomendaba que pidiera ayuda a su mamá pero ella no lo hizo.

El primer mes fue el más difícil para ella. El contar con sus amigas de la misma edad que ella, le ayudó a sentirse un poco más entendida, saber que había más mujeres que habían pasado por lo mismo y el escuchar que ellas ya habían pasado por esa situación, le fue de mucha ayuda. Aun se siente cansada, no ha hecho las actividades que antes hacía y eso no la hace sentirse bien al cien. Se ha podido adaptar poco a poco. Extraña de su vida de antes, correr por las mañanas, cosa que dejó de hacer por completo, por la pandemia y por su hija, salir con su pareja a fiestas y reuniones, debido a los cuidados para con la recién nacida, se ha encerrado mucho más.

En el futuro ella se ve haciendo lo mismo que hace, pero está consciente de que le costará más esfuerzo. Desea que su pareja se involucre más en las tareas de cuidados, pero siente que como mujer y como madre tiene mayor responsabilidad y eso hace que deje sus oportunidades de trabajar o estudiar su maestría. Pero no descarta la posibilidad de que cuando su pareja entre con las mismas tareas, ella pueda retomar sus planes. Dentro de sus planes está el no tener más hijos.

Momento de sinceridad

A Sofía le hubiera gustado tener a su bebé en otro momento, “no me arrepiento de haberla tenido, voy a decir la verdad, pero sí me arrepiento de haberla tenido ahorita”, aunque su pareja piensa que si hubiera sabido esto, quizá ella no se hubiera animado a tener un hijo y ella piensa que quizá sea cierto eso. La pandemia agravó su situación y eso ha dificultado el disfrute de su maternaje. No le preocupan las metas que dejó de lado, porque sabe que puede retomarlas, pero monetariamente se encuentra tensa y presionada. Su hija nació en hospital particular debido a la pandemia, en pareja optaron por hacerlo así para sentirse más tranquilos respecto a la seguridad física de todos. Su carrera la capacitó para mantenerse al pendiente de sus derechos, cuestionar a los médicos sobre los procedimientos, los medicamentos y decidió cómo quería que fuera el parto.

Tiene muchos planes, sobre todo cambiar la manera como la educaron a ella, piensa romper con esos aspectos en la crianza con su hija, enseñarle formas de aprender y disfrutar la vida y ansía que tenga una relación cercana con su papá ya que ella no recuerda haber tenido ese vínculo con su padre. Para Sofía, es muy importante leer y estudiar de cómo mejorar en la crianza. Comenta que el libro “Madres arrepentidas” ha sido un apoyo grande para ella, siente que le faltaron muchas cosas por vivir sola, no quiere ver a su hija como un obstáculo, pero sabe que no podrá hacer muchas cosas de ahora en adelante debido al nacimiento de su hija. Le ha servido saber que no tiene por qué sentirse juzgada por la sociedad. Se

llegó a sentir enojada con las mujeres de su familia porque le ocultaron las experiencias difíciles y reales relativas a la maternidad.

La dinámica con su pareja ha cambiado, pero tratan de mantenerse abiertos al diálogo, su intimidad se ha visto mermada, pero están conscientes de que iba a haber cambios, y están tratando de adaptarse al nuevo tipo de relación. La maternidad para ella ha sido difícil, dice que “es como lavarse los dientes, y comer después algo que te gusta, se siente placer por comerlo, pero no sabe igual”.

Lizeth y la doble opresión

Lizeth es una costurera de 42 años, es madre de una pequeña de siete años y siempre ha sido soltera. Tuvo anteriormente dos abortos espontáneos, ella les puso nombre.

De su madre recuerda muy poco, sólo sabe que llegaba a cumplir con tareas domésticas y se iba de nuevo a trabajar. Dice haber tenido otras dos figuras maternas. Una de ellas es una hermana que tuvo tres hijos, Lizeth vive un gran apego con ella desde los 11 años hasta los 21, y recuerda con dolor cómo la regañaba, le deshacía la cama si no quedaba bien, o la ponía a lavar los trastes de nuevo porque era muy limpia. Lizeth siente que esto la marcaría de por vida sintiéndose frustrada. Ella le llegó a comentar a su madre del maltrato que recibía por parte de su hermana, pero su madre le dijo que era necesario que cuidara de los niños, así que no la pudo liberar. Lizeth no siente haber tenido una adolescencia feliz, tuvo que cuidar de tres niños que no eran suyos, y por lo mismo no pudo hacer amigos ni salir.

La otra mujer que cumple una función materna en su vida es su hermana mayor, quien es amorosa y la entiende, la apoya en sus travesías y la apapacha. Lizeth la

considera su cómplice y no se siente juzgada cuando platica con ella, además es esa hermana quien es la proveedora económica de la familia y la admira por esto.

A los 21 años se libera de su hermana que la maltrataba y se va a vivir con su madre de nuevo, es ahora Lizeth quien es la proveedora económica. Siente que se ha convertido en el esposo de su madre, pero la relación cambia cuando Lizeth queda embarazada. Recuerda que su madre comenzó a sentir mucho enojo y celos, porque sentía que iba a perder su sustento económico. Lizeth no puede creer cómo una madre, puede ser así con sus hijas, lamenta que no le interesó su persona cuando tuvo sus abortos, y no la consoló ni mostró ninguna afectación emocional.

La madre de Lizeth juzga a sus hijas constantemente, les reprocha no haberse casado o tener relaciones amorosas con hombres casados. Pero Lizeth dice que los errores que cometieron ella y sus hermanas, fueron por buscar amor, porque sólo eso deseaban. Ellas han hablado con su madre de esta situación, pero su madre las ve como enemigas, no quiere asistir al psicólogo con ellas, y les dice que todo lo que le hagan lo pagarán con sus hijos. Lizeth siente que esta maldición tal vez un día se cumpla, y piensa que si su hija la llega a tratar mal en el futuro, se morirá de tristeza.

Zona de guerra y un barco sin capitán

En la casa de su madre, viven todas las hermanas y hermanos, no tienen privacidad, sólo los divide una pared y ella dice que son peleas del diario, se siente subordinada, a sus 42 años no siente la libertad ni de comer lo que a ella se le antoja, pues su sueldo se lo entrega a su madre quien administra todo y les prepara los alimentos que consumen. Si Lizeth decide darse un gusto y cocinarse algo, su madre se ofende y comienzan las peleas, pero es su madre y es su casa, así que Lizeth siente que no puede opinar ni decidir.

Lizeth tiene ganas de irse, su hija le pide un espacio para tener su cama o sus cosas, pero ella siente que si se va, es como si abandonara a su madre quien depende de ella, y no quiere enseñarle a su hija esto porque lo podría repetir en el futuro. Aun así, ante los ojos de todos, Lizeth y sus hermanas son las malas, puesto que su madre se encarga de quejarse con todos los vecinos. Las peleas también son, porque la hija de Lizeth se lleva muy bien con su abuelo. Su madre no quiere que mantengan comunicación con él, y regaña constantemente a la pequeña por quererlo, pero Lizeth dice que su hija lo ama porque busca la figura paterna que no ha tenido.

Los padres de Lizeth viven en la misma casa, pero no juntos. Hace años se separaron porque su padre no aportaba nada económicamente y siempre ha sido muy flojo. Un tiempo, ellos dos comenzaron a tener una relación cordial, aun cuando ya no fueran pareja; su padre se sintió “conchudo” y comenzó a platicarle a su ex esposa de una relación que estaba iniciando, fue ese el momento donde comenzó la guerra. Ahora su madre no lo soporta, si lo ve entrando a la cocina le dice groserías y le grita, pero él entra come y se va. La madre de Lizeth les reclama a ella y a sus hermanas por permitirle que coma, que lo dejen entrar a la cocina, pero ellas no quieren tomar partido, dicen que son sus problemas y ahí no hay nada qué hacer.

Lizeth siente que su madre está enojada con la vida y dice no ser para menos. Su madre quedó viuda de un hombre alcohólico con quien tuvo tres hijos, recibió muchos golpes y malos tratos de él. Después se casó con el padre de Lizeth con quien procreó otros cuatro. Para ella no hay distinciones con sus hermanos, pero dice que los hijos del primer matrimonio, se quejan mucho de los del segundo, los hacen menos y sienten como que les arrebataron algo. Lizeth siente al contrario, que ellos fueron quienes les quitaron una carga puesto que los del primer matrimonio nunca se enteran si se enferma su madre, nunca la han apoyado ni saben de las penurias que han pasado.

Entre todas se cuidaron, su madre estaba pariendo al mismo tiempo que sus hermanas más grandes, así que Lizeth tiene sobrinos de su misma edad. Las mayores están molestas porque su madre las colocó a trabajar en casas desde los nueve años. Lizeth es la que se ha encargado de unir a los hermanos, los invita a Navidad y hace lo posible por mantenerlos unidos, dice que nunca tuvieron líder ni quien los quisiera unificar, que ellos por separado han aprendido cosas bonitas de otros lados y lo han llevado a su hogar para tratar de conformar una familia. Pero su madre se resiste.

“Dicen que cada quien es responsable de sus propios actos, pero yo no lo creo”. Lizeth se siente como un animal, que sólo busca afecto, quien la quiera, por lo mismo no se siente directora de su vida. Se ve a sí misma como una mujer amargada y frustrada. Trata de estar de buen ánimo, se le ven unas ganas de salir adelante, pero es como si por dentro no pudiera ser capaz de hacerlo. Dice que como animal uno se encuentra cazadores que se aprovechan de uno, y ella se ha encontrado con varios.

Nunca les enseñaron nada de la vida, no tuvo quien le hablara de lo que era bueno y lo que no, así que Lizeth se ha fijado en hombres casados, ha sufrido mucho porque entiende ahora que buscaba pareja desde la carencia, desde la falta. Dice sentir más consciencia en su vida, quiere ser una mujer completa para tener un hombre completo que la quiera de verdad.

El padre de su hija fue su tercer novio. Lo conoció después de haber sufrido un aborto y ella se sentía vulnerable emocionalmente. Cuando lo conoció le cayó mal, pero fue la única persona empática con ella en donde trabajaba. Sabía que él era casado, pero él le aseguró que con su esposa la relación había terminado hace tiempo. La pareja anterior de Lizeth era casado también, así que ella se negó a iniciar si tenía que esconderse. Antes no sentía merecerse nada, puesto que era la amante, no quería seguir viviendo así.

Para comprobarle que no tenía que temer, él accede a salir públicamente con ella. Tuvieron un noviazgo muy bonito, él le compraba flores, peluches, todo lo que ella nunca había vivido, y se sintió muy agradecida por tener esa oportunidad, era su príncipe azul. Más tarde en el trabajo le comentan que él es un hombre muy mujeriego, que saben que anda con otra mujer que vive cerca. Ve nacer en ella un sentimiento que nunca antes había experimentado.

Empiezan los celos desmedidos y los problemas, se siente demasiado comprometida emocionalmente como para soportar algo así. Él la calma diciéndole que se va a casar con ella y la va a llevar a vivir a su propia casa. Ella le pide que él sea el padre de sus hijos, puesto que había pasado por un aborto y la presión de sus 30 años la tienen ansiosa. Él acepta.

A los tres años de relación, ya vivían juntos en la casa de los padres de Lizeth, ella queda embarazada, se siente feliz, no fue un embarazo planeado pero sí muy deseado. Un mes después, aborta. No hizo duelo, se fue a trabajar de inmediato, además de su trabajo tenían un negocio juntos, pero no iba bien, ni el negocio ni la relación. Días más tarde se entera de que la mujer con la que decían que andaba su pareja iba a tener un hijo. Hasta la fecha dice que él se lo niega, pero el hijo sí existió. Eso la devastó, el hecho de saber que otra iba a tener el hijo que ella tanto anhelaba. Se planteó terminar la relación, pero no se sentía con ganas de iniciar algo nuevo con alguien más, ya había invertido tres años de su vida con él ¿cómo empezar de nuevo?

Presiones y deseos

Mientras continuaban juntos con su negocio, se dividían a mitades las ganancias, aun cuando Lizeth es quien trabajaba e invertía más, ella trabajaba como costurera y duplicaba esfuerzos por salir adelante, pero no tenía tiempo para nada más. Un día salió al centro por cosas, y se lo encontró paseando con otra mujer. Él pasó de

largo. Ya no la presentaba como su pareja sino como su empleada y esto la lastimaba muchísimo.

Ante los problemas y reclamos él cambia, ahora ya no está dispuesto a seguir con ella sin hijos, como una vez le había prometido. Le dice que sin hijos para qué seguir juntos, y ella siente una presión más grande que se une al deseo incontrolable de ser mamá. Asiste con un médico para recibir tratamiento y quedar embarazada. Al año por fin lo logra. Al poco tiempo, ella tiene sangrado y aparece el miedo de abortar de nuevo. Le avisa a una de sus hermanas que va a abortar de nuevo y esta la lleva al médico. Le dan reposo absoluto por tres meses y más tarde un problema de vesícula la lleva al quirófano. Él desaparece. No dio explicaciones, no dijo nada, pero no estuvo cuando el momento de pagar los gastos de hospitalización llegaron. Ella paga todo.

En recuperación ella recurre a los mejores recuerdos que tiene de él para sobrevivir, no logra entender qué pudo haber pasado, pero en cuanto ella vuelve a trabajar, él aparece en escena sin explicar qué pasó. Se volvería una dinámica no reclamarle nada, por miedo a que desapareciera de nuevo. Se vuelven a dividir los gastos mitad y mitad, pero ella le pide que aparten un resto de lo que ganan para la niña que esperan, ya han visto el ultrasonido y ambos se sienten contentos.

Ella está feliz porque de sus otros hijos no vio un ultrasonido y siente que esto le brinda una luz que antes no veía. Vuelven a salir juntos de la mano y siente tener un lugar de nuevo en la vida de él. Respecto del dinero, él le dice que no hace falta apartar, porque llegado el momento, él le pagará los gastos y se hará cargo. No fue un embarazo que disfrutara a pesar de haberlo deseado tanto, los problemas en pareja continuaban y se sentía culpable de no poder brindarle a su hija, mejores condiciones de las que ella tuvo. Su madre tampoco la apoyaba, nunca la dejó tocarse su panza porque le decía que eran ridiculeces, así que calla su amor y su ilusión.

Tiempos difíciles

Cuando su hija nace, nadie apoya a Lizeth, su madre le dice que es su problema y no le ayuda a cuidar a su hija, él desaparece de nuevo, así que ella comienza a trabajar a los 20 días de haber tenido una cesárea, tenía que trabajar para pagar la operación, estaba endeudada porque no quiso que la atendieran en un hospital público y sufrir una negligencia, debido a que le había tocado ver un caso así con una embarazada de la cual ya no supo nada.

Tres años le tomó pagar la deuda del nacimiento de su hija y fueron tiempos de dolor y frustración, se llevaba a su hija al cuarto donde hacía su costura, un día lloraba sin parar y no sabía cómo calmarla. La apretó fuerte y se arrepiente cuando lo recuerda, pero no sabía qué hacer. Una de sus hermanas destapa a la bebé a quién tenía demasiado abrigada porque donde trabajaba hacía mucho frío y se calma. Lizeth se sentía muy tonta como madre y en todo. Le regresaban sus cortes porque no hacía su trabajo bien, debido a la presión, a los tiempos y esto sólo la frustraba más, cuando lograba ganar un dinero, lo ocupaba para atender a su hija quien enfermaba constantemente. Él regresa a su vida, pero para llevarse lo poco que gana, la deja horas esperando para darle un poco para pañales y leche, y sólo la busca cuando quiere sexo.

Actualmente la relación con su hija es buena, la ama mucho y su hija es muy empática, le platica que tiene sueños de ganar mucho dinero, a Lizeth le preocupa que su hija es muy miedosa, se culpa porque cuando tenía tres años le exigió demasiado, quería que estuviera siempre limpia y quieta. Le dice que juntas van a luchar, que no van a permitir que nadie se pase de listo.

El miedo de su hija, Lizeth lo comparte, se ve como una madre bruta, tonta y que no es capaz de darle lo necesario a su hija para salir adelante. Está enojada con su madre quien nunca le perdonó ni un gasto. Piensa que si todo el dinero que ganó lo hubiera ocupado para ella, otra situación tendrían. Con su hija ha aprendido a ser

cariñosa, le enseña que si tiene ganas de dar afecto que lo haga, que no se reprima, no quiere repetir lo que a ella le tocó vivir. Sólo una vez le pegó y de ahí prefirió platicar y dialogar.

Su hija le pregunta por su padre a quien pocas veces ha visto, le pregunta si cree que las ame, Lizeth le contesta que sí, aunque se siente tonta de apenas poder notar, que nunca las ha querido. Nota que su hija está conforme con lo que le da, pero esto a ella le molesta. Quiere que su hija no sea mediocre, que no se conforme, que se convierta en una mujer segura para que ni un hombre le vea la cara.

No ha visto la pandemia como algo negativo en la relación con su hija, ya que siente que puede tener más tiempo a su lado, tiempo que antes no tenía. Pero económicamente no está bien. No tiene trabajo porque no hay nada que hacer. No hay escuela y no tiene pedidos de uniformes ni de disfraces, nada de trabajo en la costura, pero trata de vender algunas cosas para sacar dinero. Su hija la sorprende constantemente, le da ideas de negocios todo el tiempo. Si comen *hot dogs*, le dice que le quedaron buenos, que pongan un puesto, aun no emprende ni una propuesta porque tiene mucho miedo de fracasar. Expresa:

“Yo emocionalmente pues no me reconozco como alguien valioso, como alguien necesario para el mundo, o sea si yo no estuviera no pasa nada, no creo que pase mucho, pero hoy sé que soy importante porque tengo una hija, y por ella quiero darme, quiero reconocirme como esa mujer importante, quiero ser valiosa, quiero ser valiente, quiero ser una mujer esa mujer completa. Porque ella también un día va a volar, y el día que ella vuele, quiero quedarme también completa, yo no quiero atarla a mi miedo y a mi miseria, quiero que ella vuele, que se vaya segura de que yo voy a estar bien aunque ella no este, no quiero ser una carga para ella, espero y quiero trabajar en mí, para darle lo que yo hoy no tengo como hija”

CAPÍTULO IV. Dolores de parto

La historización de las mujeres

“(...)
No hay justicia que no hagas por ti misma
es mejor que comiences a prepararte.
Aquí estamos otras,
nosotras,
clandestinas,
Soterradas,
Silenciadas.
Sin embargo, estamos:
inventando cómo descorrer el cerrojo,
afilando la lanza,
aprendiendo a tirar piedras a sus cabezas,
a patear genitales.
Ármate mujer.
Es preciso, estar listas para la revuelta.”

Patricia Karina Vergara Sánchez

La historia, es el territorio donde se hace posible analizar las diferencias y desigualdades del juego de los sexos a partir de patrones de trabajo. Todo lo referente a la maternidad no es más que trabajo, y llamarla por lo que es: trabajo, implica un reto para el intento de ver las prácticas de las mujeres, como si fueran naturales, producto de su sexo. Se trata de dejar de igualar trabajo femenino con familia (Lau Jaiven, 1998).

Por lo tanto, la reconstrucción histórica de las mujeres, no tiene que ver, como en los libros de texto, con hacer un recuento de las experiencias vividas por ellas, una enunciación sin sentido de los eventos en sus vidas, sino que se trata de entrar en contacto con el mundo social de ellas, de comprender y conocer las representaciones sociales que las han formado, lo cual implica entrar en relación, con los cuerpos, con la manera de expresarse y con las formas de vivir, es reconocer la subjetividad de las hablantes (Lau Jaiven, 1998). La historia de las mujeres, es el intento de visibilizar las estructuras subyacentes que establecen las posibilidades vitales de las mujeres en diferentes épocas.

Llevar a cabo el análisis de los relatos que dan cuenta de las realidades de las mujeres que son madres, permite brindar una nueva forma de acercarnos a la verdad, libre de juicios, de prejuicios, mismos que han sido parte del acercamiento masculino a partir de la verticalidad, de la unilateralidad y de la desinformación, donde la mirada surge a partir de la dicotomía buena/mala madre, que busca encaminar las prácticas de las mujeres a estándares inalcanzables, inalcanzables por negar la complejidad constitutiva de los seres humanos, porque pretenden sustituir por un ideal (imaginario) creado desde lo masculino, a las mujeres reales que habitan una realidad concreta, como agentes de la historia. Estándares que no se exigen de manera equitativa para los hombres.

Esta insistencia en la dicotomía masculino/femenino no consiste en dos polos opuestos o complementarios sino en una relación jerárquica en donde lo masculino somete a lo femenino. Así pues, el intento va en debatir lo real, la cotidianeidad de las mujeres y sus aconteceres reales. La contextualización de las realidades no sólo va en mostrar los tiempos en que se han vivido las experiencias expresadas, sino en poner en la mesa, los sentires, las emociones, en perder el miedo a acercarnos a la idealización, a las fantasías y a lo individual. Perder el piso estable de la generalización y a la rigidez en el categorizar.

El poner sobre papel una estructura fija de las eventualidades que se nos presentan, da seguridad claro que sí, es un reto el frenar la mente de la búsqueda de patrones que se adecúen a las realidades múltiples y diversas, se nos enseñó de pequeños que los cubos, los círculos y los triángulos tenían un lugar de entrada en ese bote lleno de figuras geométricas, y aun cuando uno descubriera la forma de meter una figura por un orificio que no era, nos corregían diciendo “este no va ahí”.

Desobedecer, no ha salido tan caro como obedecer. Y creo que el intento, vale la pena. Nuestras formas, no son las mismas formas, nuestros intentos de contacto con la realidad desde otro espacio, son no sólo válidos sino que son certeros. A las mujeres se nos ha exigido cumplir con expectativas muy altas, se nos ha exigido

encajar en las aberturas de una caja en la que no está nuestra figura, porque nuestra forma no es una.

Se nos ha exigido pensarnos de una manera en la que no somos, actuar de una manera en la que no estamos cómodas y en la que no obtenemos nada a cambio, a estar de acuerdo, a asumir, a creer y a introyectar todos los mandatos patriarcales, heteronormados, capitalistas, misóginos y androcéntricos, a aceptarlos como nuestros y a borrarlos hasta llegar a desconocernos cuando no somos lo que se nos dijo que teníamos que ser. Se nos ha pedido ponernos el disfraz de mujeres, de madres, para ocupar un lugar que se nos ha vedado.

Vamos entonces, a empezar a desobedecer, a desencajarnos, a vernos con nuestros ojos de mujer y a descubrir que todo lo que se nos había enseñado, no era así. Dejemos de perseguir al conejo blanco, que ni sabe para dónde va.

Desmitificando el deseo

No basta, con el análisis, con la denuncia de los aspectos sociales de la maternidad, pues es preciso quitarle lo natural al deseo de tener un hijo, deseo que se hace a partir de querer sentirse plenamente como mujeres, de querer alargar los años, de querer dar un regalo a la pareja, de querer afianzar un matrimonio, de querer compañía, de querer dependientes a quienes atender.

El deseo de ser madres o de tener hijos (que ya dirá el psicoanálisis no es lo mismo) esconde motivaciones egoístas, hedonistas, oportunistas, maquiavélicas y funcionales (Lamas, 2001), pero también motivaciones inconscientes, y desconocidas por ellas mismas, motivaciones que son más miedos y frustraciones con ellas mismas, con su vida y con sus relaciones.

La desmitificación del deseo materno, sólo será posible deconstruyendo los símbolos asociados con la maternidad, símbolos que remiten a una esencia de lo femenino que envuelve placer, dolor, amor, victimización, alegría y sacrificio como si estuvieran ligados a la naturaleza de las mujeres. Así, los dolores emocionales se aceptan como se aceptan los del parto y el sufrimiento se recibe con amor, como si fuera imposible escapar este destino (Lamas, 2001).

Decía Rosario Castellanos (1992, p. 289), que “la mujer mexicana no se considera a sí misma –ni es considerada por los demás- como una mujer que haya alcanzado su realización si no ha sido fecundada en hijos, si no la ilumina el halo de la maternidad”. Las mujeres buscarán al momento de ser madres, que surja de ellas la diada famosa de “instinto” y “amor materno”. Y es cuando estos no se presentan, que se preguntan si algo no funciona bien con ellas, como si estuvieran averiadas de nacimiento. Se desencadena la culpa, la tristeza y la frustración.

Comenta Lorena al momento de conocer a su pequeño: “Pensé que sentiría un amor desbordante y que el instinto de mamá saldría de inmediato, no fue así, mi amor estaba lleno de embeleso, incredulidad y mucha torpeza” (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021).

Porque se vive la contradicción entre lo dicho, ese saber que circula en el mundo social y del que no se duda, esa sabiduría que tenía la certeza de que algo deben sentir las mujeres y, sin embargo, la experiencia concreta es otra. ¿Cómo es posible? O la Sabiduría está mal o es la propia mujer la que está mal. Y cómo compartir esa experiencia, cómo mostrar el defecto, así que no queda otro camino más que el silencio, el ocultamiento o la negación de la propia experiencia.

El discurso impuesto desde afuera el que tiene la legitimidad, el que tiene la dignidad para ser portador de verdades. La propia experiencia no puede ser portadora de verdad, la propia experiencia es vista como falsa. La certeza posible de lo

experimentado es negada. Sólo la verdad externa es vista como Verdad y con ello se niega (se desconoce) lo propia existencia.

Y Sofía lo experimentó así:

Y era la que tenía que estar 100 por ciento con la bebé, entonces se me juntó el cansancio, la tristeza, como que experimenté ansiedad, sentí como que si no pudiera, como que me sentí incapaz de poder hacerlo. Y más porque sobre todo se me dificultó con la bebé la cuestión de amamantarla. Siempre yo lo vi, quería hacerlo, quería amamantar a la bebé, pero es muy complicado, realmente no es tan fácil, entonces al principio no lo logré, y eso también como que me afectó mucho (Sofía, entrevista, 24 de enero de 2021).

Porque la sabiduría dice que la maternidad es fácil, natural. ¿Cómo puede no serlo si se supone es el destino de toda mujer? ¿Qué le queda a las mujeres sino sospechar de la propia incapacidad? Si ante estos temas el único discurso expresado compulsiva y automáticamente, es el que asegura que la maternidad es natural, como el respirar mismo.

Sofía expresa su deseo de adecuarse a ese ideal, y la frustración por el incumplimiento de ese anhelo. Ante un ideal que presenta la experiencia como fácil (sin serlo efectivamente). Al agotamiento de tratar de experimentar como nos han dicho que se debe experimentar, se suma la frustración de no lograrlo, alejando cada vez más la experiencia concreta de su expectativa.

La idea de ese instinto y de ese amor, no sólo se esperará que surja dentro de ellas mismas, sino que lo exigirán de sus madres. La “frialdad materna” tendrá repercusiones impresionantes en el desarrollo de la identidad de las hijas. Resulta interesante la fuerza de esta imposición, la de la idea de una maternidad natural, fácil y sobre todo gozosa, considerando que no solo la propia experiencia contradice

dicho ideal, sino que las experiencias con la propia madre también implican una contradicción entre la realidad concreta y sus esperanzas. Aquí y allá, las experiencias de las mujeres se muestran contradictorias con respecto a esos discursos e imaginarios impuestos y a pesar de ello las mujeres, una y otra vez, evitan pensar esa contradicción, dudar de esas supuestas verdades.

Recordemos cómo a partir del surgimiento de los textos de psicología desde el Siglo XIX encaminados a direccionar las “buenas” y “malas prácticas de la maternidad” (Palomar, 2004), las madres son moldeadas y aleccionadas sobre los beneficios de una buena crianza, pero también son advertidas de las consecuencias que su mal actuar tendrá sobre su descendencia. Y desde esta perspectiva las “malas madres” son las que abundan, y a pesar de esto, a pesar del constante encuentro con una realidad concreta que contradice el deber ser, se mantiene la idea de que la maternidad es natural.

Aun hoy, pululan las tesis que van dirigidas a las prácticas educativas en los hogares, las tesis que tratan de indagar las afectaciones de la crianza en el desarrollo psicológico de los infantes. También a la descendencia se le aleccionó, en calidad de hijos e hijas a demandar cariño, un ideal de padre, pero sobretodo de madre que los haría emerger como seres plenos y bien desarrollados. El “amor materno” entonces, se buscará toda la vida, si no fue la madre, será la abuela, la hermana o hasta la pareja quien tenga que darlo.

Con mi madre, fue fría la relación, fue muy distante porque ella trabajaba todo el tiempo, recuerdo que hasta los sábados medio día y todo el día estaba fuera. Entonces no hubo una relación así de, acercamiento con ella y la figura materna que realmente pudo haber fungido esa figura fue mi abuela materna, que vivió con nosotros toda la vida. Pero desde muy temprana edad, me di cuenta de que, por un momento yo la sentía mi madre y todo eso. En un tiempo le decíamos mamá, pero mi papá nos obligaba a decirle abuela, y si pudo haber un sentimiento de verla como mamá, pero

ya después en algunas situaciones fue de las primeras personas en la vida que vi la traición y la manipulación y el dominio. Entre ellas dos, yo había decidido en la vida, jamás casarme ni tener hijos (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Y es que la madre debe ser buscada. Es necesaria como sostén de la estructura subjetiva. Es como una búsqueda incesante de lo que se nos ha prometido pero que no llega, que no es que nunca ha sido.

Al respecto Lizeth cuestiona:

No puedo entender que una madre se refiera así cuando me veía llorando por los abortos que había tenido, y por el deseo tan grande que yo tenía de ser mamá. Y que el día que eso pasó, ella se alegraba, eso me marcó, y al ser mamá, también me doy cuenta de que no tuvo, no ha tenido empatía con mis demás hermanas en lo que nos ha pasado, ella nos juzga (Lizeth, entrevista, 22 de enero de 2021).

Porque esa función de la madre, la de asumir un lugar pero con ello indicar, también el lugar de los otros. Aun desde el desventajoso lugar que le es asignado, la madre ejerce un poder para dirigir el lugar de sus hijos e hijas. A estas últimas para que se mantengan dentro de los límites posibles. Así pues, la “frialdad materna”, será vista como inverosimilitud ante los ojos de las crías, quienes tratarán de entender el porqué del accionar de sus madres, al mismo que buscarán las formas de alejarse del mismo accionar debido a los estragos que ha dejado este tipo de crianza en ellas. Mientras que la paternidad no se cuestiona, en cambio, se naturaliza que cuando mucho sea una paternidad donde lo económico sea provisto aunque emocionalmente estén ausentes (Puyana & Mosquera, 2005).

También es una imposibilidad de ver que aunque el discurso indique que la madre “es sólo amor incondicional” es también (aunque se perciba constantemente sin

percatarse de ello) un ubicarse en un lugar, en una expectativa para con ello marcar los lugares de quienes le rodean. Es un punto de referencia. Es como diría Bourdieu (1998a) estructurada y estructurante a la par.

La no repetición se volverá un nuevo objetivo a perseguir por la firme decisión tomada de ser “buenas madres”. Pero el malestar de esta contradicción vivida puede llevar al deseo de liberarse de esa situación. El malestar está ahí, y puede llevar a la resistencia. Y donde hay poder también hay resistencia (Foucault, 1979). Esa liberación puede asumir (dado que cambiar el pasado es imposible más que a través de la negación, del olvido o de la resignificación), la forma de un proyecto futuro. No ser como mi madre efectivamente fue, ser como mi madre debía haber sido.

Respecto a las repercusiones de dicha frialdad Andrómeda lo resiente de esta manera:

Repercutió en las relaciones de amistad, o de noviazgo, con el único novio que tuve (ríe). Sí repercutió ese entorno para mis sentimientos, y las decisiones que tuve, me llevó muchos años aterrizar muchas cosas y darme cuenta de que no era así como ellas decían, sino que yo valía y que lo que pensaba pues estaba correcto y lo que yo quería decidir sobre mi vida era lo que debía haber sido (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

En esta frase se expresa la vivencia de una realidad que contradice lo que nos han dicho que era. Aquí se expresa esa capacidad de agencia. Las mujeres son sujetos de la historia, no receptoras pasivas del poder. No son arcilla moldeable a voluntad del sistema que habitan. Una y otra vez descubren vías para ser ellas mismas (algunas de estas vías son, por supuesto, más afortunadas que otras). Pero la capacidad de autonomía de las mujeres se manifiesta una y otra vez en el discurso de nuestras protagonistas.

Y añade:

Cuando yo quería abrazar a mi mamá me decía "aléjate, aléjate", la autoestima yo la sentía muy baja, en el sentido de qué tengo yo de mal, que no soy aceptada ni siquiera por mi mamá, y ella era de decir "por qué no eres como la vecina, como la prima, como fulanita" y yo desde ahí empecé a decir "qué tengo mal, o sea, que no me acepta ni mi propia madre" (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Porque del relato más difundido que nos dice que la madre da amor incondicional, las experiencias como hijas, muestran que ese amor no se da sino en la medida en que se responde a la expectativa. Ser como alguien más, dejar de ser lo que se es, y por tanto saber consciente o inconsciente de que no se es amada sino que se ama lo que se finge ser. Las mujeres disfrazándose de lo que no son (La Mujer primero, La Madre después) para ser merecedoras de amor, un amor que al final de cuentas no está dirigido a ellas, sino a su disfraz.

Lizeth menciona sobre la necesidad de afecto en su infancia:

Pues yo siento que esta persona tan amargada y frustrada que soy, es por todo lo que me faltó, y no debería de justificarme porque a cierta edad dicen que uno se vuelve responsable de sus actos, pero no creo que sea así, porque es uno inconsciente, uno es como un animal que ve apapacho y va, pero se encuentra uno con cazadores que abusan de eso (Lizeth, entrevista, 22 de enero de 2021).

Y sin embargo, esa otra imagen que se exige, la de la mujer adulta y responsable, es también fingimiento. Como experiencia íntima, la sensación de ser una niña necesitada de un amor materno que se niega, permanece a través de las décadas. Pero también aparece la duda ante esos cuentos que nos cuentan, un "pero no creo que sea así". La contradicción es demasiado obvia para ser negada.

La maternidad, posibilita un cierto ejercicio de poder, un accionar a un lugar reconocido, a ser alguien, a apropiarse de un lugar inapropiado: el de los hombres. Para muchas mujeres, la maternidad representará la única oportunidad de acceder a un lugar de poder, aunque sea dentro del ámbito de lo privado, sobre todo cuando el lugar público, el de oportunidades de prestigio, de remuneración, les ha sido negado. Se buscará así, la aprobación de la pareja, la ofrenda serán los hijos, un regalo, con la esperanza de obtener un lugar de aprecio, de satisfacción que les haga sentirse apreciadas, amadas o necesitadas.

Antes de que llegara yo a los siete meses [de embarazo], él estuvo ahí. Era atento, me platicaba, me tocaba mi panza, me mandaba mensajes que me amaba, que amaba también a nuestra hija. En ese tiempo sí era atento, si íbamos por el trabajo, me llevaba de la mano, era juguetón, sí nos la pasábamos bien. Recuerdo nos la pasábamos padre, comíamos juntos. Yo era tan feliz teniéndolo ahí, servirle de comer, verlo todo el día, o sea yo era súper feliz. Para mí, mi mundo estaba completo cuando yo estaba con él (Lizeth, entrevista, 22 de enero de 2021).

Y se rememoran ciertos momentos, pocos en general, fugaces, para encontrar en el propio relato la justificación del actuar. El autoconvencimiento de que el esfuerzo en convertirse en ese ideal ha valido la pena. Que es posible, por ese camino de antemano trazado por voluntades externas, alcanzar la felicidad.

Para Andrómeda fue algo similar en cuanto a la reacción de su pareja:

Yo lo busqué a él, le hablé, le dije "sabes qué, pues ya sabes que estoy embarazada hay que hablar" y ya me puse en la disposición de decir, pues vamos a echarle ganas, vamos a resolver las cosas y ser una familia. A lo mejor esto es lo que nos falta para ser familia, porque nos llevábamos muy mal, y así le hicimos y el embarazo estuvo súper bien, él sí me consintió,

me compraba la fruta, la ropa y todo eso (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Esta experiencia aparece con cierta frecuencia. La de un trato especial a la mujer embarazada. También hay ahí una exigencia a dar un trato a la embarazada, una atención que no tuvo antes y no tendrá después. Porque el lugar social de las mujeres como madres, no sólo lo experimentan ellas sino que son las parejas quienes refuerzan esa valía moral y social, aun cuando después de parir ya no sean vistas de la misma forma. Y ese lugar social es una combinación compleja de atención y vigilancia, en ciertos momentos, y el olvido, el abandono en otros. Exaltación de su valía y crítica de sus fallos. Los pocos momentos de apoyo exaltado no alcanzan a compensar esos periodos en que se les deja a su suerte, para cumplir con su deber con sus propias fuerzas, que deben de bastar, pero que nunca bastan.

Dice Lorena: “Con mi pareja nos hemos distanciado muchísimo, pero nos unen las actividades que tienen que ver con el pequeño, me siento más madre que esposa y extraño ser la esposa, pero hay mucho que sanar” (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021).

A partir del embarazo se da una reestructuración de las relaciones familiares pasando del lugar de esposa (lugar de altas exigencias) al lugar de madre (lugar de exigencias aún mayores).

Esmeralda recuerda cómo reaccionó su esposo:

Pues él se puso contento, pero él tomaba, como trabajaba con un tío en un taller, llegaban luego clientes y no faltaba que le invitaran. Cuando se podía él tomaba. En vez que me dedicara tiempo, llegaba borracho y ve que cuando toma uno pues luego los malestares, le dolía la cabeza, se sentía mal (Esmeralda, entrevista, 25 de enero de 2021).

Aquí los momentos fugaces de atención y alta valoración de la mujer-madre seguidos del abandono pues en ella misma quien debe soportar esa carga “maravillosa”. La maternidad, entonces, transforma y trastorna la vida de las mujeres. Es un sacrificio de su vida tal y como la conocían (aunque lo educado sea negar que dicho sacrificio exista), para entrar a una red distinta de relaciones sociales en las que las demandas son mayores, el apoyo menor y las fallas duramente criticadas. Mientras que las parejas varones, tienden a mantener sus relaciones intactas, no hay pérdida en su caso, no hay renuncia, no hay duelo, no hay sacrificio (al menos no en el grado exigido a las mujeres). Conviene explorar esas ideas de sacrificio: Las mujeres se sacrifican (¿voluntariamente?) o a las mujeres las sacrifican.

Así, para muchas de ellas, la maternidad establece un espacio en el que son apreciadas, en el que son capaces de dar solución a sus problemas domésticos, y en el que logran un poco de poder.

La maternidad como ofrenda de amor femenina por excelencia, cobra muy caro a las criaturas la exclusión social de sus madres. La maternidad funciona paradójicamente como una “doble coerción”: hace vivir a las mujeres, de manera simultánea, una subordinación a los poderes establecidos en la sociedad y al disfrute de un poder casi omnipotente sobre los hijos. Al ser la maternidad un papel social con prestigio, nadie cuestiona su ilimitado ejercicio del poder (Lamas, 2001, p. 26).

Esto derivará en actitudes de dominio frente a la descendencia, un apropiamiento de los hijos ya sea a partir de la tiranía o de la sobreprotección. Marta Lamas (2001) reconoce al respecto, a la maternidad vista como problema humano (que atañe al ámbito de lo social), y la maternidad como problema existencial de las mujeres (que atañe al ámbito psíquico), aunque la mayor de las veces ambas sean indiferenciables.

Daniela recuerda la sobreprotección de su madre, aun estando en otro país:

Yo creo se debió a que siempre nos mantuvo con ella, y si lo consideras como un plan macabro, fue como "no voy a dejar que ellos sepan hacer nada para que me necesiten en algún momento". Porque para tenernos así de, que si se ponía una nube nos abrigaba como si de veras, siento que es como un plan macabro de decir en pocas voy a hacerlo en pocas palabras, que me necesiten en algún tiempo. Cuando ella se va, nosotros no sabemos nada literalmente y otra vez mi mamá comienza a tomar la batuta (Daniela, entrevista, 23 de junio de 2021).

Lorena quien gozaba de una relación afectiva con su madre, cambia su situación al convertirse en adolescente, su madre se transforma en sobreprotectora:

En ese entonces, yo la veía como una madre que se la pasaba trabajando y que solo llegaba a molestarme, a meterse conmigo y no dejarme en paz, me enfurecía que yo era una persona extremadamente bien portada, responsable, alumna de excelencia, sin ningún vicio, honesta con ellos y aun así, ella no confiaba en mí para dejarme salir de fiesta con mis amigos (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021).

Y Ana lo experimentó así como madre:

Con mis hijos siento que los regañaba mucho de chiquitos, mi hijo cuando empezó a crecer y empezó a ir al preescolar como era muy travieso, sí me lo sonaba, con él sí batallé más, con mi hijo el grande. Con mi hija no, porque pues era más tranquila. A la fecha más tranquila. Pero a los dos, hasta la fecha les gusta que los esté abrace y abrace (Ana, entrevista, 30 de enero de 2021).

Toma de decisiones. El mandato cultural de la maternidad

Hablar de la maternidad como una práctica cultural implica reconocer que el sentido de dicha práctica, proviene del contexto, histórico, social, cultural y económico en el que se lleva a cabo (Palomar, 2005). Implica desentrañar los mandatos sociales que determinan el surgimiento de los “deseos de ser madre”, incluido el “deseo de ser buena madre”.

Cuestionar los estereotipos y roles designados, es cuestionar las desigualdades históricas, es movernos del lugar de la aceptación del sentido común, al de la sospecha, al de la duda. Muchas madres logran en la actualidad, desempeñarse profesional y personalmente sin la necesidad inherente de ser madres. Pero muchas tantas, continúan tomando más no deseando decisiones a partir de los roles que se consideran incuestionables.

Dice Silvia Tubert:

Durante tanto tiempo se ha concebido a la maternidad como una función de carácter instintivo, profundamente arraigada en la estructura biológica de la mujer, independientemente de las circunstancias temporales y espaciales en las que tiene lugar, que nos resulta difícil reconocer que, en tanto fenómeno humano, la maternidad es una construcción cultural (1996, p. 49).

El imaginario de la maternidad como meta de las mujeres, aparece en distintas etapas históricas puesto que no había forma de impedir que sucediera, esto hizo que se le llegara a considerar como un destino y una obligación a la que se le tenía que hacer frente (Winocur, 2012). La maternidad tiende a ocupar el centro de la vida de las mujeres, sobre ella giran todos los proyectos o ante ella, todo lo demás ocupa un lugar secundario.

Rita Segato (2018), llama “contra-pedagogías de la crueldad” a las prácticas y actos que educan y programan para transmutar la vitalidad o lo vivo en cosas, capturando lo imprevisible y poner en su lugar aquello que se vende, se compra, lo que puede ser medido o valuado. Considero que así como la explotación sexual actúa sobre las mujeres consumiendo y cosificando el cuerpo femenino, la educación basada en el entrenamiento y el aprendizaje de conductas propias del ser madre, forma parte del consumo del cuerpo femenino, del poner el cuerpo de la mujer al servicio del Estado, de los demás, de todos menos de ella.

En pleno siglo XXI la maternidad sigue siendo vista en muchos estratos como un mandato, una responsabilidad a la que no se le puede decir que no, y a la que si se le dice que no, se vive con culpa y miedo a las consecuencias. Aun cuando muchas veces aceptar el mandato de la maternidad, conlleva consecuencias funestas como la propia muerte o la desaparición de las oportunidades de crecimiento personal, para las mujeres.

Ana comenta cómo fue el enterarse de un tercer embarazo:

Entonces ya un buen día rápido fui y me hice la prueba de sangre y pues “espérese media hora o cuarenta minutos y regresa por sus resultados” y después, ya regresé y decía “ay, ojalá que no, ojalá que no, que me digan que es otra cosa y ya me compro un tratamiento”. Decía que no por muchas, infinidad de razones, mi esposo ya no estaba conmigo, yo grande y mis dos pequeños, tenía que trabajar, y ay no, todo estaba muy mal, y pues ya salió positivo, y cuando salió positivo, pues yo me quedé así de “hay error aquí, se equivocaron en el laboratorio, no puede ser” todo en mi cabeza. No, no, no esto no puede ser, cómo a qué hora, no, no, no me cabía en mi cabeza, y luego después lloré y lloré y lloré, y dije “no puede ser no es posible”, no hay algo que yo hubiera planeado ni esperado, porque yo dije a mis cuarenta y tantos años lo único que puedo esperar es la menopausia, todo menos eso (Ana, entrevista, 30 de enero de 2021).

Y añade:

Sí pasó por mi cabeza no tenerlos, mentiría si dijera que no, la verdad es que sí, lo pensé pero sólo pensé, nada más lo pensaba y lo pensaba, pero yo sabía que no iba a tener el valor de hacerlo, porque con todo y los riesgos que conllevaba el seguir adelante con el embarazo, yo decía pues no. Sí lo pensé y a punto de echar el paso adelante, decía sí, pero me dio miedo, mucho miedo y dije no, porque no, como que mi corazón no me daba para hacerlo. Como que sentía que no podía o sea prefería morirme a lo mejor en la plancha a saber que... (llora). Pero sólo fue un pensamiento, sólo fue una idea, pero no, sabía que no lo podía hacer (Ana, entrevista, 30 de enero de 2021).

Para Andrómeda el embarazo se vivencia como responsabilidad y no deseo:

Me preparé pero yo me siento en ese momento con la decisión de responsabilidad, no deseo y anhelo de ser madre, sino de responsabilidad. Entonces en los primeros años, fue responsabilidad y me di cuenta, ya me percaté después, que fue como mi madre, o sea, era ama de casa, era alimentarlo bien, cuidarlo, cambiarlo, bañarlo, todo (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Y ante la posibilidad de un aborto Andrómeda, reacciona como muy similar a Ana:

Yo dije no, pero entonces yo siento que estoy consciente que fue como responsabilidad, o sea asumí la responsabilidad, no quería tener hijos, pero realmente pues está aquí y no voy a abortar, en ese tiempo él y yo, estábamos con muchos problemas y ya él se había ido a su casa, y yo estaba solita en casa, y entonces me pongo a pensar, también me dio miedo, no trabajaba, había dejado la escuela, la universidad, por eso no terminé matemáticas, porque de repente pues ya estaba casada, estaba

muy lejos la Universidad, muchas cosas y ya no seguí, entonces me vi como qué hago, estoy embarazada pues ni modo (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Lorena experimenta su primer embarazo no deseado así:

Llegó el momento de leer los resultados, era contundente, estaba embarazada, tenía pocas semanas, temblé, sentí que el mundo se me caía, le iba a hablar a mi pareja, pero no me atreví, decidí ir con mi ginecóloga y ahí ella pasó el transductor del ultrasonido y estaba el latido, había un inicio de corazón en mi vientre. Al ver ese vestigio de tejido cardíaco me dio una ilusión enorme, siempre había querido ser mamá, pero también sentí como si de nuevo estuviera cargando con el huevo que hice en la preparatoria, era tan agri dulce, de pronto se vio otro latido, al parecer era un embarazo gemelar, muy difícil de ver y a la fecha absolutamente dudoso que lo fuera, pero yo sigo poniendo en mi ofrenda dos calaveritas (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021).

La decisión de haber abortado tiene repercusiones en ella cuando teme después que no pueda llegar a embarazarse.

Karla experimenta la noticia de embarazo así:

Fue sorpresivo, porque yo no lo esperaba, estaba yo trabajando, y tenía yo otros planes, o sea de comprar cosas, de hacer otras cosas. Se me hizo de cómo tan rápido, luego, luego de casarme quedé embarazada, y sí fue así como que, muy difícil igual (Karla, entrevista, 21 de enero de 2021).

Pareciera que la noticia del embarazo se recibe con pasividad, una aceptación incuestionable de lo que como mujeres les espera y se espera de ellas. Aun cuando

un embarazo no cupiera en sus mentes, el saberse embarazadas brinda un cambio en el rumbo de la vida, un nuevo sentido de la misma.

Marcela Lagarde apunta al respecto:

Así, todas las mujeres están cautivas de su cuerpo-para-otros, procreador o erótico, y de su ser-de-otros, vivido como su necesidad de establecer relaciones de dependencia vital y de sometimiento al poder y a los otros. Todas las mujeres, en el bien o en el mal, definidas por la norma, son políticamente inferiores a los hombres y entre ellas. Por su ser-de y para-otros, se definen filosóficamente como entes incompletos, como territorios, dispuestas a ser ocupadas y dominadas por los otros en el mundo patriarcal (2005, p. 41).

La maternidad brinda así un lugar social que deja en soledad, ese lugar social, central, fundamental es a la vez marginal y coloca a las mujeres como dadoras de placer, placer que les es negado recibir a ellas.

En cuanto a los sentimientos de soledad frente a la experiencia Lorena dice:

Me di cuenta que no tenía una "tribu" de mujeres con las cuales sentirme identificada en su vivencia del embarazo y su maternidad, me llegué a sentir extremadamente sola, mi embarazo era de riesgo, mi gineco y yo decidimos no ponerle esa etiqueta y buscar que yo siguiera con toda la normalidad, pero ambos sabíamos que mi embarazo se podía complicar en cualquier momento, el comportamiento del mioma era absolutamente atípico (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021).

Lizeth refiere al respecto de su soledad aun estando en pareja:

Él nunca fue que me dijera qué sientes, qué piensas, nada, o sea a él tampoco le importó lo que yo sentía, entonces todo lo bueno y lo malo me lo comía yo sola y mi hija, porque pues hoy está afectada por lo mismo, entonces, realmente pues fue una etapa que solo viví el miedo a la vida, el miedo a la muerte (Lizeth, entrevista, 22 de enero de 2021).

Esmeralda comenta en cuanto a llevar la crianza sin su pareja:

Él mandaba gasto del otro lado, pero yo me encargaba de ellos, mi hijo el grande iba al kínder, y pues él mandaba gasto, yo sólo me dedicaba a mis hijos, a cuidarlos y pues sí aquí me la pasé yo sola con mis hijos al cuidado. A la vez pues a veces me ponía yo triste de estar sola con mis hijos pues su papá siempre se dedicó a trabajar y pues yo decía "pues está trabajando para traer gastos para la casa para que no nos falte" es lo que yo pensaba (Esmeralda, entrevista, 25 de enero de 2021).

El espacio doméstico y la división sexual del trabajo

La identidad genérica no sólo se ve reforzada por la falta en la toma de decisiones o en la culpa por haber decidido sobre el propio quehacer, esta se forma y refuerza en la apropiación de los espacios.

Al mutar a la estructura colonial-moderna con el monopolio estatal de la política, el espacio doméstico se privatiza y se transforma en un espacio íntimo. Es por causa de esa privatización y arrinconamiento de lo "íntimo" - el encapsulamiento de la vida familiar entre cuatro paredes- que aumenta nuestra vulnerabilidad y también la impunidad de quien nos agrede. Ingresamos así en una era de gran riesgo, el riesgo que hoy sufre y padece el cuerpo de las mujeres (Segato, 2018, p. 101).

No es casual que, por ejemplo Andrómeda relate que la pandemia por Covid-19, no le fue desagradable:

Fui rebelde en el sentido de que querían que fuera a la tienda y a mí no me gustaba salir, ahí sí me imponía y decía "no", que tu hermana necesita esto y yo "no", yo me encerraba. Ahorita el encierro, por eso no me provoca nada, me encanta estar encerrada y hacer mis cosas y hacer la lectura y ahora qué quehacer y acomodar las cosas, y las clases, que todo el tiempo estoy en la computadora, o sea eso no extraño, el estar saliendo, pero en ese tiempo es la única rebeldía que recuerdo que hacía que decía "no" (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Así pues, no es sólo la aceptación y la apropiación del espacio privado, sino de las actividades a realizar. Andrómeda relataba también cómo su escape era estudiar, preferencia por actividades pasivas propias de la educación genérica que se nos brinda y no por actividades activas o públicas como ella menciona:

Yo me aboqué mucho al estudio, me encantó mucho el estudio, creo que fue un escape como pudo haber sido las drogas o las relaciones tóxicas, o en general relaciones, o ser amiguera, dejé todo eso y elegí el estudio, entonces yo me aislaba, mi entorno no me era agradable y me sumía en el estudio (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Ahora, la problemática radica en que la exclusiva estancia en el espacio de lo doméstico, priva de oportunidades a las mujeres, económicas, laborales, gregarias y personales. El tiempo libre se vuelve nulo, la intimidad desaparece y esto repercute en las miras a futuro, los planes, las metas y los deseos. Sofía comenta respecto a sus planes: "Pues la verdad es que yo sí me veo siguiendo, haciendo lo que hago, o sea realmente no quiero cambiarlo. Sé que tal vez me va a costar un poco más de esfuerzo" (Sofía, entrevista, 29 de enero de 2021).

La división sexual del trabajo doméstico determina en gran parte las desigualdades vividas en el hogar, el considerar el trabajo doméstico como un acto de amor, o como algo inherente en las mujeres, convierte al maternaje en una trampa de oso. De la que muchas veces ya es imposible escapar.

Es muy estresante no tener una red de apoyo para poder trabajar tranquilamente en casa, pero también ha sido un regalo que mi esposo ha podido generar un buen apego con el niño y me apoya cuando doy mis clases en línea o cuando ya no puedo con el cansancio físico (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021).

Violencias invisibles. La autoridad epistémica

Otro aspecto a destacar, es el de la violencia invisible, violencia en la que las mujeres acceden ser copartícipes sin darse cuenta, violencia que parecería no serlo o que es difícil de identificar, violencia en la que se cede el poder a otro. Como mujeres, el ejercicio de escucharse a sí mismas en los procesos de la maternidad, quedó en el olvido, se desplazó por la confianza ciega en los “expertos” quienes determinan qué es lo mejor para llevar a cabo un embarazo. Porque no sólo el dictado o el adiestramiento versa sobre las prácticas de crianza, sino desde el momento mismo de quedar embarazada o incluso desde la decisión de ser madre.

Las mujeres depositan en estos “expertos” su confianza ciega, sintiendo la seguridad que abandonaron sobre sí mismas. La violencia obstétrica es un claro ejemplo, puesto que sigue apareciendo en los discursos médicos como algo normal y como parte del quehacer y de su posición de superioridad académica. Que un médico regañe a su paciente adulta, sigue sin verse como una forma de violencia patriarcal, incluso se agradece en muchos casos que el médico esté tan “al pendiente” o se “preocupe” como para aleccionar a la futura madre sobre su actuar.

Andrómeda confió tanto en la palabra de la Psicología, que gracias a eso se determina a tener un segundo embarazo, a pesar de la situación negativa en su relación de pareja:

Estudí un diplomado en pedagogía y psicología y me quedó muy presente que en una clase de psicología decían que cuando se tienen hijos y hay una diferencia de más de siete años, se crían como hijos únicos y mi hijo tenía tres años y entonces yo como que dije "necesitamos otro hijo" porque no quiero que sea hijo único y que sea egocéntrico y que todo para él, aunque no lo queramos consentir y entonces le digo a él esto y dice "no, hasta que estemos bien" nunca la economía estuvo bien. Bueno eso me lo hacía creer, él me escondía el dinero, ya después de los años me di cuenta. Para ese entonces ya me cuidaba, me pusieron el dispositivo, cuando nació mi hijo, y no pues perfecto. Ya cuando recibo esa información en la escuela, me obsesiono con decir, "necesitamos otro hijo" porque decían que entre hermanos aprenden a pelear, a convivir, a competencia, muchas cosas que necesitan de aprendizaje de niños y entonces dije "no pues necesitamos" él no quiso pero yo sin su consentimiento voy a que me quiten el dispositivo y al mes quedé embarazada (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Y Ana confía en los médicos a pesar de las contradicciones entre los mismos cuando le llevaban sus chequeos de su embarazo gemelar. Confía en que su último embarazo es de gravedad y recibe los regaños con sumisión, a pesar de sentirse bien:

Salieron mis estudios súper bien, el doctor dijo no hay problema no hay riesgo de que tus hijos y gracias a dios salió bien y nunca nada mal "que se te va a subir la presión, que te va a pasar esto, que te va a pasar aquello", puras malas predicciones y yo dije "nunca he sufrido de presión alta" y nunca se me subió la presión siempre mi embarazo súper bien y el gineco me decía "estás como chamaca". En ellos, la preocupación eran los bebés,

que tenían que nacer antes, yo no tenía seguro, mi esposo me quería sacar un seguro de embarazo, ya no se pudo porque eso era antes. No me podía aliviar en cualquier clínica porque tal vez iba a necesitar incubadora y no había en cualquier hospital, era muy cara, cobraban 16 mil pesos por día por cada una y eran dos bebés, más de 30 mil pesos diarios, y si necesitaban un día, una semana, de dónde íbamos a sacar para pagar las incubadoras y el estrés de no tener dinero, de no saber a dónde irse a aliviar y luego la pandemia, súmale a todo lo que ya traía (Ana, entrevista, 30 de enero de 2021).

El ejercicio de la violencia por parte de la autoridad epistémica, inmoviliza a las mujeres en el ejercicio de su maternidad. Desconfían hasta tal punto en ellas, que dejan de escuchar su cuerpo, como Ana quien decía que se sentía bien, y sin embargo la dominaba el miedo porque el médico le afirmaba que estaba en peligro, o Andrómeda quien hace a un lado el no querer ser madre, por confiar en la importancia psicológica de tener otro hijo. O Lorena quien a pesar de ser médica, se siente molesta porque un médico en la clínica de Interrupción Legal del Embarazo (ILE) la alecciona y la trata como si no supiera. Dany-Robert Dufour (2002) menciona que son estos discursos los que colocan a los sujetos dentro de lo unario, es decir, en el lugar de la no respuesta. Cuenta el caso de una madre que tenía cuatro hijos, le pregunta con verdadera duda a un médico, si le puede dar de comer huevo a su último hijo, pues desconoce si le hará daño, cuando a sus hijos anteriores los había alimentado con huevo y nunca les había pasado nada.

Atravesadas por la pandemia

Las medidas de seguridad pública como respuesta a la pandemia por Covid-19, evento que nos atravesó a todas y todos, colocó a las mujeres frente a una situación de vulnerabilidad, por una parte la merma de oportunidades económicas y la pérdida

de empleos puso el acento sobre la “feminización de la pobreza” que de por sí ya era de gravedad debido a la precariedad de condiciones de las mujeres en nuestro país. Por otra, la “doble pandemia” que dio un alza en la violencia de género vivida por las mujeres en sus hogares. Y la “doble o triple jornada laboral” que se dio como resultado de las medidas de confinamiento y asilamiento social a partir del marzo del año 2020.

Las medidas tomadas por el gobierno de mandar a confinamiento y reducir las actividades laborales a lo estrictamente necesario, derivó en la pérdida de empleos para miles de personas, aunado a ello, quienes asumían la mayoría de empleo informal eran las mujeres, debido a que era una forma de mantenerse a la par que les brindaba la oportunidad de mantenerse al cuidado de la crianza de su descendencia. Así pues, la pérdida del trabajo, orilló a más mujeres a recurrir al empleo informal, o a depender económicamente de parientes cercanos, colocándolas en una situación de vulnerabilidad frente a sus parejas o familiares.

Sofía se replantea incluso el haber sido madre en estos tiempos:

Pues fíjate que sí me hubiera gustado no sé dos, tres años más adelante, sobre todo lo veo más por cuestiones tanto profesionales como económicas. Realmente nos tocó ahorita una situación todavía que de por sí vivíamos una situación económica del país muy mala, ahorita con esta situación pues ha sido dos veces más complicada. Entonces, realmente pues eso dificulta todo, realmente sí me hubiese gustado que fuera con una mejor estabilidad económica y que a lo mejor yo pudiera haber alcanzado algunas metas que tenía, inclusive eso no me preocupa tanto porque sé que puedo lograrlo, o sea eso no me conflictúa, me conflictúa la cuestión económica de estos momentos porque sí me hubiera gustado otra cosa. Otra situación, inclusive en el aspecto de lo que estamos viviendo en el sector salud, social o sea la verdad es que esta situación está muy fea, está muy complicada (Sofía, entrevista, 29 de enero de 2021).

Lorena incluso ha tenido problemas con su pareja, debido a las medidas de seguridad en su hogar: “No coincidimos en la forma de cuidarnos yo no puedo dejar de ser médico ni maestra en salud pública, mi visión de la pandemia es absolutamente distinta a la de muchos y él no es la excepción” (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021). Lorena tiene una maestría que la coloca como autoridad epistémica en cuestiones de salud pública, sin embargo, no es una autoridad frente a su pareja quien se rige por sus propios principios. A pesar de contar con un privilegio académico, no puede ejercerlos en el ámbito marital, Marcela Lagarde (2005) apunta al respecto, que en materia de género, todas, independientemente de los privilegios frente a las otras, somos cautivas.

Ana comenta sobre su manera de sobrellevar el embarazo:

Yo no quería ir a las consultas porque ya me daba miedo y luego me dio más miedo cuando me dijo una enfermera que había muchas embarazadas que llegan ya con el Covid y contagian a otras y “la verdad si se nos han muerto las embarazadas, esta semana se murieron dos”. Más miedo me dio (Ana, entrevista, 30 de enero de 2021).

Un aspecto importante a mencionar, es la “romantización de la pandemia”, que deriva en actitudes de agradecimiento por el tiempo en familia o al cuidado de los hijos en detrimento de la situación personal, y económica. El senador Juan Antonio Martín del Campo (2020) propuso al titular del Ejecutivo Federal la implementación de un programa de apoyo económico dirigido a las mujeres trabajadoras y a las madres solteras durante la contingencia por Covid-19, explicando que esta población femenina, fue quien padeció más la crisis económica debido a la pandemia, lo que aumentó la discriminación laboral que ya enfrentaban. El senador recurrió a cifras compartidas por el INEGI donde se señalaba que de marzo a julio del 2020, la cifra de mujeres desempleadas, se había incrementado en un 110 por ciento, lo que se traducía en un millón 245 mil 28 mujeres sin trabajo. Así mismo, el senador argumentó además la falta de oportunidades laborales para las mujeres

por el sólo hecho de ser mujeres, y la inexistencia de política pública para erradicar la violencia laboral para las mujeres, quienes de ellas, las que más lo sufren son las que son madres a quienes dijo “dejan a su propia suerte”, con el propósito de que como servidores públicos velen porque se establezcan condiciones de igualdad y equidad para vivir una vida digna.

Karla lo experimenta así, a pesar de haber perdido su trabajo: “Sí mis actividades de trabajo terminaron, pero en cuestión de estar todos aquí, la verdad es que cada quien está en sus actividades, y haga de cuenta que no hay hijos” (Karla, entrevista, 21 de enero de 2021). Karla se contenta con el hecho de irse acomodando poco a poco a las labores escolares de sus hijos, dejando de lado el hecho de no contar con un empleo que la coloque en una mejor posición económica para salir adelante. Este hecho es importante, puesto que quienes más se encuentran en una posición de vulnerabilidad económica, recurrirán al discurso de aprovechar el tiempo con los hijos como una manera de equilibrar la balanza de lo perdido.

Andrómeda vivió un episodio de dificultad con su hijo menor quien padece esquizofrenia paranoide, actualmente han recurrido a nuevas formas de comunicación y adaptación para sobrellevar el confinamiento, el diálogo con sus hijos ha servido para poder ver las cosas desde otra perspectiva. La edad de ellos, aunada a la experiencia ganada por parte de ella, le ha permitido relacionarse de una manera más sana y cordial.

En este tiempo nos vemos miércoles y domingo, la convivencia, la plática y todo está genial. Seguimos edificando y construyendo una relación muy padre, muy amorosa. Yo siempre les digo vamos a tomarnos foto y cada reunión que estamos nos tomamos foto aunque nada más esté en el grupo de la familia que tenemos los tres, como evidencia de nuestras reuniones (Andrómeda, entrevista, 16 de enero de 2021).

Esmeralda comenta respecto a la condición precaria en la que terminó:

La cuarentena afectó la cuestión económica, no hay mucho trabajo, cerraron lo de la ropa. Yo le ayudaba a mi nuera a lo de la costura y de la costura ya no hay trabajo, ya no contratan a personal y nomás ahora sí que los que tienen trabajo lo están cuidando para que no lo pierdan. Con mi hijo le hablo, lo veo del diario porque trabaja con su papá, mi nieto me manda mensaje, audios, no me afectó la convivencia con él. Con los pequeños está medio complicado, mi hija está estudiando la Universidad y dice que a veces pues no le entiende y los maestros nomás dicen "van a hacer esto y van a hacer lo otro" y ellos como Dios les dé a saber que lo tengan que resolver y mi hijo el chiquito está en primero de secundaria y al principio se nos hizo complicado porque los maestros hicieron grupo de WhatsApp, teníamos que estar al pendiente para saber en qué grupo quedó y buscarlo y estar en contacto con los maestros, luego a mi hijo no lo agregaron y tenía que estar al pendiente que si lo agregan o no lo agregan y sí fue un poquito complicado en cuestión de la escuela de acomodarnos (Esmeralda, entrevista, 25 de enero de 2021).

Tendencias discursivas

Yolanda Puyana y Claudia Mosquera (2005) plantean el análisis de los discursos sobre la maternidad a partir de la división en tres tendencias: discursos tradicionales, discursos en transición y discursos en ruptura. Los discursos tradicionales, hacen referencia como su nombre lo indica, a la tradición, al sentido común, a la costumbre. Son discursos que se centran en mantener el *statu quo* o que todavía no cuestionan la formación de creencias, la construcción de significaciones, etc. Se mantienen en la aceptación de la división de roles, donde el padre es la autoridad y la madre la dadora de afectos dedicada al hogar y a la crianza.

Los discursos en transición dan cuenta de los cambios sociales y políticos experimentados por las hablantes, y se logra identificar en ellos la creación de nuevos significados y funciones de la maternidad y del ejercicio del poder. Aun cuando hay un leve vislumbre del rompimiento con la tradición, siguen manteniendo algunas nociones de esta.

En el caso de los discursos en ruptura, existe una marcada diferencia con lo tradicional, las mujeres proponen con plena consciencia de sus condiciones, nuevas formas de maternar que se alejan por completo de lo tradicional, donde las divisiones de género son cuestionadas y eliminadas. El discurso en ruptura se dirigirá hacia las formas de maternar, al sistema, al Estado puesto que es crítico.

Cabe mencionar, que algunas hablantes llegarán a enunciar los tres tipos de discurso, dependiendo del momento en el que se encuentren en su proceso de crítica y autoanálisis de su situación, habrá también quienes se mantengan en uno sólo, por ejemplo viviendo dentro de lo tradicional sin cuestionar en lo mínimo la creación de sus conceptos y creencias, reproduciéndolos con su descendencia. Lo importante, es descubrir estas formas de crearse, de conocerse y de discutir en el amplio abanico de maternidades. Así pues parte de los discursos tradicionales se enfocarán en mantener los mandatos de género.

Sofía comenta al respecto de la crianza, quien a pesar de tener a su pareja en casa, considera que ella como mujer tiene una preocupación diferente que su esposo por ser hombre, es un discurso que aún remonta a las diferencias en la construcción de género:

A lo mejor está tu pareja pero, pues seamos sinceros o sea realmente no es esa preocupación igual, no se ha cuidado igual, tú como mujer que estas al frente de un ser tan pequeño... entonces sí, esos aspectos fueron los que a mí se me dificultaron muchísimo y sí me generaron mucha angustia (Sofía, entrevista, 29 de enero de 2021).

Ahora bien, Sofía se coloca en un discurso de transición, cuando hace referencia a la manera en cómo quiere educar a su hija y cómo le gustaría llevar las tareas de cuidados:

Trato y quiero incluir a mi pareja para que me ayude porque realmente si espero o sea quedamos inclusive lo hemos platicado como una cuestión de platicarlo en cuestión de discutir o de conflictuarnos pero sí existió una mayor responsabilidad por parte de nosotros como mamás y de ellos menos, entonces mi idea es también incluirlo para que también yo tenga la posibilidad de seguir haciendo las actividades que hacía, de seguir trabajando y bueno a medida que crezca la bebé pues y también tenga la oportunidad de seguir trabajando, de seguir a lo mejor, tenía pensado hacer la maestría, pues también hacerla ¿no?, tratar de seguir haciendo lo que quiero hacer, o sea no quiero alejarme de eso por la bebé, ni tampoco sentirme como en sacrificio porque en realidad tampoco ella es un sacrificio, o sea que tiene, tenemos que tratar de hacerlo así (Sofía, entrevista, 29 de enero de 2021).

Es importante observar, que la maternidad es un hecho fundamental dentro de la vida de las mujeres, puesto que, se posiciona como el centro de su proyecto de vida. Algunas mujeres, encontrarán actividades que pasarán a un lugar secundario a partir de la maternidad, otras los pospondrán debido a ella, y para otras será la maternidad el proyecto de vida en completitud.

Es toral apuntar estas diferencias como el centro de los debates feministas en torno a la maternidad. Donde algunos grupos como el feminismo radical y el ecofeminismo tendrán puntos de choque, la maternidad será considerada o como una carga impuesta para las mujeres, que las posiciona en un lugar de inferioridad e indefensión, mientras que para otros grupos será la maternidad la que brinde la posibilidad de cambio y reivindicación de los afectos, del poder personal y de la

femineidad (Badinter, 2011; Castellanos, 1984; Cazallo et al., 2011; Fernández, 2014).

Algunos enfoques como el del ecofeminismo tenderán hacia la esencialización de la maternidad y otros como el feminismo radical hacia la crítica de la maternidad como construcción social (Hierro, 2016). Esto reafirma la postura de que la maternidad es un fenómeno con múltiples significaciones que muchas veces se encontrarán en contraposición.

Al hablar de las significaciones de la maternidad, Sofía presenta un discurso en ruptura que cuestiona lo establecido, demandando el cobijo y sinceridad de las otras mujeres que ya transitaron este camino, como una manera de ayudarles a sostenerse en los momentos de crisis. Orna Donath (2017) comparte ese llamamiento, exponiendo los sentimientos de mujeres que encuentran en la maternidad un fenómeno inesperado e indeseado, un fenómeno que resulta desconocido cuando pareciera que era parte esencial del ser mujer.

Yo estoy enojada con mi mamá, con mi suegra, con todas esas mamás porque siento que me ocultaron algo, me ocultaron que esto no era tan bonito. Sentí que me defraudaron, que no me dijeron la verdad, que esto no era fácil, que me iba a llevar la chingada, porque así me sentía. Y dije no creo que todas ellas la hayan pasado súper bien, para que me llegaran a decir que esto era hermoso. Inclusive hasta lo hablé con mi mamá y le dije "es que mamá o sea no es cierto, esto duele, esto no está padre", pero es como de "ay no, es tu hija, cómo crees, esos pensamientos no debes de tener". Pues es igual una cuestión de sociedad de que está mal sentirte así y yo veo más de la chingada el pensar así. Yo cuando conozca a alguien le voy a decir mira no te espantes y si te sientes de la chingada está bien, mira no te preocupes y si quieres platicar conmigo, lo puedes hacer, porque no es así de fácil, no es así de romántico (Sofía, entrevista, 29 de enero de 2021).

Lorena expresa un discurso en ruptura, al hacer conscientes las vicisitudes de la maternidad y del papel de las mujeres como madres. Los discursos en ruptura, aparecerán como una forma de expresión frente a las dificultades vividas en la experiencia de maternidad. Dificultades que se vuelven visibles, una vez que se experimenta lo opuesto a lo que se tenía esperado como parte de los ideales de maternidad que se han inculcado desde pequeñas:

Las madres no dejamos de ser seres humanos y no dejamos de ser individuos (aunque parezca); las madres seguimos siendo esa mujer que se embarazó, esa mujer con planes, gustos personales y actitudes muy propias. El recuperarse y autoreconocerse con los cambios anatomofisiológicos que trae consigo la maternidad es todo un reto, la presión social debería quedar a un lado, hay mucho que cambiar en el sistema (Lorena, escrito, 10 de enero de 2021).

La importancia del compromiso del feminismo para con las madres, es proporcionar ese cobijo, que permita la expresión de los sentires, el ser escuchadas fuera de los juicios de la moral, y que permitan esas dicotomías entre el deseo y el no deseo, entre el amor y la desesperación, entre la alegría y el cansancio, para lograr la vivencia de la maternidad sin culpas y remordimientos (Imaz, 2010; Vivas, 2019).

Daniela al hablar de lo que la maternidad significa para ella, se apega a un discurso tradicional en el que incluso existe un juicio hacia las madres que no cumplen con el estereotipo social de lo que significa ser madre, y un juicio hacia ella misma, cuestionándose y poniendo en duda, la forma en la que lleva a cabo sus prácticas de maternidad, pero roza con la transición cuando cuestiona su propia crianza y desea algo diferente en la relación con su hija. Algo significativo que aparecerá en estos discursos, es el sentimiento de culpa con el propio actuar como madre:

Ser mamá, es un paso a la madurez, es ser maduro, es sufrir porque sufres.
Es felicidad también, es conocer lo que a ti te faltó, para dárselo a tus hijos

y que no pasen igual. Es también fortaleza, ser mamá es devastador, hay que tener fuerza de ser mamá, hay quienes abandonan a sus hijos a su suerte y yo creo que para las que estamos empeñados en hacer el rol de mamá como debe ser, ser mamá es enseñar para que tengan un mejor futuro, es ser maestra, es ser mujer, porque tengo que enseñar a ser femenina, el respeto, hogareña, amorosa, ser mamá es ser fuerte, constante, muchas cosas, sensible, aprender de tus hijos, pedirles perdón a tus hijos. Yo a mi mamá no recuerdo que nunca me haya pedido perdón, es ser cómplice de tus hijos, ser mamá yo creo es todo. Es el cargo más fuerte que a las mujeres se nos encomiendan. Pocos creo que pasamos el reto, pocas mamás lo hacemos. Podemos llegar a hacer muchas cosas, te pierdes como mujer, te pierdes en tu esencia. Estamos en la calle y mi niña bien arreglada y yo nada. Pierdes el ser mujer, el sentirte bonita, porque primero están ellos. Es sentir dolor, son muchas lágrimas, es un don que pocas mujeres podemos tener (Daniela, entrevista, 23 de junio de 2021).

En lo que apunta Daniela podemos ver este vivir la experiencia del ser mujer, a partir del cuidado de los otros, donde se localiza al amor como el fundamento del trabajo doméstico, de las tareas de protección y servicio, donde no importa si el trabajo es remunerado puesto que se hace por amor a los demás. Además existe una demanda de cumplimiento de roles estereotipados, dirigida hacia otras mujeres y con ella misma.

Recordemos cuando Célia Amorós señala que este comportamiento le da a la mujer una posición de supuesta superioridad frente a los hombres, puesto que moralmente se brinda a los demás, pero que no es más que un engaño en el que se adiestra a las mujeres a dar sin recibir a cambio (Amorós, 2001; Cobo, 2014; De Beauvoir, 1981; Hierro, 2016; Lagarde, 2005).

Resignificando las experiencias

A pesar de las adversidades, muchas mujeres logran resignificar dichas experiencias, para abrirse paso al aprendizaje, la resiliencia que demuestran, les permite descolocarse de la posición de víctima para colocarse en una de resistencia, y de posibilidad de movilización.

Como Lizeth, quien a pesar de verse como no valiosa, logra establecer un compromiso consigo misma para ver crecer a su hija libre de miedos, o Andrómeda quien tuvo que romper con sus falsas creencias respecto a la homosexualidad de su hijo mayor y a la esquizofrenia de su hijo menor y logra aprender a establecer un diálogo sano con sus dos hijos, Karla hará de su experiencia con el espectro autista de sus hijos, una oportunidad para crecer, para informarse y continuar aprendiendo junto a ellos. También Daniela quien ha logrado implementar la frase “te amo” con su hija, frase que nunca escuchó de su madre. Lo mismo ha logrado aprender Esmeralda quien a pesar del dolor de separación, decide no forzar una relación que la dañe, para convertirse en un ejemplo de lucha para sus hijos, o Lorena quien a pesar del encierro y de cambiar en totalidad su dinámica, establece nuevas formas de crianza en compañía de su esposo para poder continuar con sus planes y metas. Lo mismo hará Sofía quien reconoce la dificultad en ello, pero sabe que es capaz de lograr sus metas con y no a pesar de su hija. Y Ana quien a pesar de su reciente separación, de su situación económica y del nacimiento de sus gemelos, decide por fin ser independiente de sus padres e irse a vivir sola con sus hijos.

Cada una aprendiendo, estableciendo formas creativas de convivencia y cambiando la relación con sus hijos, siendo madres amorosas, a pesar de que con sus madres vivieron maltrato, o frialdad o distanciamiento. Sin saberlo, han roto con patrones de convivencia que venían de generaciones atrás. Al hacer consciente su historia personal, están haciendo su propia historia.

Puerperio

Estamos en el siglo XXI y las ideas, estereotipos, figuraciones y significaciones respecto de la figura de la madre y de los comportamientos propios de las madres, han cambiado muy poco. La figura de la madre sigue siendo en muchos aspectos como el religioso y moral, intocables, y qué decir de las prácticas, la maternidad se sigue viviendo con culpa, se siguen esperando que aparezcan “naturalmente” el “amor maternal” y el “instinto materno” que dictarán qué hacer o cómo hacer para proteger a ese nuevo ser que acaba de nacer, y la división del trabajo sigue siendo sexual.

Con esto no quiero ser pesimista, sino únicamente puntualizar, en qué aspectos de las relaciones sociales que se entablan en el día a día de las mujeres y hombres de nuestra sociedad, se mantienen aún con una fuerza magnánima las condiciones de desigualdad y de diferencias basadas en el sexo, para ambos. Y en qué medida la capacidad de agencia de las actoras sociales: las madres, se pone en marcha para cuestionar dichos aspectos.

Cuando me acerqué a toda la literatura sobre este tema de la maternidad, me pregunté ¿por qué habiendo textos desde la tercera ola feminista e incluso antes, que evidenciaban los aparatos sociales y la maquinaria androcéntrica detrás de las “decisiones” de las mujeres, seguíamos reproduciendo dichos estereotipos y actuaciones, que colocan a las mujeres en una posición de sumisión respecto de los varones? ¿Es que acaso esos libros se nos fueron vetados? E independientemente de la literatura, las vivencias de quienes lo experimentan en carne propia, acaso ¿esos saberes también se nos fueron vetados?

¿Por qué los discursos siguen anclándose en lo maravilloso de la maternidad y hablar de temas como el aborto, el arrepentimiento materno, se siguen ocultando como si al decirlos se invocara algún maleficio? La verdad de la maternidad, la que contiene todos sus polos, sus aristas, sus colores, sus sabores, sus sentires, sigue escindida, y es que para las mujeres a no ser por el aborto, pareciera que no hay un “echarse para atrás”. Situación bastante común para los hombres.

Basta ver las afirmaciones de la primera audiencia del 2022 del papa Francisco, en donde asevera que las parejas que prefieren tener animales domésticos a su cargo en lugar de hijos, son unos egoístas. Es decir, que la decisión de no tener hijos, decisión que recae directamente sobre el cuerpo de las mujeres, se ve como algo pernicioso para la sociedad en general, muy acorde a las políticas pronatalistas de los años 50 del siglo XX.

Tal como apunta Lagarde:

Las mujeres están cautivas porque han sido privadas de autonomía vital, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad de escoger y de la capacidad de decidir sobre los hechos fundamentales de sus vidas y del mundo. El cautiverio caracteriza a las mujeres por su subordinación al poder, su dependencia vital, el gobierno y la ocupación de sus vidas por las instituciones y los particulares (*los otros*), y por la obligación de cumplir con el deber ser femenino de su grupo de adscripción, concretado en vidas estereotipadas, sin alternativas. Todo esto es vivido por las mujeres desde la subalternidad a que las somete el dominio de sus vidas ejercido sobre ellas por la sociedad y la cultura clasistas y patriarcales, y por sus sujetos sociales (2005, p. 37).

Por lo tanto, las mujeres que no son madres se vuelven blanco de los juicios moralistas, puesto que la posibilidad de que las mujeres no se embaracen, aun cuando sus cuerpos sean capaces de hacerlo biológicamente, choca con la decisión personal de dichas mujeres, acto que desafía el mandato de sentirse “completas” y “realizadas” a partir del ejercicio de materner. Este choque niega los mandatos e imposiciones socioculturales y a la propia naturaleza de los cuerpos, brindando la opción de autonomía, noción que supuestamente las mujeres no deben poseer. Es decir, va en contra de algo tan naturalizado como el “instinto materno”, ejerciendo los derechos sobre el propio cuerpo y estableciendo un reto con la sociedad que

insiste a través de sus diversas instituciones (política, religiosa, educativa, familiar, médica, etc.) en que las mujeres deben parir (Romero et al., 2020).

La ciencia (llámese psicología, ciencias de la educación, sociología, medicina, biología, etc.) ha hecho un abordaje de la maternidad también escindido y marcadamente tendencioso y parcial (Badinter, 1981; Palomar, 2005). Las teorías psicológicas como la del “síndrome del hijo único” propuesta por Stanley Hall en 1896, perpetúan la violencia contra las mujeres, al apresurarlas a tomar una decisión no basada en el deseo propio, sino en el deseo de no dañar a la prole. Teoría que ha sido puesta a prueba por investigaciones actuales y que demuestran que no es más que un mito y un producto de la época en la que fue creada, es decir, que obedece a los mandatos culturales de su momento (Aznar, 2019).

Y es que justamente, la historicidad es parte fundamental de este fenómeno social de la maternidad. La maternidad se ha visto desde una mirada esencialista y naturalizada, donde lo importante a tomar en cuenta dentro de las investigaciones, era las anomalías, lo que salía de la norma, lo extraño y lo enfermo. Las Ciencias Sociales no cuestionaban aquellos ritos, actos y prácticas que eran parte de la vida diaria y del sentido común.

Es la mirada feminista, quien pone la lupa y el reflector de la crítica, sobre un tema tan cotidiano, tan natural, tan común para desenmascararlo desde las profundidades de su historia. Es decir, da cuenta de la existencia de un androcentrismo científico que determina qué temas son “importantes” de ser estudiados, derivando en la merma de metodologías y modos de acercamiento por parte de quien investiga.

Esta tesis se centra en las significaciones de la maternidad que tienen las mujeres, si bien todas las personas tenemos significaciones al respecto, como se denota en los discursos de nuestras interlocutoras, en las que se hace mención a lo que las parejas, madres, abuelas, hijas e hijos y otros miembros de la familia opinan al

respecto, he asumido el riesgo de no preguntarle a los terceros, puesto que esto habría desplazado la mirada sobre las mujeres y sus vivencias directas sobre la maternidad, por lo tanto parto de la importancia de tomar en cuenta la voz de quienes considero son las protagonistas de dichas experiencias. Retomando a Ana Lau Jaiven (1998), sobre la importancia de tomar en consideración las voces de quienes no han sido escuchadas y de quienes se ha hablado, pero a quienes no se les ha preguntado directamente. El objetivo que guió a la investigación fue el de construir una historia de las experiencias de las mujeres de manera directa y desde el punto de vista de las mujeres (Blazquez, 2010a; Saletti, 2008).

La clave feminista

Cuando se estudia la maternidad y se hace únicamente referencia a los comportamientos anormales, marginados, (muestra de ello son, las investigaciones centradas en estilos de crianza, y en hablar de las repercusiones de la crianza en las infancias), en los que se han orientado las ciencias sociales, la psicología, la medicina y la pedagogía, en lugar de mostrar una postura crítica, en las construcciones sociales que son las que dan causa y sostén a dichas conductas desviadas, es que se ha considerado que las conductas "normales" cotidianas y habituales pertenecen a un orden natural fijo e inamovible que no requiere de estudio ni análisis (Imaz, 2010).

Quedando así, este fenómeno social, invisibilizado y relegado al ámbito de lo doméstico (Vivas, 2019), ámbito que se ha considerado propiamente femenino y en el que los pertenecientes a él, son feminizados. La crítica a partir del feminismo en donde la maternidad es vista como digna y urgente de investigar, ha permitido que el momento actual de evidente cuestionamiento de las relaciones en Occidente, avance de la mano con algo que atañe a todas las mujeres. La maternidad está llena de representaciones mentales, de ideologías, de definiciones y redefiniciones,

de prácticas, de figuraciones e imaginarios, que convergen. Cuando se pone en evidencia todo el aparato que busca la naturalización y la esencialización de la misma, este se ve resquebrajado (Imaz, 2010).

Ahora bien, el aporte de la clave feminista, no se reduce en la sola denuncia de las instituciones y sus formas de ejercer los distintos tipos de violencia contra las mujeres, en este caso las que son madres, sino que permite ampliar el panorama de experiencias y vivencias de esas mujeres. Permite acercarnos sin juicios a los saberes, a los discursos y a las formas de experimentar la maternidad.

Permite conocer ese inmenso “abanico de maternidades” plagado de significaciones, de sentires, de pensares y de conocimiento de viva voz de las involucradas: las madres. Es así como convergen en un solo discurso, sentimientos de resentimiento social, de culpa, de amor, de miedo, de ternura, de preocupación, de felicidad y de coraje sin tener que formar parte de personas y experiencias diferentes o dicotómicas.

Se visibiliza entonces, el carácter multifactorial de todos los tipos de ejercer las prácticas de maternidad y permite comprender, que no existe por más que se intente, un solo tipo de ser madre. Madre, no sólo hay una. Madres existen muchas y diversas. No existe la maternidad única, pero sí existen modelos que someten las experiencias diversas a los mandatos patriarcales y capitalistas (Vivas, 2019).

Y estas atípicas formas de maternar, se abren paso día a día, conforme se ven puestas en práctica por las mujeres como agentes sociales con su capacidad de tomar decisiones y modificar su entorno en tanto actoras, frente a las realidades socioculturales en las que aún permanece el discurso hegemónico heteronormativo y androcentrista del sistema patriarcal, que dicta que las mujeres no sólo deben sentir en todo su ser el deseo “innato” de ser madre” sino que deben sentirse “plenas” con el cumplimiento de dicho deseo y contar con todo el conjunto de saberes habidos y por haber, de cómo ejercer su tarea lo más cercano posible a la

perfección (Romero et al., 2020). Por lo tanto, a partir del feminismo es que se plantea la posibilidad de romper con los mandatos culturales de género, con miras a vencer la visión de las mujeres como sujetos históricos de opresión.

Naturalización de una ética sobre los comportamientos

“El poder simbólico no puede ejercerse sin la contribución de los que lo soportan porque lo construyen como tal.”

Pierre Bourdieu

La exaltación de los valores maternos, es una de las tantas formas en que las mujeres se someten y son sometidas de manera voluntaria, debido a que han sido inculcados mediante procesos que normalizan dichas conductas o valores como propios del ser femenino. Actitudes como la preocupación por los otros, el cuidado de la descendencia, las demostraciones de afectos, el ser un apoyo para los demás, a parte del cumplimiento de las tareas domésticas forman parte del conjunto de quehaceres permitidos y socialmente aceptables para las mujeres.

La maternidad no sólo cumple el papel de continuar la pervivencia de la especie, sino que funge un rol de adiestramiento de las mujeres en cuanto al manejo de su conducta, de sus deseos, de sus demostraciones personales, de su conducir su cuerpo y de su toma de decisiones. Como he apuntado antes, lo contrario se ve como anormal, atípico, egoísta, enfermo, y loco. En pleno siglo XXI sigue pareciendo impensable el que una mujer decida no tener hijos o se arrepienta de tenerlos, un tema casi intocable o que cuando se menciona se vive con culpabilidad, como si algo estuviera mal con esas mujeres que no “funcionan” como deberían hacerlo.

Dentro de los discursos de las entrevistadas aparece con bastante frecuencia la espera o la certeza de que cuando el hijo nazca el “amor maternal” aparecerá como intrínseco al hecho de convertirse en madre, y cuando este sentimiento no aparece y aparece en contraposición sentimientos y sensaciones de angustia, estrés, desánimo, confusión, impotencia, estos se viven con dolor, con pena, vergüenza y culpa. El no comportarse como su madre lo hubiera hecho o como los estereotipos de comportamientos maternos que han visto desde pequeñas, las hace sentirse desubicadas, como si algo no estuviera bien con ellas mismas. Como averiadas de alguna manera en la que por alguna extraña razón no logran ser como las otras mujeres.

Estos sentimientos se viven en soledad, porque las mujeres a su alrededor no pueden comprender la falla, les dicen “no llores”, “no debes sentir eso”, lo que aumenta más los sentimientos de culpabilidad, resentimiento e inadecuación. Incluso se vuelven enjuiciadoras de las mujeres que no logran obligarse a vivir la experiencia de la maternidad como enteramente positiva. En otros casos, este vivir la experiencia como “lo mejor que ha pasado en sus vidas”, es lo que ha ayudado a estas mujeres a salir adelante, aun cuando las coloque en posiciones de evidente desventaja económica, social y personal. Cuando no se logra aceptar a la maternidad como algo hermoso, esta se vive con mayor grado de angustia, enojo y dolor.

Cualquier contradicción con lo esperado se vive negativamente, por ejemplo, el no poder ser capaz de amamantar, el no mostrar afectos por preocuparse en el cumplimiento de lo económico y las tareas del hogar, o la educación. Este vivir de opuestos genera aumento de estrés y una visión propia de impotencia. Si educan con límites se preguntan, hasta dónde deben mostrar afectos, si muestran afectos se preocupan por ser sobreprotectoras. Porque los comportamientos impuestos son lo suficientemente altos como para ser inalcanzables y porque de ser alcanzados, tendrían que olvidarse de sí mismas (todavía más) para poder complacerlos.

Como hijas también es clara la exigencia de dichos comportamientos por parte de sus madres, se sufre cuando la madre es distante afectivamente, pero estos comportamientos son tolerados y perdonados fácilmente hacia los padres cuando en muchos casos, ellos son los abandonadores. Cuando la madre es poco o nada afectiva, esto produce en la descendencia, sentimientos de menosprecio por ellas mismas, baja autoestima, poca capacidad de tomar decisiones asertivas, e inseguridad frente al mundo, lo que tiene su repercusión directa en la elección de pareja, donde se perpetúan situaciones de maltrato, desapego emocional, y dependencia física, económica y afectiva.

Estos maltratos y violencias por parte de la pareja, son ocultados en la mayoría de los casos debido a que no consideran que pueden contar con el apoyo por parte de sus familiares, muchas recuerdan como algo muy marcado, las peticiones de sus madres de hacerse cargo de sus propios problemas, de aguantar la violencia mientras sean mantenidas o de aceptar su situación como algo que no va a cambiar. En otros casos, no se menciona por miedo a que la familia las vea fallando en una decisión crucial en sus vidas, o por no querer romper con el vínculo del padre con la descendencia y terminar fracturando a la “familia” que tanto se inculca proteger.

Aun así, es importante recalcar que muchas de estas mujeres que vivieron situaciones de conflicto en su primera infancia, muestran una clara capacidad de resiliencia frente a sus situaciones adversas, con deseos propios de cambiar su situación y la de su descendencia, e incluso en lo referente a su relación de pareja. Se vuelve notorio el intento de modificar su historia personal, de volverse mejores mujeres, más afectivas, más independientes, de dar a sus hijos una vida diferente, de salir adelante, de no ser una molestia para ellos, de ser un ejemplo, que las motiva para implementar sus cambios: seguir estudiando, ser más afectivas, hablar con sus parejas de una justa distribución de tareas en el hogar, ir a terapia, buscar mejores trabajos, o incluso terminar con una relación violenta, etc.

Es probable que la acumulación de décadas y décadas de luchas feministas esté consiguiendo logros en un nivel más amplio y que dichos logros estén llegando a las generaciones actuales. Todavía parece pronto para celebrarlo como una batalla ganada, porque en cuestión de logros feministas hay muchas fuerzas que jalan en sentido contrario para mantener el statu quo que conviene al sistema patriarcal. Lo cierto es que las cosas están cambiando paulatinamente.

Algo que también encontré, fue que muchas manifiestan haber vivido una clara diferencia de trato respecto de sus hermanos varones, con quienes su madres eran más cariñosas y condescendientes, y dicen haber sentido que no eran tan amadas como ellos, en algunos casos ya en la vida adulta, se enteran de que fueron tratadas así, por haber sido consideradas más fuertes e independientes que los varones que siempre necesitaron de más vigilancia y atención. Respecto de estas diferenciaciones de trato con base en el género, aparece también en ellas mismas, el discurso de identificarse o apregarse más a sus hijas por considerarlas más tranquilas o sumisas, contrario a las actitudes de los varones que son considerados como problemáticos.

Esto demuestra un aspecto de la crianza dentro de una cultura misógina y machista, que considera que las actitudes tienen un fundamento sexual y no se cuestiona dichos comportamientos como productos de la construcción de género. La crianza basada en el cumplimiento de los mandatos sociales de género, considera como aceptables en los hombres actitudes de desafío, de independencia, de toma de decisiones, que los vuelven blanco de preocupación parental, mientras que a las niñas se les inculca para ser modestas, pasivas, indecisas, volcadas hacia el interior, lo que las hace ver como no causantes de preocupación y por lo tanto no demandan cuidados excesivos por parte de sus progenitores.

Las conminaciones constantes, silenciosas e invisibles que el mundo sexualmente jerarquizado en el que están confinadas les dirige, preparan a las mujeres, en la medida por lo menos en que las llaman explícitamente al

orden, a aceptar como evidentes, naturales y obvias unas prescripciones y unas proscipciones arbitrarias que, inscritas en el orden de las cosas, se imprimen insensiblemente en el orden de los cuerpos (Bourdieu, 1998b, p. 75).

Es decir, que desde muy temprano, las niñas y niños son educados de acuerdo a las expectativas que se esperan de ellos, por lo tanto, esto se expresa en mayor atención y cuidados hacia los varones y mayores responsabilidades hacia las mujeres. Es muy común escuchar que “las mujeres maduran más rápido que los hombres” y no es que esto se deba a una cuestión biológica, sino meramente social y cultural basada en el sistema de dominación masculina.

La sumisión, la amabilidad, la entrega, la sumisión, la abnegación, formarán parte de ese entramado de conductas permisibles y exigibles para las mujeres en tanto hijas, esposas y madres. Por lo tanto, los efectos adversos de una madre emocionalmente fría, se darán en la medida en que las hijas esperan lo opuesto de sus madres, conductas que les han sido inculcados desde la familia como propios de la madre amorosa como “debiera de ser”, y se refuerzan por la educación, la religión y los medios de comunicación, y que las mujeres terminan adoptando de manera inconsciente como propias.

Tal es así, que en los momentos de cuarentena, algunas manifestaron no sentirse molestas porque su vida era una especie de cuarentena, es decir, porque han aceptado el lugar de lo doméstico como el propio. Eligen como pasatiempo volcarse en la lectura y no en salir con los amigos como lo harían sus hermanos varones y desarrollan así, ese apego al hogar, donde se sienten de alguna manera seguras. Apego que después se volcará en la pareja o sobre los hijos. Desafortunadamente, y con más frecuencia de lo que nos gustaría, “las mujeres están subordinadas, porque se encuentran bajo el mando del otro (los hombres, las instituciones, las normas, sus deberes, y los poderes patriarcales), bajo su dominio y dirección, bajo el mando y las órdenes, en la obediencia” (Lagarde, 2005, p.97).

¿Decidí o no decidí? Esa es la cuestión

Menciona Elixabete Imaz (2010), que preguntar sobre la decisión de convertirse en madre es una falsa cuestión. Una decisión tiende a ser algo razonado y con lo que se puede dar una explicación de los motivos que nos llevaron a tomarla, pero el deseo de ser madre, deseo que se tiene que desmitificar tanto como la idea del amor romántico, es un deseo que se inscribe en los cuerpo de las mujeres desde la infancia, es un deseo que se naturaliza como intrínseco a nuestro ser mujer y por lo tanto, nunca se cuestiona ni se considera dar una explicación una vez que se es madre.

Cuando pregunté sobre dicha decisión, resulta que ninguna puede explicar de dónde vino ese deseo, en qué momento se tomó la decisión, sino más bien los relatos se centran en narrar cómo sucedió y cómo se aceptó o no, el hecho de estar embarazada. Aun cuando haya sido parte de los juegos de infancia, y el deseo estuviera presente desde muy temprana edad, es un deseo inexplicable, y que muchas veces choca con el estilo de vida de la mujer una vez que se convierte en adulta.

En otros casos en los que el deseo no existía y por el contrario se manifestaba en una clara negación a convertirse en madre, la noticia de serlo causa un estado de *shock*, que en la mayoría es evadido con la firme idea de “hacerse responsable” de la situación. Como veíamos, a las mujeres se nos exige ese mayor grado de responsabilidad frente a las propias decisiones, mismo que se vive como una “obligación” de convertirse en madre. Y en los casos en los que el aborto se vuelve una real opción, este se experimenta con culpa, y con vergüenza frente a la familia o la pareja, o como un trauma imposible de superar. En otros, el deseo o el pensamiento de abortar se censuran, como una forma de no convertirse en una mujer desalmada.

Así pues, el tratar de profundizar en el deseo, sin tomar en cuenta la estructura que determina ese deseo, es inválida y no nos llevaría a ningún lugar, por el contrario, causaría incomodidad seguir cuestionando cómo es que se llegó a tomar esa decisión. Aparece también como institución interviniente, la academia escolar con toda la autoridad con la que es investida en cuanto a contar con mayor saber sobre los cuerpos que las propias portantes del mismo. Que va desde el sentir la necesidad de tener más hijos por no desproteger al hijo único, al miedo y la culpa de haberse embarazado a una edad “no propia” y que ponga en peligro las dos vidas.

Las mujeres nos ponemos en manos del saber médico y psicológico, en manos de los pediatras o pedagogos que son quienes tienen mejor voto sobre lo que sucede. La autoridad epistémica decide y critica, juzga y cuestiona las decisiones y los cuerpos de las mujeres. El regaño viene tanto para la que decide no tener hijos, como para la que decide tener varios, para quien los tiene muy joven, como para quien los tiene de edad avanzada, para quien los tiene con múltiples ocupaciones, como para quien no cuenta con oportunidades económicas por dedicarse a las labores del hogar.

Y ellas terminan sintiendo que no pueden maternar por ser demasiado viejas, por ser profesionistas, por no haber podido amamantar, por haberse centrado en sus carreras, por haberse ocupado demasiado de las labores del hogar, por haberse separado de su pareja violenta, o por seguir con él, por no tener con quien contar, o por ser echadas a un lado por las personas que apoyan en los cuidados. Porque es la estructura androcéntrica patriarcal, la que no permite fallos, la que establece conductas rígidas e inamovibles, ideales de maternidad que van desde la madre abnegada y de tiempo completo, hasta la mujer maravilla capaz de hacerlo todo como pulpo dentro del hogar, y fuera como empresaria, o profesionista.

Así pues, la decisión nunca será razonada en tanto la conciencia no tiene lugar en un sistema que no cuestiona los roles de género. Dice el slogan “la maternidad será

deseada o no será” creo que es preciso para eso deconstruir la idea de deseo, la pregunta sería ¿por qué habríamos de desear tener hijos?, porque no basta con el simple hecho de desear, sino de saber de dónde vienen los deseos.

Las significaciones de la maternidad chocan entre la felicidad y la carga, entre el amor y el cansancio, entre la madurez y el tener que hacerse responsables, entre el placer y el olvido del propio cuerpo. Para la mayoría de las interlocutoras, el placer sexual fue un tema olvidado, escasa vez se hizo mención a la intimidad en pareja, al disfrute, al goce, como si esos temas chocaran indiscutiblemente con el imaginario de madre. En muchos casos, el ser madre derivó, en el abandono por completo de la vida en pareja y en el ocultamiento de su propio placer, creo que es un tema que queda pendiente y abierto para futuras ampliaciones de la investigación.

Otro tema que queda pendiente es el de los cuidados de los recién nacidos. Es lógico que la especie requiere reproducirse y que en los primeros años de vida somos dependientes. Sin embargo, la crianza se ha vuelto de exclusividad para las madres, como una obligación que no puede sostenerse éticamente bajo los criterios de amor maternal incondicional. Es pertinente colectivizar el trabajo reproductivo y los cuidados, como sostienen Araiza y Araiza (2021). Lograr que se sumen otros actores, tanto en el ámbito familiar como en el comunitario y el Estatal, la cuestión que surge es: cómo conciliar esos aspectos y qué nivel de participación se debe exigir para cada actor.

La pandemia

La llegada de la pandemia por Covid-19, marcó un antes y después en la vida de todos los seres humanos. En México a partir de marzo del 2020, que se enunciaron como medidas de seguridad el confinamiento y el aislamiento social, las vidas y

quehaceres de todos se vieron interferidos, no en la misma medida claro está, lo que hizo que se visibilizaran aspectos en la vida de las mujeres, como la doble pandemia, es decir, el azote de la pandemia por Covid-19 aunado la situación de violencia en el ámbito de lo familiar, y que colocaba a las mujeres en mayor riesgo; la merma en las posibilidades de crecimiento económico y de desarrollo laboral ya que la mayoría de la población femenina se dedica a labores domésticas sin remuneración, o al trabajo informal, mismo que se prohibió por considerarse “no esencial”; y el aumento de la jornada laboral de las mujeres quienes ahora se encargaban en su mayoría del cumplimiento de labores escolares, del aprendizaje de tecnologías a las que no tenían alcance y que las posicionó en situaciones de angustia y estrés creciente.

Para muchas la “romantización del tiempo con los hijos en cuarentena” representó una estrategia de hacer a un lado los conflictos y la incapacidad de mejorar su situación económica y laboral. El no conseguir trabajo, el tener que ser dependiente económica de la pareja o de la familia, fueron aspectos que aparecieron y a los que tuvieron que adaptarse, conformándose con no ganar suficiente, con sufrir acoso y violencia por parte de los familiares que las acogieron, con estar encerradas y angustiarse por la cuestión económica en soledad, por no saber cómo apoyar a los hijos en las tareas escolares (Federici, 2018). Para quienes parieron en pleno confinamiento, la situación de angustia, estrés y miedo fue visible. Quienes tuvieron acceso a hospitalización privada, vivieron esta situación con un poco más de seguridad, y quien no, vivió la experiencia como en una cuerda floja, donde todo pendía de un hilo.

La presencia de la pareja, fue un aspecto determinante también, puesto que quienes no contaban con una relación estable o saludable con sus parejas, han vivido la maternidad mucho más pesada, tanto fuera como dentro de la situación de pandemia. Tanto en lo económico como en lo emocional, y qué decir de la distribución de las tareas domésticas.

La segunda jornada de trabajo es discontinua, se inicia antes de ir a trabajar y continúa después de trabajar, en los días de descanso e inclusive durante las horas destinadas al sueño. Tiene lugar fundamentalmente en la casa, las actividades que hacen salir a la mujer tienen como centro el hogar, son su extensión a los espacios de reproducción pública: se trata del quehacer, de los mandados, de llevar y traer a los niños, de cuidarlos, de ir de compras. La jornada doméstica es el conjunto de trabajos, de actividades y de esfuerzos vitales que realizan las mujeres como madresposas en el ámbito privado. La interpretación ideológica de esta jornada se orienta a encontrar en ella realización de instintos, amor, abnegación, dedicación. Todo menos trabajo y valor social. La negación del reconocimiento del trabajo doméstico ocurre a pesar de que las mujeres de la doble jornada trabajan casi el doble que sus compañeros de círculo cultural. Trabajan más que sus esposos, sus padres, sus hermanos, sus hijos varones, sus amigos, sus novios y sus jefes. Se involucran doblemente en el mundo privado y público y lo hacen de manera personal, tejen las relaciones sociales, afectivas y políticas en los dos espacios y dedican gran parte de su tiempo a la reproducción de los otros, y una parte a la de ellas mismas. La doble opresión de las mujeres asalariadas encierra, pues una contradicción social fundamental cuya base es la división genérica del trabajo fundada en el sexo: al tener acceso al trabajo productivo, la mujer conserva la obligación social e histórica del trabajo doméstico (con todas sus variantes) y, con ello, el estatus inferior que le es asignado debido a su supuesta naturaleza femenina (Lagarde, 2005, pp.106-107).

La división sexual del trabajo, es un tema que salió indiscutiblemente a la luz, debido a la carga doméstica que se incrementó con la pandemia, desde el cuidado y realización de las tareas escolares con la nueva modalidad, hasta el cuidado de los enfermos en casa. En el caso de las mujeres entrevistadas que parieron en pandemia, las preocupaciones iban desde la vulnerabilidad económica, hasta el no poder salir como sus parejas y tener que cuidar en soledad a sus hijos, o el no contar

con el apoyo en cuanto a cuidados por parte de quienes las rodeaban, lo que aumentaba la angustia, el miedo y la ansiedad.

La feminización de la pobreza y la precariedad ha sido clave en la denuncia de las desigualdades entre los sexos (Federici, 2018), si bien la pandemia nos afectó a todos, no nos afectó por igual. Y aun cuando muchas mujeres contaran con mejor oportunidades que otras, como diría Marcela (Lagarde, 2005) todas en mayor o menor medida somos cautivas del sistema patriarcal.

La opresión experimentada por las mujeres está determinada tanto por la división sexual del trabajo, como por los espacios que se asignan socialmente, donde la producción es para los hombres y la reproducción para las mujeres, así mismo la capacidad creadora para varones y la procreadora para las féminas, y por lo tanto el espacio público y político perteneciente a las actividades remuneradas y reconocidas para ellos y el espacio privado para ellas, además debemos considerar el tiempo que se pasa en dichos espacios. Eso determina, quienes serán poseedores de la propiedad privada de la mayoría de las cosas e incluso de las personas y las relaciones de clase que establecerán. Así pues, también estará determinada por las formas y las relaciones de poder en las que estarán inmersos hombres y mujeres, la toma de decisiones, sus oportunidades, sus capacidades a desarrollar de acuerdo a la edad, raza, etnia, religión, lengua, y formas de apropiación del cuerpo (Lagarde, 2005).

Las mujeres reciben su adiestramiento y especialización exclusiva para la reproducción y el cuidado de los otros. Son confinadas a espacios, tiempos y lugares diseñados específicamente para estar a disposición de los demás y el dominio de los hombres y las instituciones patriarcales, donde se hayan sujetas a la opresión de clase y género, aun como ya hemos mencionado se cuenten con condiciones de vida superiores o gocen de privilegios de clase (riquezas, salud, educación) (Lagarde, 2005).

Así pues, a pesar de todas ser cautivas de una forma u otra, ya sea brindando cuidados a los hijos mientras la pareja va a trabajar o no se cuida como debería, ya sea maternando gemelos en plena pandemia sin poder trabajar y en soltería, ya sea tratando de encontrar el equilibrio entre mimos e independencia en un país extranjero, ya sea tratando de aprender de los hijos mayores y que aún buscan consejo y cuidado, o cuidando hijos con enfermedades, ya sea en condiciones económicas precarias y recién separadas de la pareja, ya sea con la lucha interior de querer cambiar el mundo por los hijos, o de simplemente ser mejores mujeres.

Todas son mujeres resilientes, que han desarrollado diversas estrategias para poder salir adelante con las condiciones en las que se encuentran. El rescate de la madre radica en comprender que no hay una forma “correcta”, “adecuada” y “buena” de ser madre, que la labor tiene aristas diversas y la única forma de entender, es escuchando las historias y cuestionando a la sociedad en la que vivimos. Sin lugar a dudas, el enfoque feminista nos brinda la orientación pertinente para hacerlo.

En hombros de mujeres gigantes (y hombres también)

- Acevedo, Marta. (2002). 10 de mayo... In G. Gutiérrez (Ed.), *Feminismo en México. Revisión histórico-crítica del siglo que termina* (pp. 39-51). PUEG.
- Amorós, Célia. (1998). El punto de vista feminista como crítica. In C. Bernabé (Ed.), *Cambio de paradigma, género y eclesiología*. Verbo Divino.
- Amorós, Célia. (2001). *Feminismo. Igualdad y diferencia*. Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades.
- Amorós, Célia., & De Miguel, Ana. (2005). *Historia de la teoría feminista: de la ilustración a la globalización*. Minerva.
- Araiza, Alejandra & González, Robert. (2016). Hacia la colectivización del cuidado. La Mainada, una experiencia de crianza compartida. *Otra Economía*, 10(19), 176-184. doi: 10.4013/otra.2016.1019.04
- Araiza, Verónica & Araiza, Alejandra. (2021). Hacia una revolución del oikos: repensar la familia y abrazar los parentescos raros de Haraway. *Clivatge*, 9, e-36201. <https://doi.org/10.1344/CLIVATGE2021.9.12>
- Ávila, Yanina. (2004). Las mujeres frente a los espejos de la maternidad. *La ventana*, 20, 55-100.
- Ávila, Yanina. (2014). Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres. *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 17, 107-126.
- Aznar, Ana. (2019). Desmontando el mito del hijo único. *The conversation*. <https://theconversation.com/desmontando-el-mito-del-hijo-unico-127345>
- Badinter, Elisabeth. (1981). *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Paidós.
- Badinter, Elisabeth. (2011). *La mujer y la madre. Un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud*. La Esfera de los Libros.
- Benhabib, Seyla. (1992). Una revisión sobre el debate de las mujeres y la teoría moral. *Isegoría*, 6, 37-63.
- Biglia, Barbara. (2007). Resignificando violencia(s), obra feminista en tres actos y un falso epílogo. In B. Biglia & C. c. San Martín (Eds.), *Estado de Wonderbra. Entretejiendo narraciones feministas sobre las violencia de género*. Virus editorial.

- Blazquez, Norma. (2010a). Epistemología feminista: temas centrales. In N. Blazquez, F. Flores, & M. Ríos (Eds.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. (pp. 21-38). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bocchetti, Alessandra. (1992). La indecente diferencia. *Debate feminista*, 6. <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieq.2594066xe.1992.6.1617>
- Bolen, Jean Shinoda. (2015). *Las diosas de cada mujer. Una nueva psicología femenina*. Kairós.
- Bolumburu, Bernardita. (2009). La transfiguración histórica del mito de Medea: de Eurípides a Christa Wolf. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 359-385.
- Bourdieu, Pierre. (1998a). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI editores.
- Bourdieu, Pierre. (1998b). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Camacho, Thelma., & Morales, Manuel Alberto. (2017). Estudiar la imagen desde la historia y la historia del arte. In M. A. c. Morales (Ed.), *Culturas visuales en México: Reflexiones y estudios sobre la imagen*. Colofón; Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Casal, Norma., & Alemany, Ma. José. (2014). Violencia simbólica en la atención al parto, un acercamiento desde la perspectiva de Bourdieu. *Index de Enfermería*, 23(1-2), 61-64.
- Castañeda, Liliana Ibeth. (2019). El "lugar de la mujer". Algunas consideraciones sobre género, hogar y trabajo. In F. J. Cortazar & E. Hernández (Eds.), *Nuevas vertientes en teoría social. Problemas y propuestas de análisis*. Universidad de Guadalajara. Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Castelar, Andrés Felipe., Ovalle, Victoria., & Quintana, Stephanie. (2013). El habitus femenino y el destino del cuerpo en la maternidad adolescente. *Psicoespacios*, 7(10), 18-43.
- Castellanos, Rosario. (1984). *Mujer que sabe latín*. FCE.
- Castellanos, Rosario. (1992). La abnegación: una virtud loca. *Debate Feminista*, 6(3), 287-292.
- Castilla, María Victoria. (2005). La ausencia del amamantamiento en la construcción de la buena maternidad. *Revista de estudios de género La ventana*, 3(22), 189-218.

- Cazallo, María Jesús., Romero, Rocío., Lancharro, Inmaculada., Arroyo, Almudena., Morrillo, María del Socorro., & Martínez, Raquel. (2011). La deconstrucción del instinto maternal. Una revisión histórica. In I. C. c. Vázquez & C. e. a. Flecha (Eds.), *Investigación y género, logros y retos: III Congreso Universitario Nacional Investigación y Género, (libro de actas)* (pp. 318-333). Facultad de Ciencias del Trabajo de la Universidad de Sevilla.
- Chodorow, Nancy. (1979). *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. The University of California Press.
- Cobo, Rosa. (2014). Aproximaciones a la teoría crítica feminista. *Boletín del Programa de Formación, 1*.
- Crevenna, Alfredo. B. (1969). *El día de las madres*. Producciones Cinematográficas, S.A.
- Cronenberg, David. (2002). *Spider*. Sony Pictures Classics.
- Daich, Déborah. (2008). Buena madre. El imaginario maternal en la tramitación judicial del infanticidio. In M. o. Tarducci (Ed.), *Maternidades del siglo XXI* (pp. 61-83). Espacio.
- David, Hélène. (2004). Las madres que matan. *Debate Feminista, 30(15)*, 113-126.
- De Beauvoir, Simone. (1981). *El segundo sexo*. Siglo XX.
- Dinnerstein, Dorothy. (1999). *The Mermaid and The Minotaur. Sexual Arrangements and Human Malaise*. Other Press.
- Dolto, Françoise. (1982). *La sexualidad femenina*. Paidós.
- Donath, Orna. (2017). *Madres arrepentidas / Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Reservoir books. Penguin Random House.
- Dufour, Dany-Robert. (2002). *Locura y Democracia: ensayo sobre la forma unaria*. Fondo de Cultura Económica.
- Durán, Javier. (1988). *Día de Madres*. Cineproducciones D.M.A, S.A.
- Espinosa, Sara. (2007). *Madres lesbianas: una mirada a las maternidades y familias lésbicas en México*. Egales.
- Federici, Silvia. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de sueños.
- Fernández, Irati. (2014). *Feminismo y maternidad, ¿una relación incómoda? / Conciencia y estrategias emocionales de mujeres feministas en sus experiencias de maternidad*. Victoria-Gasteiz:Emakunde/Instituto Vasco de la Mujer.

- Fernández, José Manuel. (2005). La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica. *Cuadernos de Trabajo Social*, 18, 7-31.
- Firestone, Shulamith. (1976). *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista*. Kairós.
- Flores, Fátima., & Mora, Jazmín. (2010). Intervención comunitaria, género y salud mental. Aportaciones desde la teoría de las representaciones sociales. In N. Blazquez, F. Flores, & M. Ríos (Eds.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 359-378). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Foucault, Michel. (1979). *Microfísica del poder*. La Piqueta.
- Foucault, Michel. (1991). Historia de la Sexualidad 1-la voluntad de saber. Siglo XXI editores.
- Friedan, Betty. (2009). *La mística de la feminidad*. Ediciones Cátedra.
- Galindo, Alejandro. (1968). *Corona de Lágrimas*. Alameda Films.
- Gargallo, Francesca. (2010). Una metodología para detectar lo que de hegemónico ha recogido el feminismo académico latinoamericano y caribeño. In N. Blazquez, F. Flores, & M. c. Ríos (Eds.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 155-178). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Godínez, Sandra. (2016). *Mujeres jefas de familia como agentes educativos en la formación de sus hijos e hijas* Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo]. México.
- Gordon, Linda. (1978). Woman's Body, Woman's Right. *American Journal of Sociology*, 83(6), 1562-1564.
- Guadagnino, Luca. (2018). *Suspiria*. Amazon Studios.
- Hays, Sharon. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Paidós.
- Hernández, Rocío., & Liranzo, Patricia. (2013). Las diosas sometidas: Autoconcepto en grupos de mujeres vulnerables. Encuentros afectivo-participativos y sus efectos en el self. *Ciencia y Sociedad*, 38, 659-690.
- Hewlett, Sylvia Ann. (1986). *A Lesser Life: The Myth of Women's Liberation in America*. William Morrow & Co.

- Hierro, Graciela. (2002). Madres simbólicas del feminismo en México. In G. Castañeda (Ed.), *Feminismo en México. Revisión historio-crítica del siglo que termina*. Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Hierro, Graciela. (2016). *La ética del placer*. Diversa. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hitchcock, Alfred. (1960). *Psycho*. Shamley Productions.
- hooks, bell. (2020). *Teoría feminista: de los márgenes al centro*. Traficantes de sueños.
- Imaz, Elixabete. (2010). *Convertirse en madre: etnografía del tiempo de gestación*. Titivillus.
- Imaz, Elixabete. (2016). "Igualmente madres". Sentidos atribuidos a lo biológico, lo jurídico y lo cotidiano en las maternidades lesbianas. *Quaderns-e de l'Institute Catalá d'Antropologia*, 21(2), 76-87.
- INEGI. (2016). *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH). Presentación Ejecutiva*. México: INEGI
- Joy, Fiona. (2005). Developing a Feminist Motherline. Reflection on a Decade of Feminist Parenting. *Journal of the Association*, 8, 1-2.
- Knibiehler, Yvonne. (1996). Madres y nodrizas. In S. e. Tubert (Ed.), *Figuras de la madre*. Cátedra.
- Knibiehler, Yvonne. (2001). *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*. Nueva Visión.
- La Parra, Daniel., & Tortosa, José María. (2003). Violencia estructural: una ilustración del concepto. *Documentación social*, 131(3), 57-72.
- Lagarde, Marcela. (2005). Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. In. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lamas, Marta. (2001). *Política y Reproducción. Aborto: La frontera del derecho a decidir*. Plaza Janés.
- Lau Jaiven, Ana. (1998). Cuando hablan las mujeres. In *Debates emtorno a una metodología feminista* (pp. 185-198).
- Lazarre, Jane. (1997). *The Mother Knot*.
- Llanes, Nathaly. (2012). Acercamientos teóricos a la maternidad adolescente como experiencia subjetiva. *Sociológica*, 77(27), 235-266.

- Lorenzano, Sandra. (2020). La mirada oblicua. Conferencia Vindictas: Seminario Web sobre mujeres y literatura del siglo XX en América Latina,
- Martí, Sacrameto. (1982). Demografía y feminismo: problemáticas inseparables. *El País*.
- Mead, Margaret. (1994). *Masculino y Femenino*. Minerva Ediciones.
- Mera, Ángela Paola. (2019). Aproximaciones al a figura materna a través de las narrativas de feminidad de mujeres jóvenes de clase media emergente en Lima. *Anthropologica*, 37(43), 61-83.
- Miller, Sue. (2002). *The Good Mother: A Novel*. New York Times Best Sellers.
- Palomar, Cristina. (2004). "Malas Madres": la construcción social de la maternidad. *Debate Feminista*, 30, 12-34.
- Palomar, Cristina. (2005). Maternidad: Historia y Cultura. *La ventana*, 22, 35-67.
- Paterna, Consuelo., Yago, Carmen., & Martínez, Carmen. (2004). El sesgo lingüístico y los estereotipos de género: La maternidad para las mujeres no madres. *Revista Interamericana de Psicología=Interamerican journal of psychology*, 38(2), 241-252.
- Pintos, Ana Laura. (2015). *Maternidad: reflexiones sobre sus significados y las construcciones del imaginario social: partiendo de la experiencia práctica en un Centro para mujeres con niño/a s y adolescentes a cargo, en situación de calle*. Universidad de la República]. Uruguay.
- Polansky, Roman. (1968). *Rosemary's Baby*. Paramount Pictures.
- Puyana, Yolanda., & Mosquera, Claudia. (2005). Traer "hijos o hijas al mundo": significados culturales de la paternidad y la maternidad. *Revista latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 3(2), 111-140.
- Ramsay, Lynne. (2011). *We need to talk about Kevin*. Oscilloscope Laboratories, BBC Films.
- Rich, Adrienne. (2019). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Traficantes de sueños.
- Romero, María Lizet., Tapia, Evangelina., & Meza, Consuleo. (2020). Abanico de maternidades. Un estado del arte desde los aportes feministas. *Debate Feminista*, 59, 143-165.
- Ruddick, Sara. (1980). Maternal Thinking. *Feminist Studies*, 6(2), 342-367.
- Saldaña, Abril. (2017). Maternidad joven o cuerpos "fuera de tiempo": una aproximación a la articulación de los discursos sobre juventud, maternidad y

- familia en el caso de Guanajuato. In A. Saldaña, L. Vengas, & T. c. Davids (Eds.), *A toda madre. Una mirada multidisciplinaria a las maternidades en México* (pp. 219-248). Ítaca.
- Saletti, Lorena. (2008). Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad. *Clepsydra*, 7, 169-183.
- Saletti, Lorena. (2014). *Múltiples feminismos y discursos sobre las maternidades XVI SEMINARIO DE AUTOFORMACIÓN RED-CAPS*, Barcelona.
- Sánchez, Angeles., Espinosa, Sara., Ezcurdia, Claudia., & Torres, Edna. (2014). Nuevas maternidades o la deconstrucción de la maternidad en México. *Debate Feminista*, 30. <https://doi.org/https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieq.2594066xe.2004.30.1048>
- Sánchez, María Inés. (2005). *"Madres adolescentes: Una problemática socio-familiar"* Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo]. México.
- Sánchez, Miriela. (2016). Construcción social de la maternidad: el papel de las mujeres en la sociedad. *Opción*, 32(13), 921-953.
- Sánchez, Natalie. (2016). La experiencia de la maternidad en mujeres feministas. *Nómadas*, 44(15).
- Santoro, Sol., & Debowics, Maia. (2018). In *El embarazo y la maternidad como película de terror*.
- Sau, Victoria. (2004). *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. ICARIA.
- Schwarz, Patricia. K. N. (2009). *Pensar la maternidad como desafío teórico, histórico y político.. Un análisis de las conceptualizaciones de la teoría de género sobre la maternidad*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Segato, Rita. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.
- Senado de la República. (2020). Urgen apoyo económico para trabajadoras y madres solteras, Senado de la República LXIV Legislatura. Coordinación de Comunicación Social. <http://comunicacion.senado.gob.mx/index.php/informacion/boletines/50016-urgun-apoyo-economico-para-trabajadoras-y-madres-solteras.html>
- Snitow, Ann., & Moreno, Hortensia. (2004). Maternidad: la recuperación de los textos demoniacos. *Debate Feminista*, 29, 47-56.

- Svankmajer, Jan. (2000). *Little Otik*. Zetigeist Films.
- Tahon, Marie-Blanche. (1995). La lente absorption de la femme dans l'individualisme abstrait: la mère est-elle un individu? In J.F. Côté (Dir.) *Individualismes et individualité*. Éditions du Septentrion.
- Tena, Olivia. (2010). Estudiar la masculinidad, ¿para qué? In N. Blazquez, F. Flores, & M. Ríos (Eds.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 271-292). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tubert, Silvia. (1996). *Figuras de la madre*. Cátedra.
- Valcárcel, Amelia. (2017). *Maternidad: los números y los mitos*, Escuela Feminista Rosario Acuña. [youtube.com/watch?v=mkpw9yxOSTE](https://www.youtube.com/watch?v=mkpw9yxOSTE)
- Vivas, Esther. (2019). Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad. In: CAPITAN SWING.
- Wallace, Michele. (2015). *Black Macho and the Myth of the Superwoman*. Verso.
- Welti-Chanes, Carlos. (2011). La Demografía en México, las etapas iniciales de su evolución y sus aportaciones al desarrollo nacional. *Papeles de Población*, 17(69), 9-47.
- Winocur, Mariana. (2012). El mandato cultural de la maternidad. El cuerpo y el deseo frente a la imposibilidad de embarazarse. *Biblioteca Jurídica Virtual*.